

# OCTAVIO Y EL HIJO DE LA SOMBRA

Laura Gallego

---

## CAPÍTULO 1. PRIMER DÍA.

El coche se detuvo suavemente. Octavio sabía lo que sucedería a continuación. Lo había vivido ya varias veces y debería haber estado acostumbrado pero, por alguna razón, no lo estaba. Y sospechaba que nunca lo estaría.

Su padre lo miró. Octavio no hizo ningún gesto. Siguió allí sentado, aún con el cinturón puesto, mirando a través de la ventanilla la enorme mole del instituto que se alzaba en la otra acera.

—¿Preparado para tu primer día?

Octavio reprimió una mueca. Su padre siempre decía lo mismo. Siempre con aquella exagerada alegría, como si cambiar de colegio cada año fuese una gran aventura y no una angustiada prueba de fuego.

Octavio siempre fingía estar contento y respondía “Sí” con una sonrisa forzada.

Pero el enorme edificio que lo esperaba al otro lado de la calle ya no era un pequeño colegio de pueblo, sino un gran instituto de ciudad. Octavio contempló por un momento la multitud de estudiantes, chicos y chicas, que entraban a través del portón abierto como una marea ruidosa y multicolor. Sintió que se le encogía el estómago.

—No, papá —confesó en voz baja—. No estoy preparado.

—Tonterías, claro que lo estás. Mira a esos pipiolos: deben de ser todos de primero, igual que tú. Seréis todos nuevos este año.

Pero Octavio tenía la espantosa sensación de que todos los “pipiolos” estaban juntos, en grupos o por parejas. Todos se conocían ya, tal vez del barrio, o tal vez habían coincidido el año anterior en el colegio. Suspiró.

—Ánimo, campeón. Tú eres experto en empezar de cero, ¿no?

Octavio lo miró de hito en hito, preguntándose si bromeaba. Si era así, desde luego la cosa no tenía gracia.

Pero los francos ojos azules de su padre hablaban en serio.

Octavio suspiró de nuevo. Su padre era alto, atlético y de piel bronceada por el sol. Era de carácter alegre, sincero y abierto, y caía bien a todo el mundo.

Comparándose con él, Octavio no tenía más remedio que suponer que había salido a su madre. Y sólo podía suponerlo a través de las fotografías que conservaba de ella, puesto que había fallecido doce años atrás.

—Seguro que les caes bien —insistió su padre.

—No voy a caerles bien. Y, de todas formas, ¿para qué intentarlo? Dentro de nada nos volveremos a marchar. A la otra punta del mundo, como siempre. Cuanto más lejos mejor, ¿no?

Su padre lo miró, dolido.

—Eso ya lo hemos hablado. Te dije que esta vez sería diferente. Que hemos venido a quedarnos.

Octavio no contestó. Su padre estaba cargado de buenas intenciones, pero, sencillamente, no soportaba estar atado a ningún lugar. Era un espíritu libre, como quien dice, y su profesión tampoco es que le hubiera ayudado demasiado a echar raíces. Trabajaba como fotógrafo free-lance y solía vender sus reportajes fotográficos a revistas del estilo del National Geographic. Siempre trataba de establecerse en algún lugar concreto, por el bien de su hijo, pero en el momento menos pensado podían cruzársele los cables y decidir que era un buen momento para fotografiar los tulipanes en Holanda, las pirámides de Egipto o las rutas perdidas de los mayas.

Tal vez a cualquier otra persona le habría parecido emocionante, pero Octavio era un chico tranquilo que solo quería que lo dejaran en paz, y estaba harto de ir dando tumbos de un lado para otro. Además de que, en realidad, él sólo conocía aquellos lugares por las fotografías de su padre, puesto que la mayoría de las veces él no lo llevaba consigo a sus expediciones, sino que lo dejaba en la casa que hubieran alquilado, preferentemente cerca del colegio, para que pudiese ir y volver solo.

Eso sí, el primer día de clase siempre lo acompañaba hasta la puerta del colegio. En coche.

Octavio se desabrochó el cinturón de seguridad y cogió su mochila.

—Octavio, mírame. —Él lo hizo de mala gana—. Hemos venido a quedarnos. Este es nuestro país, quiero que nos establezcamos aquí. No nos marcharemos. Te lo prometo.

—¿En serio? —dijo Octavio suavemente—. Entonces, ¿por qué no has comprado el piso? ¿Por qué vivimos alquilados... otra vez?

El padre suspiró y se aferró con fuerza al volante.

—Tú dame tiempo —murmuró, y sonrió—. Ánimo. Verás como no es tan duro.

“No, claro”, pensó Octavio. “Para ti nunca lo es. Cuando te canses de este sitio haremos las maletas. Ni siquiera me consultarás”.

Pero no lo dijo en voz alta. Asintió, con una sonrisa forzada, saltó del coche y cerró la puerta.

Aún tuvo que volverse y saludar, ya ante el portón del instituto, antes de que su padre arrancara de nuevo el coche, aquel aparatoso 4 x 4, y ambos se perdieran al doblar la esquina.

Se paró de nuevo nada más cruzar la puerta, y volvió a contemplar el edificio. Y la angustia regresó.

Había algo que no le había contado a su padre y que le preocupaba seriamente, cada vez más.

En realidad sí había tratado de decírselo, pero él no lo había tomado en serio. Tal vez pensó que era un juego, o una broma, o que tenía demasiada imaginación.

Octavio apretó los dientes. Él no tenía imaginación. Le gustaba leer y estudiar, pero era

perfectamente capaz de quedarse media hora quieto delante de una hoja de papel en blanco en la que tuviera que plasmar un dibujo o una redacción. Hasta los tests psicológicos, que le daban una altísima puntuación en lógica, memoria y razonamiento, reconocían que la creatividad no era lo suyo. Si su padre se hubiera tomado la molestia de tratar de conocerlo mejor, se habría dado cuenta de que él no podía haberse inventado aquellas historias sobre las cosas extrañas que sucedían a su alrededor. Pero, se dijo Octavio apesadumbrado, su padre no se interesaba por nada que no estuviese mirando a través del objetivo.

No, estaba solo en aquel aspecto.

“Como es un instituto tan grande”, pensó, esperanzado, mientras cruzaba el patio, “con un poco de suerte nadie se fijará en mí, aunque haga algo extraño”.

Pensó, con inquietud, que aquellas “cosas raras” eran cada vez más frecuentes y difíciles de controlar. Y deseó que a final de curso no estuviese rogando por que su padre decidiese hacer las maletas y marcharse muy lejos, a un lugar donde nadie los conociese y Octavio pudiese empezar desde cero... otra vez.

El timbre resonó por todo el instituto, chirriante y desagradable. Octavio apresuró el paso, pero justo entonces se dio cuenta de que había olvidado la chaqueta en el coche.

Se dio la vuelta bruscamente, sin pararse a pensar que ya no iba a alcanzar el coche de su padre... y entró en colisión con una figura alta y esbelta que llegaba corriendo como una bala.

El choque fue muy aparatoso. Los dos cayeron al suelo, y los libros y el estuche que el otro llevaba bajo el brazo cayeron al suelo estrepitosamente. El estuche se abrió de golpe y salpicó las baldosas de bolígrafos de todos los colores.

—Lo... siento —trató de decir Octavio, sacudiendo la cabeza para despejarse.

—¡Serás imbécil!! —le soltó el otro chico sin contemplaciones—. ¡Mira lo que has hecho!

—Ya he dicho que lo siento —replicó Octavio, molesto.

Su interlocutor era más alto que él, pero no mucho mayor. Tenía el pelo oscuro, unos ojos verdes que chispeaban de furia y la cara llena de pecas. De la mochila semiabierta asomaba un balón de baloncesto.

—Ayúdame a recoger esto —gruñó el chico, y Octavio obedeció como un autómatas y empezó a recoger los bolígrafos.

Se quedó con uno en la mano. Era violeta, con tinta de purpurina y dibujos del gatito de Hello Kitty. Iba a preguntarle al chico si era suyo, cuando se dio cuenta de su error.

La persona con la que había chocado no era un chico, sino una chica. Más alta que él y con más mala leche, pero una niña al fin y al cabo. Llevaba el pelo corto y vestía un chándal y zapatillas deportivas, pero se adornaba con diversas pulseras y un colgante en forma de corazón, y sus rasgos eran más finos que los de un chico.

—Deja de mirarme así, estúpido, y dame eso —La terrible chica le quitó sin contemplaciones el bolígrafo de Hello Kitty—. Mira qué desastre, se ha reventado el tippex.

—Lo siento —repitió Octavio por tercera vez.

Ella le disparó una mirada desdeñosa y entró en el edificio sin mirar atrás.

Octavio la siguió.

Los pasillos del instituto estaban vacíos, y Octavio se dio cuenta, con horror, de que ya hacía un buen rato que había sonado el timbre. Buscó frenéticamente a alguien que pudiera indicarle dónde estaba la clase de 1º F.

—Nuevo, ¿eh? —dijo el conserje, tras una mirada evaluadora—. Las clases de primero están arriba.

Le dio una serie de indicaciones bastante complicadas, que Octavio procuró memorizar.

Nunca había estudiado en un centro tan grande. Se preguntó si llegaría a acostumbrarse.

Llegó sin aliento al pasillo de primero y por poco volvió a chocar con la niña del pelo corto, que se había detenido ante una puerta, indecisa, sin saber todavía si iba a entrar o no.

Los dos se miraron con sorpresa y cierto desagrado.

—¿Qué haces tú aquí?

—Busco 1º F —respondió Octavio, molesto.

Ella puso los ojos en blanco y señaló con un gesto el cartel que había junto a la puerta: 1º de ESO F.

—Oh, no —se le escapó a Octavio, al comprender que estaban en la misma clase.

La niña le dirigió una mirada desdeñosa y al fin se decidió a abrir la puerta, como si quisiera demostrarle lo valiente que era. Octavio la siguió sin comentarios. No veía nada de particular en entrar diez minutos tarde el primer día de clase, sobre todo siendo nuevo. No tenía por qué saberse de memoria el plano del instituto, era perfectamente normal que se hubiese despistado.

Enseguida se dio cuenta de su error.

Toda la clase se volvió para mirarlos. La chica mantuvo la cabeza alta, desafiante, pero Octavio miró hacia cualquier otra parte, deseando que se lo tragase la tierra.

También la profesora los miraba fijamente. Octavio se dio cuenta de que todos sus futuros compañeros estaban en un silencio absoluto, como intimidados, y no lo consideró una buena señal.

—Vaya, vaya —dijo la profesora—. Una parejita que llega tarde.

La chica del pelo corto se envaró, ofendida. Un niño se rió. Pero la profesora lo calló con una sola mirada.

—Perdón —dijo Octavio—. Es que soy nuevo.

—Esto es una clase de primero —replicó la profesora, ceñuda—. Todos sois nuevos. ¿Veis a alguien más, aparte de vosotros, que no esté ya sentado en su sitio y con el libro abierto?

Octavio no contestó.

—Te he hecho una pregunta. Mírame.

Octavio alzó la cabeza, de mala gana. La terrible profesora lo miraba con tal severidad que no invitaba precisamente a tomarse confianzas con ella.

—No —respondió Octavio, en voz baja.

—¿No, qué?

—No hay nadie más que haya llegado tarde.

—¿Podemos sentarnos ya? —preguntó la niña del pelo corto.

—Por supuesto que no. A ver, nombres. Tú —señaló a Octavio.

—Octavio Villalba.

La profesora asintió enérgicamente y apuntó algo en su libreta de notas.

—Y tú debes de ser —añadió, mirando a la chica por encima de las gafas— Patricia Escudero, ¿no? ¿Eres hermana de Cristina Escudero?

Ella asintió.

—Pues espero, señorita Patricia, que seas menos cabezahueca que ella, aunque veo que no empiezas con buen pie.

Patricia le lanzó una mirada enfurecida.

—Mi hermana no es una cabezahueca, es muy lista —replicó—. Y no me llamo Patricia. No me gusta ese nombre. Todos me llaman Pat.

—Muy bien, Patricia —contestó la profesora, con frialdad—. De modo que eres engreída e impertinente, además de impuntual. Toda una joya, vaya.

—Si he llegado tarde no ha sido culpa mía —se defendió Pat—. Este niño ha chocado contra mí y me ha hecho caer. Estoy segura de que lo ha hecho a propósito: castíguele a él.

Octavio la miró sin poder creer lo que estaba escuchando.

—No quiero oír una palabra más. Patricia Escudero, ya puedes sentarte.

Sólo había dos sitios libres, uno en la primera fila y otro en la cuarta. Pat se dirigió a este último, no sin antes lanzarle a Octavio una sonrisa de triunfo. El chico sintió que hervía de ira.

“Yo no he tropezado contigo a propósito”, pensó, furioso. “Pero ojalá lo hubiera hecho,. Ojalá tropezaras otra vez, ahora mismo”.

Y Pat tropezó.

Justo cuando pasaba ante Octavio, y sin que éste la tocara, la niña dio un traspié como si, efectivamente, hubiese topado con algo, y cayó al suelo cuan larga era, con un grito de sorpresa.

Toda la clase se rió esta vez. Pat se volvió, furiosa, hacia Octavio:

—¿Has sido tú! ¡Me has puesto la zancadilla!

—¿Yo no he sido! —se defendió Octavio.

Pero sabía que no era cierto. No había hecho tropezar a Pat físicamente, eso era verdad, pero ella no se había caído por casualidad, Octavio era terriblemente consciente de ello. No era la primera vez que hacía algo así. Mover objetos sin tocarlos, adivinar lo que iba a decir la gente antes de que hablara, incluso adivinar algo que iba a pasar antes de que sucediera... eran algunas de las cosas que hacía de vez en cuando, sin saber cómo ni por qué, que le ocurrían en los momentos más inesperados y que no sabía cómo controlar.

“Quizá habría sido mejor decir que le he puesto la zancadilla”, pensó Octavio.

Miró a su alrededor, nervioso, rogando por que nadie se hubiese dado cuenta de que Pat había tropezado con la nada. Sus ojos se toparon con la mirada de un chico que estaba sentado junto a la puerta. Llevaba el pelo largo, y las greñas del flequillo le tapaban un poco los ojos, pero Octavio captó perfectamente la mirada pensativa que le dirigió.

Pat ya se había levantado y, tras mirar de nuevo a Octavio, furiosa, se dirigía al asiento de la cuarta fila.

—Ahí no —la detuvo la profesora—. Aquí delante. Que te vea bien.

Pat lanzó una mirada horrorizada a la mesa de la primera fila, pero llevó sus cosas allí, sin rechistar, y se sentó, visiblemente molesta.

La profesora seguía mirándola.

—Y, por supuesto, estás castigada —añadió—. Quiero para mañana todos los ejercicios del tema uno.

—¡Pero...! —empezó Pat.

—¿Es que no ha quedado claro? Los ejercicios del tema uno. Y ay de ti como no los traigas hechos.

Octavio seguía en la puerta, y la profesora se dio cuenta.

—Y tú, ¿qué haces ahí de pie como un pasmarote? Ya puedes sentarte.

Octavio no hizo ningún comentario. Con la cabeza baja, fue a sentarse en el pupitre de la cuarta fila, al lado de una niña de pelo rizado que le miró con odio.

—Eres un imbécil —le soltó de buenas a primeras.

Octavio se quedó de piedra, pero casi enseguida comprendió lo que estaba pasando. Había estado en demasiados colegios en su vida como para no comprender cómo funcionaban las cosas. En el fondo, en todos sitios era igual.

Obviamente aquel asiento, en la cuarta fila y junto a la ventana, no había quedado libre por casualidad. Seguramente la niña del pelo rizado era amiga de la terrible Pat y se lo había estado reservando. Octavio forzó una sonrisa de disculpa y sacó el libro de lengua, tratando de pasar inadvertido, como intentaba hacer siempre.

Estaba claro que esta vez no lo había conseguido.

El resto de la clase transcurrió sin incidentes, dentro de la más absoluta disciplina. Octavio se enteró más tarde de que la profesora se llamaba María Dolores, pero a nadie se le habría ocurrido llamarla Lola ni nada más corto que su nombre completo. Por los comentarios que escuchó en el cambio de clase, supo que tenía fama de ser muy dura, hasta el punto de que la mayoría de los que entraban nuevos ya habían oído hablar de ella y del mote por el que la conocía casi todo el instituto: “El Ogro”.

Nadie habló a Octavio durante el cambio de clase, a excepción de Pat, que fue a echarlo, con malos humos, de su asiento en la cuarta fila.

—Largo de aquí —dijo.

—¿Por qué? —se rebeló Octavio.

—Porque este sitio es mío.

—Pues cuando volvamos a tener lengua te las vas a cargar.

—Me da igual. No todos los profesores son el Ogro, así que no tengo por qué estar siempre en primera fila.

Octavio miró a su alrededor, pero nadie parecía dispuesto a apoyarle. Su compañera de pupitre zanjó la cuestión:

—Yo ya le había guardado este sitio a Pat, o sea, que ella está antes que tú —declaró, muy digna.

—Ya lo has oído, mocoso —le soltó Pat—. Ahueca el ala y deja que me siente ahí.

Octavio se sintió furioso y humillado. Si Pat se hubiese dirigido a él de manera más amable, no habría dudado en cambiarle el sitio. En realidad no le importaba estar en primera fila. Era tan silencioso que los profesores tendían a olvidar que estaba allí, de manera que todo el mundo lo ignoraba, no importaba dónde se sentase.

Pero no, Pat tenía que seguir siendo impertinente y desagradable, y tratarlo como a un niño pequeño. Y en realidad, aunque ella era más alta, los dos tenían una edad similar.

Sin embargo, estaba claro que Pat tenía a la clase de su parte, y Octavio decidió por fin que no valía la pena discutir por algo así. De modo que recogió sus cosas y se sentó en primera fila, junto a un niño que parecía muy concentrado en dibujar garabatos en su agenda escolar y que no lo miró ni una sola vez, por si acaso.

En el recreo, Octavio se sentó a comer su bocadillo en una esquina del patio, solo. No lejos de allí, Pat jugaba a baloncesto con chicos mayores que ella, sin cortarse un pelo, como si fuera una más.

Octavio se quedó mirándola, sospechando que sus enfrentamientos sólo acababan de empezar. Y deseó que su padre decidiese marcharse pronto... porque si tenía que pasar un curso entero en aquel lugar, desde luego que iba a ser un curso muy, muy largo...

## CAPÍTULO 2: DANI.

Los días siguientes transcurrieron sin novedad. A María Dolores, “el Ogro”, no le hizo gracia ver que Octavio y Pat habían intercambiado sus sitios, de manera que obligó a la rebelde chiquilla a trasladar sus cosas de vuelta a la primera fila.

Pero Pat no se rindió. En cuanto acababa la clase de lengua volvía a echar a Octavio del pupitre junto a la ventana. Era un poco complicado, porque a veces el profesor de la siguiente hora llegaba casi enseguida y no les daba tiempo a cambiar de sitio. Pero, si eso ocurría, Pat se encargaba de mirar a Octavio amenazadoramente un par de veces a lo largo de la clase, como para recordarle que estaba sentado en un asiento que no le correspondía.

Los dos compañeros de pupitre de Octavio tampoco facilitaban las cosas. El chico de la primera fila seguía ignorándolo, y la niña de pelo rizado de la cuarta lo trataba con abierto desdén. Se llamaba Silvia, y, como Octavio había supuesto, era una de las mejores amigas de Pat. Cómo una niña mona y pija como Silvia había llegado a ser amiga de la bruta de Pat era un misterio que, sin embargo, Octavio no estaba interesado en resolver.

Se dedicó a ser invisible la mayor parte del tiempo. Al principio, María Dolores, “el Ogro”, lo vigilaba estrechamente, pero no tardó en olvidarse de él, entre otras cosas porque la terrible Pat no le había perdonado lo del primer día y molestaba todo lo que podía.

Nadie más se atrevía a plantarle cara al Ogro, y tal vez por eso toda la clase miraba a Pat con simpatía y admiración. Y, como era cada vez más evidente que Pat no soportaba a Octavio, todos empezaron a hacerle el vacío casi sin darse cuenta.

A él no le importaba. Estaba acostumbrado a estar solo. Años atrás sí se había esforzado en hacer amigos, pero pronto había comprendido que no valía la pena cuando uno vivía con alguien tan imprevisible como el padre de Octavio. Todos los amigos que pudiera hacer los perdería en cuanto su padre decidiese trasladarse otra vez de ciudad. Tal vez cruzarían un par de cartas, pero terminarían por perder el contacto de todos modos, así que... ¿para qué molestarse?

Con todo, una cosa era que a uno lo ignorasen como a un mueble, y otra muy distinta era que lo tratasen con desprecio, y tener que soportar miradas hostiles y los comentarios sarcásticos de Pat, que se metía con él siempre que podía.

Una vez, al salir de la clase, pasó junto a él y lo empujó. Cuando Octavio cayó al suelo, todos los niños se rieron.

Ninguno lo ayudó a levantarse. Todos recordaban muy bien que aquél había sido el rastrero que le había puesto la zancadilla a la valiente Pat delante del Ogro.

Un día, Octavio se hartó de la situación y estalló.

Fue después de la clase de lengua. En cuanto el Ogro salió por la puerta, Pat se plantó ante Octavio con sus libros a cuestas, exigiendo la devolución de su pupitre.

El niño le dirigió una breve mirada.

—¿Qué quieres? —le preguntó, aunque lo sabía perfectamente.

—Que te quites de ahí —replicó ella de mal talante— y te vayas a tu sitio.

—Este es mi sitio —respondió Octavio con calma—. Yo fui el primero en sentarme aquí el primer día de clase y te lo he dejado porque soy generoso, pero ya me he cansado de andar arriba y abajo con los libros. O sea que se te acabó el chollo: de aquí ya no voy a moverme.

Pat lo miró como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

—¿¡Qué!?! Es mi sitio, pedazo de besugo, y soy yo la que te lo presta en las clases de lengua. Además, tú tienes la culpa de que el Ogro me obligue a sentarme en primera fila.

—Tú me acusaste de haber chocado contigo a propósito. Tú te lo has buscado.

—¿Habéis oído? —Pat dio una mirada circular para asegurarse de que tenía la atención de los niños y niñas más cercanos—. ¡Vaya con la mosquita muerta! ¡Me monta una bulla con el Ogro, me quita el sitio y luego va y me dice que ha sido culpa mía!

Octavio iba a replicar, cuando una voz se le adelantó.

—Es que fue culpa tuya.

Pat se volvió, sorprendida.

También Octavio se dio la vuelta para ver quién había acudido tan inesperadamente en su ayuda.

Era un niño alto, flacucho y desgarbado. Las greñas de cabello oscuro casi le tapaban los ojos, pero estaba claro que miraba a Pat fijamente, muy serio. Vestía unos pantalones oscuros demasiado grandes para él y una camiseta negra con el dibujo de un alien. Estaba sentado sobre una mesa, con la espalda apoyada en el cristal de la ventana, y llevaba puestos los cascos de un walkman que escupía música heavy.

Octavio lo reconoció. Era el chico que lo había mirado de aquella forma tan rara el primer día de clase, cuando Pat había caído al suelo ante él.

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro? —le espetó Pat.

El otro se quitó los cascos con parsimonia, se apartó el pelo de la frente y la miró a los ojos. Era una mirada intensa y penetrante, y Pat pareció indecisa un momento. Pero entonces se dio cuenta de que no había desafío en sus ojos, sino más bien indiferencia: a aquel niño le importaba un bledo lo que ella pudiera hacer o decir, y eso no le gustó.

—Vi perfectamente cómo “tropezabas” —dijo él, pronunciando la palabra con retintín—. Octavio no te tocó. Te caíste tú sola y luego le echaste las culpas a él. Lo hiciste a propósito, ¿verdad? Pues eso estuvo muy mal por tu parte, ¿sabes?

Pat se puso roja de indignación.

—¿Eso es mentira! —chilló—. ¡Me puso la zancadilla!

—Delante de mis narices. Y lo vi perfectamente: Octavio no te tocó.

Pat abrió la boca, pero no supo qué decir. Octavio sabía que los dos tenían algo de razón. Él no había tocado a Pat. Pero la había hecho caer. De alguna manera.

—No deberías meterte donde no te llaman —le espetó Pat al otro chico, de mal talante.

Pero hasta ella se dio cuenta de que algunos niños empezaban a mirarla de otra manera.

El chico sonrió y bajo de la mesa de un salto. Sin decir nada, se alejó de vuelta a su pupitre junto a la puerta.

Los otros niños se dieron cuenta entonces de que el profesor acababa de llegar. De mala gana, Pat volvió a la primera fila.

Sin saber todavía si debía alegrarse o preocuparse por la inesperada ayuda ofrecida por su compañero de clase, del que ni siquiera sabía el nombre todavía, Octavio se sentó y sacó el libro de matemáticas.

En el recreo fue a sentarse a su rincón de siempre, con un libro y su bocadillo. No le importaba estar solo. Estaba acostumbrado.

Levantó la cabeza cuando una sombra larga le tapó la luz.

Era el niño alto de las greñas.

—Hola —dijo—. Me llamo Dani.

—Yo soy Octavio —respondió Octavio con cautela.

—Ya lo sé —repuso Dani, y se sentó desenvueltamente junto a él.

Por un momento no dijo nada. Octavio no sabía si decirle algo o volver a su libro.

—Deberías tener más cuidado —dijo entonces Dani.

—¿Con qué?

Dani se volvió para mirarlo fijamente.

—Vi lo que pasó —dijo en voz baja—. Es verdad que no tocaste a la burra de Pat, pero ella no se cayó sola.

Octavio sintió que lo inundaba el pánico.

—No entiendo qué quieres decir.

—Sí que lo entiendes. La miraste de una forma muy rara y ella tropezó con algo que no estaba allí. No creo que ella sea tan buena actriz. Se hizo daño de verdad.

—¿Quieres decir que la hice caer sólo con mirarla? Eso es una estupidez. Nadie puede hacer eso.

Dani movió la cabeza.

—Te equivocas. Hay gente que puede hacer eso y mucho más. He leído historias de personas que curan con las manos enfermedades que los médicos no saben curar. Otros pueden hacer que se muevan los objetos o adivinar el futuro o hablar con fantasmas, o comunicarse con los animales, o saber lo que está pensando la gente.

—¿Y tú te crees todas esas cosas?

—Claro, tío. ¿Tú no?

—No.

Dani se echó a reír.

—Me estás tomando el pelo.

Octavio se removió, incómodo.

—Oye, estas cosas no pasan de verdad —dijo, evitando mirarlo a los ojos—. No existen los fantasmas ni gente con poderes, ni...

—No me lo puedo creer —cortó Dani—. ¿Me estás diciendo que eso que hiciste con Pat el otro día no lo habías hecho nunca antes?

Octavio vaciló.

—¿Nunca te han pasado cosas raras? —insistió Dani.

—Algunas veces —reconoció Octavio de mala gana—, pero son sólo casualidades.

—No me lo puedo creer —repitió Dani—. ¡Llevo toda la vida deseando que me pase algo paranormal y resulta que a ti te pasa y no te lo crees! ¡Es completamente injusto!

—Oye, baja la voz —suplicó Octavio al ver que algunos chicos mayores se volvían hacia ellos.

—Fantasmas, ovnis, hadas, brujas, fenómenos paranormales —siguió diciendo Dani, entusiasmado—. ¿No crees en nada de eso?

—Claro que no.

—Pues yo siempre he sabido que existen —declaró Dani, rotundo—. Y que en el mundo hay muchas más cosas de las que vemos. Pero nunca he podido comprobarlo por mí mismo. ¡Y tú tienes poderes y pasas del tema! No me lo puedo creer.

—Oye, no tan deprisa, yo no tengo poderes —replicó Octavio, molesto—. No me viste hacer nada raro el otro día. Una niña tropezó y se cayó, y punto. ¿Qué hay de raro en eso?

Dani le dirigió una mirada de reproche.

—Vale, está bien, fue un poco raro —reconoció Octavio a regañadientes—. Pero te equivocas conmigo, yo no tengo poderes ni nada parecido. Las cosas raras pasan sin que yo me dé cuenta, y cuando intento que pasen a propósito, no me salen. Así que sólo pueden ser casualidades.

—¿Te han pasado más cosas raras? —quiso saber Dani, interesado.

Octavio dudó, pero finalmente respondió:

—Pues... a veces adivino cosas que van a pasar, antes de que pasen.

—¿Premoniciones?

—Supongo que sí, no sé. Lo que pasa es que nunca son cosas importantes. Por ejemplo, algo me dice que va a pasar un dálmata por la calle, y enseguida pasa. O que va a llamar al timbre la vecina de abajo... y llama. O que a mi padre se le va a caer el vaso de agua... y se le cae. Pero nunca he podido adivinar nada realmente importante y, cuando lo intento, no lo consigo.

—Continúa —pidió Dani, cada vez más interesado.

—A veces sé lo que va a decir la gente antes de que hable. O lo que piensan.

—¿De verdad? ¿Puedes decirme lo que estoy pensando ahora?

Octavio lo miró a los ojos y frunció el ceño, concentrándose.

—No —dijo finalmente—. ¿Ves lo que te digo? No puedo hacerlo a propósito. Simplemente ocurre de vez en cuando.

—¿Y qué le hiciste a Pat?

—No lo sé. Creo que tiene que ver con mover las cosas sin tocarlas.

—¿Telequinesis? —Dani lo miró, francamente sorprendido.

—No sé si se llama así. Aunque creo que lo que le hice a Pat no fue moverla, sino lo contrario, detener su movimiento de golpe.

Hizo una pausa y continuó, en voz más baja:

—A veces he intentado mover cosas con sólo desearlo, pero no me sale. Sólo lo he conseguido dos o tres veces, cuando no me he parado a pensar. Como lo de Pat —añadió tras una breve vacilación—. Mira, si ahora miro a alguien y pienso “Ojalá tropieces”, no se va a caer. Pero en aquel momento no lo pensé, sólo lo sentí. Quise de verdad que se cayera y se hiciera daño... y pasó.

—Entonces yo tenía razón —dijo Dani en voz baja—. Es verdad que la hiciste tropezar.

—Si lo sabías, ¿por qué has salido a defenderme esta mañana?

—Pues porque Pat me cae mal.

Los dos se echaron a reír. Octavio se sentía mucho mejor.

—¿Y no sabes de dónde vienen tus poderes? —preguntó Dani.

Octavio frunció el ceño al oírle decir “tus poderes”, pero respondió:

—Ni idea. ¿Se supone que tienen que venir de algún sitio?

—Pues claro, hombre, esto no pasa por casualidad. En los cómics, los superhéroes tienen poderes por culpa de algún accidente por...

—Eh, eh, un momento. Yo no soy un... un superhéroe, o lo que sea.

—Pero tienes superpoderes. Vamos, tío, no me mires así. Haces cosas que nadie más puede hacer. ¿Ha sido así siempre?

—No, me pasa sólo desde hace uno o dos años. Pero no recuerdo ningún “accidente” que cambiara las cosas.

—Entonces, a lo mejor es de nacimiento —reflexionó Dani— y ha tardado en manifestarse. ¡A lo mejor es heredado! ¿Tus padres...?

—No —cortó Octavio—. Mi padre no sabe nada de todo esto, y nunca lo he visto hacer estas cosas. Y mi madre... bueno, murió nada más nacer yo.

—Lo siento —dijo Dani.

—No pasa nada. No la conocí, así que en realidad no puedo echarla de menos. Pero si ella hubiese tenido algún tipo de... poder, como tú lo llamas, supongo que mi padre me lo habría contado.

“O al menos me habría tomado en serio cuando traté de contárselo”, pensó, pero no lo dijo en voz alta.

—¡Hey! ¡Ya lo tengo! —exclamó Dani—. ¡Seguro que eres un mutante! ¡Como los X-Men!

—¿¡Qué!?! —saltó Octavio—. ¡Basta ya! Te estás pasando de la raya, ¿vale? Yo sólo quiero ser un tipo normal. Sin... poderes ni historias. Estoy harto de que me miren como a un bicho raro por algo que probablemente no sean más que estúpidas casualidades.

—¿Eso crees? ¿Que son casualidades?

—¿Qué otra cosa, si no? —Octavio cerró de golpe su libro y se levantó de un salto—. No conseguirás convencerme de que...

—¡Cuidado! —gritó alguien.

Octavio se volvió justo para ver el balón de fútbol que volaba disparado hacia su cara. Sólo tuvo tiempo de cerrar los ojos instintivamente...

El balón se estrelló con violencia contra la pared, junto a él.

Octavio abrió los ojos. Hacia él venía corriendo un chico mayor, de tercero o cuarto probablemente.

—Chaval, ¿estás bien?

Octavio asintió.

—No me ha dado...

—Tío, lo siento. Me salió el tiro desviado.

—No pasa nada.

El otro se fue con su balón, y Octavio se dispuso a marcharse de nuevo hacia clase. Se quedó mirando a Dani, que se había puesto pálido.

—¿Y a ti, qué te pasa?

—Octavio, lo has hecho, lo he visto todo —susurró su amigo—. Ese balón iba directo a tu cara y se ha desviado de pronto sin que nadie lo tocara.

Octavio se encogió de hombros. Pero Dani lo agarró por el brazo y no lo dejó marchar.

—¿Vas a decirme que eso ha sido también una casualidad? Los otros no lo han visto porque estaban lejos, pero yo...

Se calló al ver la expresión de Octavio. El chico estaba blanco como la cera y parecía muy asustado.

—Ya lo sé, ¿vale? —casi gritó—. ¿Es que no puedes entenderlo? Habría preferido que ese balón me pegara en toda la cara antes que hacer otra “cosa rara” que no soy capaz de controlar. Prefiero mil veces ser un niño normal. ¿Qué pasaría si todos se enteraran, eh? ¿Con qué cara me mirarían? Y lo peor de todo es que no sé por qué me pasa todo esto, ni por qué soy así.

Se calló al darse cuenta de que había levantado la voz. Temblando, dio la espalda a Dani. Agarraba el libro con tanta fuerza que tenía blancos los nudillos. Parpadeó para no llorar.

Dani lo cogió por el hombro.

—Espera. Lo siento.

Octavio se volvió hacia él y vio que hablaba en serio.

—No lo había visto así —reconoció Dani—. Te ayudaré a averiguar por qué te pasan esas

cosas, y a controlarlas. Si quieres.

—¿Y cómo vas a hacer eso?

—No lo sé, pero ya se me ocurrirá algo. Soy un chico de recursos.

Entonces sonó el timbre, y ya no siguieron hablando. Cuando Octavio entró en el aula, estaba todavía pálido y tembloroso, pero nadie lo notó, porque, para la mayoría de los niños de 1º F, Octavio no era importante. Silvia lo ignoró como sólo ella sabía hacerlo, y hasta Pat parecía haberse olvidado de él y del pupitre de la cuarta fila que le había ganado aquella mañana, porque se reía ruidosamente de un chiste que le acababan de contar.

Pero Dani saludó a Octavio desde su mesa junto a la puerta, y el chico descubrió que, a pesar de que su nuevo amigo estaba un poco chiflado, no dejaba de ser un nuevo amigo.

### CAPÍTULO 3: PSÍQUICOS.

—Mira lo que he encontrado —dijo Dani.

Octavio apenas le prestó atención. Estaban los dos sentados en el suelo del patio, en su rincón de siempre, al sol, con las espaldas apoyadas en la pared, dando buena cuenta de sus bocadillos. Octavio tenía abierto el libro de lenguaje sobre las rodillas y parecía ajeno a todo lo demás.

—¡Oye! —protestó Dani, quitándole el libro de las manos—. Deja eso de una vez, ¿quieres? ¡Si te lo sabes de memoria!

—Eh, devuélvemelo.

—Ni hablar del peluquín. El recreo no está para estudiar, melón. Y menos alguien como tú. ¿Cómo puede preocuparte un control? ¡Si desde que estás en este insti no has sacado más que sobres!

—Porque estudio —replicó Octavio, recuperando su libro, de mal talante—. Además, este es el primer examen que tenemos con María Dolores, y he oído que los pone difíciles. ¿Tú te lo sabes?

Dani se encogió de hombros.

—Ahora estoy interesado en otra cosa. Mira esto.

Le plantó ante las narices un papel arrugado. Octavio no tuvo más remedio que leerlo:

El Centro Filosófico Argos presenta:

“En torno a diversos fenómenos parapsicológicos comunes:  
telepatía, telequinesis, piroquinesis, premoniciones”.

Conferencia a cargo del Dr. Ignacio Dos Santos,  
de la Universidad de Sao Paulo.

Más abajo especificaba que la conferencia tendría lugar aquella misma tarde, a las siete, en las instalaciones del centro Argos. Dani le señaló la indicación de la parte inferior del papel: “Entrada libre”, decía.

Octavio le dio la vuelta a la hoja, pero no ponía nada más.

—¿De dónde has sacado esto?

—Estaba pegado a una farola.

—¿Y qué es eso de Argos?

—Un Centro Filosófico. Lo dice bien claro.

—Vale, pero, ¿qué es un Centro Filosófico? ¿A qué se dedican? ¿A dar conferencias?

—¡Yo qué sé! Será como una asociación cultural o algo así. Pero la conferencia parece interesante. ¿Por qué no vamos? Vale, sí, sé que esto queda en la otra punta de la ciudad —añadió, antes de que Octavio pudiera responder—. Pero lo tengo todo previsto. Hay una parada de metro cerca, total son sólo dos transbordos.

—Pero no nos dejarán ir tan lejos...

—¿Por qué no van a dejarnos ir a una conferencia? Eso es cultura, chaval. A nuestros padres les parecerá mejor que tenernos toda la tarde en casa jugando a la consola.

—Yo no... —empezó Octavio, pero Dani lo interrumpió

—Sí, ya sé que tú no juegas a la consola, ni al ordenador, ni a nada que se le parezca. Eres más raro que un perro verde. Como yo, vamos.

Octavio iba a replicar, indignado, que él no era raro, que simplemente tenía pocos trastos porque era más práctico a la hora de hacer traslados, cuando vio que Dani se reía, y comprendió que estaba de broma. Sonrió.

Al principio, la clase de 1º F había mirado a Dani con cierto respeto. Su ropa oscura, sus greñas y su actitud indiferente le hacían parecer mayor de lo que era y, además, también le daban un cierto aspecto siniestro. Pero pronto había comprobado que era completamente inofensivo y, por otra parte, tenía ocurrencias tan extravagantes que hacían que nadie pudiera tomarlo completamente en serio. Como el día en que había afirmado, en clase de sociales, totalmente convencido y sin rubor alguno, que las pirámides egipcias habían sido construidas por una raza extraterrestre. A aquellas alturas de curso, todos tenían a Dani por una especie de alucinado, un tipo raro con ideas raras, que para colmo había ido a juntarse con Octavio, el niño a quien Pat había marginado. Ahora iban los dos juntos a todas partes, solos. El resto de los niños de 1º F solían ignorarlos o, en el mejor de los casos, mirarlos como si fueran las mascotas de la clase.

—Vale, está bien —aceptó Octavio—. Iremos a esa conferencia.

Aquella tarde le dijo a su padre que había quedado con Dani, pero sin entrar en detalles. Para alguien que había estado en el Amazonas, fotografiando a las tribus indígenas, coger tres metros para ir al otro lado de la ciudad no era una gran aventura, pero aun así Octavio temió que no lo dejara salir. Sin embargo, su padre no hizo preguntas. Los últimos días se los había pasado ordenando el material fotográfico sobrante de anteriores trabajos, y su estudio era un caos que lo absorbía por completo. Por extraño que pudiera parecer en un hombre tan imprevisible y cambiante como el padre de Octavio, lo cierto era que le costaba deshacerse de viejas fotos y negativos; los conservaba todos.

Había quedado con Dani tres cuartos de hora antes para llegar con tiempo. Tardaron casi media hora en llegar a su destino, así que la medida había resultado acertada.

No les fue difícil encontrar el lugar: el edificio del Centro Filosófico Argos era impresionante, y estaba nuevo y reluciente.

—Para ser una asociación cultural tienen mucho dinero, ¿no? —comentó Octavio.

—Mejor todavía —comentó Dani alegremente—. Eso significa que habrán traído a alguien importante a dar la conferencia, que no será cualquier pingao.

Dani echó a andar hacia la entrada. Octavio se dispuso a seguirlo, pero se detuvo en seco a varios metros de la puerta.

Apoyado contra la pared de la entrada había un individuo siniestro que, por alguna razón, le

resultó familiar. Era un hombre de rostro curtido e impenetrable. Vestía unos vaqueros raídos y una chaqueta de chándal, y parecía estar simplemente allí, esperando a alguien, con la espalda apoyada en la pared y las manos en los bolsillos. Pero lo miraba directamente a él y, por alguna razón, Octavio supo que no debía entrar en aquel edificio.

Agarró a su amigo del brazo.

—Déjalo, Dani. Volvamos a casa.

—¿Pero a ti qué mosca te ha picado ahora? Esto lo hago por ti, así que por lo menos podrías colaborar un poco, ¿no?

—Mentira, lo haces porque te vuelven loco todas las cosas raras —contraatacó Octavio.

Iba a hablarle del hombre siniestro y de aquella extraña sensación de peligro, pero Dani no le dio ocasión. Lo cogió del brazo y tiró de él sin contemplaciones.

—¡Me estoy cansando de tus melindres! No se puede ser tan tímido y cagao, hombre. ¡Deberías haber aprendido algo de tu papi!

—¡Oye! —protestó Octavio, herido en su orgullo.

Apartó de su mente todos aquellos pensamientos funestos y siguió a Dani con paso seguro al interior del edificio.

Antes de entrar, sin embargo, echó un vistazo a la pared donde estaba apoyado el hombre siniestro, y descubrió, no sin inquietud, que se había esfumado.

Entraron en un elegante recibidor bien iluminado, cuyo suelo estaba recubierto por una gruesa alfombra. Una azafata tan impecable que parecía un maniquí los saludó con amabilidad y les entregó un tríptico a cada uno. Después, les indicó el camino hacia el salón de actos.

Octavio se sentía muy cohibido. Todos allí le parecían muy mayores, y ellos eran sólo unos niños. Él mismo iba vestido con un pantalón de pana, zapatos y su mejor jersey, pero aún así no dejaba de preguntarse si llevaba la ropa adecuada para un sitio tan elegante. Miró de reojo a Dani, que llevaba sus enormes pantalones viejos de siempre, una sudadera con el logotipo de Expediente X y unas zapatillas de deporte que habían conocido tiempos mejores. Su vieja mochila, rota por tres sitios diferentes, seguía impepinablemente colgada de su hombro derecho, y, por supuesto, no se había peinado las greñas.

Sin embargo, no parecía en absoluto preocupado por ello. Lo observaba todo con interés y tranquilidad, como si fuera el amo del lugar.

Los dos se sentaron al fondo de la sala, en unos cómodos sillones que parecían demasiado grandes para ellos. Dani había querido sentarse en primera fila, pero Octavio se había negado en redondo. También tuvo que exigirle que bajara los pies del respaldo del asiento delantero.

—Compórtate o nos vamos —le advirtió.

—Jo, macho, pareces mi madre —gruñó Dani, pero se sentó bien.

Habían llegado con diez minutos de adelanto, pero la sala ya estaba llena de gente. Dani, que cuando estaba impaciente era incapaz de quedarse quieto en el sitio, se puso de pie para ver a la

gente de la primera fila.

—Somos los únicos niños, ¿te has dado cuenta?

—¿Quieres estarte quieto ya? —susurró Octavio, irritado.

Lo agarró del brazo y lo obligó a sentarse, pero Dani apenas se enteró. Se había quedado mirando a un asiento lateral, semioculto entre las sombras.

—Mira a esa chica —susurró.

Octavio miró.

Se trataba de una chica de unos dieciséis o diecisiete años, de cabello castaño y expresión dulce. Parecía muy nerviosa, sin embargo. Se mordía los labios, miraba a todos lados y retorció inconscientemente una pulsera de colores que llevaba puesta.

—¿Por qué estará tan triste? —murmuró Dani, sin dejar de mirarla.

Octavio se dio cuenta entonces de que, efectivamente, la chica parecía preocupada y apenada.

—La conozco —dijo sin pensar—. Va a nuestro instituto.

Dani se volvió inmediatamente hacia él.

—¿De verdad? ¿De qué la conoces? ¿Cómo se llama? ¿A qué curso va? ¿Has hablado con ella? —preguntó atropelladamente.

—Eh, más despacio. Sólo la conozco de vista, la he visto por el patio alguna vez. ¿Por qué?

Dani no contestó, pero seguía mirando a la chica, embelesado, y Octavio lo comprendió.

—Eh, eh, un momento. ¡Pero si es mayor que tú! Lo menos te lleva cinco años. Estará en Bachiller.

—Pero es tan guapa —murmuró Dani—, y parece tan triste. ¡Ojalá pudiera ayudarla!

Octavio lo miró, sorprendido. Hablaba en serio.

—¿Ahora quieres hacer de caballero andante? ¡Sé realista! Somos unos críos comparados con ella.

Dani no parecía escucharlo. Octavio suspiró, oliéndose problemas, pero no dijo más, puesto que la conferencia comenzaba ya.

Dos personas habían subido a la tarima y se habían sentado tras la enorme mesa que la presidía. Una de ellas se presentó como la directora de aquella sucursal del Centro Filosófico Argos. Explicó brevemente la intención del Centro de ir más allá en el estudio de todos aquellos fenómenos que la ciencia convencional no podía explicar, ofreciendo consejo y asesoramiento a todas aquellas personas que sintieran que en la vida había mucho más de lo que veían o el conocimiento actual podía ofrecerles.

A Octavio no le gustó. “Mira que si son una secta...”, pensó. Miró de reojo a Dani, preocupado, por si él se sentía atraído por aquellas palabras. Pero su amigo seguía pendiente de la chica de la mirada triste, y Octavio no supo si alegrarse o preocuparse.

Finalmente, la directora presentó al conferenciante, un hombre muy serio y bien vestido,

muy seguro de sí mismo, que inspiró a Octavio una mayor confianza.

El doctor Ignacio Dos Santos comenzó explicando en qué consistían los fenómenos de los que iba a hablar. La clasificación y las definiciones eran muy técnicas y sesudas, y Octavio empezó a aburrirse. Contagiado por la actitud de su compañero, también él echó un par de vistazos a la chica del asiento lateral, que parecía beber de todas las palabras del conferenciante, ajena a todo lo demás y al hecho de que, no lejos de ella, Dani no le quitaba la vista de encima.

Y en una de esas miradas, Octavio descubrió algo que le llamó la atención. Justo cuando el doctor Dos Santos hablaba de “curaciones inexplicables”, los dedos de la chica se crisparon como recorridos por una sacudida eléctrica, y la pulsera de colores con la que estaba jugueteando se rompió. Ella no pareció darse cuenta.

Octavio frunció el ceño. ¿Qué había dicho el conferenciante para alterarla de aquella manera?

Pronto se olvidó de aquello, sin embargo, porque el doctor Dos Santos empezó con la parte más amena de la conferencia: comenzó a relatar casos reales de personas que habían demostrado auténticos poderes psíquicos, constatados por los más escépticos científicos. Les habló, por ejemplo, del israelí Uri Geller, que doblaba metales con la fuerza de su mente. O del brasileño Zé Arigó, que curaba milagrosamente todo tipo de enfermedades, y llevaba a cabo complicadísimas operaciones quirúrgicas sin apenas instrumental, ni anestesia, ni nada que se lo pareciera... logrando, a pesar de todo, sanar a todos sus pacientes. Les habló de una pareja de gemelas telépatas, de un adolescente que incendiaba cosas sin tocarlas, de personas que habían soñado con cosas que estaban pasando a cientos de kilómetros de distancia...

Telepatía, telequinesis, precognición, clarividencia, piroquinesis y muchos otros términos que Octavio no conocía... fenómenos estudiados por la parapsicología porque la ciencia convencional no había logrado explicarlos.

Octavio escuchó con interés. Algunas de las cosas que contaba coincidían con su propia experiencia. Y relatadas por aquel catedrático parecían perfectamente lógicas, racionales, reales.

—¿De dónde proceden estas capacidades psíquicas que poseen algunos individuos? —concluyó el doctor Dos Santos—. Está científicamente demostrado que hay algunas zonas del cerebro que no utilizamos y que ni siquiera sabemos para qué sirven. ¿Qué sucedería si se activaran? ¿Qué ocurriría si este fuera el siguiente paso en la evolución de la humanidad? ¿Cómo seremos dentro de algunos cientos de años? ¿Seremos todos telépatas, telequinéticos, clarividentes? ¿Y si ya ha empezado a suceder? ¿Y si un puñado de personas se han adelantado a la evolución de toda la humanidad? Si es así, estas personas —a las que yo llamo psíquicos— están aprendiendo a utilizar una capacidad que no ha despertado todavía en el resto de seres humanos. No son monstruos, ni seres extraños, sino pioneros de la evolución, los primeros en dar el salto hacia el hombre del futuro... Por tanto, no deben esconderse en las sombras, sino salir a la luz y mostrarnos el camino a los demás.

>> Muchas gracias.

La sala estalló en aplausos. Octavio se removió, inquieto. Le había gustado la idea de ser un psíquico (si es que realmente lo era), una persona más evolucionada que el resto. Pero las últimas frases del doctor Dos Santos le habían dado mala espina. Él no tenía la menor intención de “salir a la luz”. Es más, prefería seguir siendo anónimo.

Iba a decirle a Dani que, a pesar de todas las dudas que tenía, no iba a formular ninguna pregunta, para no llamar la atención, cuando descubrió con horror que era demasiado tarde: el brazo de su amigo ya se había alzado, desafiante.

Octavio, rojo de vergüenza, se hundió en su asiento.

—Tenemos una pregunta por ahí detrás —dijo la directora, con una sonrisa—. Un oyente muy joven, por lo que veo.

—Tengo doce años —dijo Dani con desparpajo—, pero todas estas cosas me llaman mucho la atención.

Hubo algunas risas sofocadas. Octavio resbaló todavía más abajo en su asiento, colorado hasta las orejas, pero Dani no se dio por enterado.

—Quería hacer una pregunta —dijo—. Si alguien mueve objetos sin tocarlos, adivina lo que va a pasar o sabe lo que está pensando alguien, ¿diría usted que es un psíquico?

—Pues son algunos de los síntomas, sí —respondió el doctor, de buen humor.

Algunos se rieron.

—¿Conoces a alguien que haga esas cosas? —preguntó la directora de Argos, sonriendo.

Octavio cerró los ojos, rogando porque Dani no se fuera de la lengua. Pero subestimaba a su amigo. Dani se limitó a dirigirle a la mujer una mirada fría, como si le sugiriera que no se metiese en lo que no le importaba, y se volvió de nuevo hacia el doctor Dos Santos, ignorando a la directora.

—¿Es normal que esos síntomas no se manifiesten hasta cierta edad? ¿Y que esas cosas pasen sin que uno lo quiera, es decir, que mueva objetos sin querer, pero que cuando intente hacerlo a propósito, no le salga?

Octavio, que había estado mirando a la directora para ver su reacción ante el desplante de Dani —había enrojecido levemente y se había mordido el labio inferior, molesta— se sorprendió al ver que los ojos le brillaron de una forma extraña al oír las últimas preguntas de Dani. Y no le gustó comprobar que ahora miraba a su amigo con un nuevo interés.

—Pasa muy a menudo, en efecto —confirmó el conferenciante, ligeramente sorprendido—. Al menos, en la mayoría de los casos que he tenido ocasión de constatar. Por lo general las facultades de un psíquico se despiertan en la última infancia y en la preadolescencia, y al principio son incontroladas.

Octavio tiró con urgencia de la sudadera de Dani, indicándole que no hiciera más preguntas, pero él insistió:

—¿Y es de nacimiento? ¿Es hereditario? ¿Por qué algunas personas son psíquicos y otras no?

—Si hubieras estado atento a la conferencia —intervino la directora, con una sonrisa forzada—, habría oído al doctor Dos Santos explicar que todavía no se conocen los motivos por los cuales las facultades de los psíquicos sólo despiertan en algunas personas.

Dani se volvió hacia ella entonces.

—Es que desde aquí detrás no se oye bien —replicó con un descaro que sorprendió a Octavio, que se olvidó por un momento de tirarle de la sudadera para que se sentara—. Tienen una megafonía un poco deficiente.

Nuevas risas. La directora sonrió también, pero le disparó una mirada asesina.

—Gracias por la observación —dijo con tirantez—. Lo tendremos en cuenta. Y ahora nos contarás un poco a qué vienen tus preguntas, ¿no?, porque nos has dejado a todos intrigados. ¿Es que conoces a algún psíquico?

Fue entonces cuando Dani percibió en la directora el mismo extraño interés que había notado Octavio. La miró un momento, como evaluándola, y después de volvió hacia el catedrático, ignorando a la mujer por segunda vez, y dijo con respeto:

—Gracias, señor. No tengo más preguntas.

Y se sentó.

Octavio percibió la frustración de la directora de Argos y no pudo reprimir una sonrisa. Y, echando un rápido vistazo a la chica de la mirada triste, descubrió que Dani la había hecho sonreír a ella también.

Hubo más preguntas, casi todas generalidades o peticiones de información sobre algún caso en concreto, de aquellos de los que había hablado el conferenciante. Finalmente, cuando la directora se disponía a dar por acabada la sesión, la chica del asiento lateral se decidió a levantar la mano. Dani la miró con interés, y Octavio no pudo evitar preguntarse qué hacía ella allí, sola, y por qué le interesaba el tema de lo paranormal.

—Me gustaría saber si lo de las premoniciones tiene algo que ver con las curaciones inexplicables —dijo ella en voz baja.

Tuvo que repetir la pregunta en voz más alta porque casi nadie la había oído. El catedrático pareció desconcertado.

—Normalmente, no —reconoció—. La precognición o clarividencia suele estar relacionada con las habilidades telepáticas, del grupo de fenómenos que llamamos PES, es decir, Percepción Extra Sensorial, y que tiene que ver con la transmisión de información. La capacidad curativa es sumamente rara y normalmente es una habilidad aislada, es decir, aquellos que realizan curaciones milagrosas o inexplicables por lo general no desarrollan otras capacidades psíquicas extraordinarias.

—¿A qué tipo de premoniciones te refieres? —preguntó la directora, interesada.

—Saber cuándo va a morir alguien —respondió la chica en voz baja, tras una breve vacilación.

Toda la sala estaba en completo silencio, así que esta vez todo el mundo la oyó.

—Nunca había oído hablar de un caso semejante —reconoció el doctor Dos Santos tras una pausa.

—¿Conoces a alguien que tenga premoniciones sobre muertes futuras y, a la vez, sea capaz de curar? —preguntó la directora.

La chica pareció asustada de pronto, como si se hubiera dado cuenta de que había hablado de más.

—No, yo... sólo preguntaba por preguntar —dijo, y se sentó, muy azorada.

La directora frunció levemente el ceño. Parecía claro que no la había creído. Dani y Octavio cruzaron una mirada significativa. Tampoco ellos creían que las preguntas de la chica hubieran sido casuales.

Nadie más tuvo nada que añadir, de modo que se levantó la sesión.

A la salida, la misma azafata sonriente les repartió trípticos sobre las actividades del Centro Filosófico Argos. En esta ocasión incluían un formulario para hacerse socio del centro, a cambio de un módico precio. Dani y Octavio los recogieron sin una palabra, aunque volvieron a cruzar una mirada con la que se lo decían todo.

Sin embargo, no hablaron hasta que estuvieron fuera del edificio.

—¿Qué opinas? —dijo Octavio.

—¿Qué? —preguntó Dani como si cayese de las nubes.

Había estado mirando a su alrededor, por si veía a la chica que había preguntado por las premoniciones, pero por lo visto ella se había dado mucha prisa en marcharse.

—Que qué opinas.

—¡Ah! Pues que seguro que esa chica conoce a alguien que puede decirte cuándo vas a morir con sólo mirarte a los ojos. Por eso estaba tan nerviosa. Debe de ser bastante siniestro, ¿verdad? ¡O a lo mejor es ella la que adivina el día de tu...!

—No me refiero a eso —cortó Octavio, que empezaba a enfadarse—, sino a Argos, la conferencia y todo lo demás.

—¡Ah! Pues eso. Está claro, ¿no?

Se volvió hacia él y le estrechó la mano solemnemente.

—Felicidades —le dijo—, eres un psíquico.

Octavio se soltó, entre molesto y divertido.

—¿Y por eso me das la enhorabuena? Yo no creo que sea una buena noticia. La mujer que presentó al conferenciante no me inspira confianza.

—En eso tienes razón —dijo Dani, pensativo—. Mira, por el momento es mejor que nadie se entere de lo tuyo, ¿vale? El doctor era un buen tipo, me parece a mí, pero esa tía me dio muy mal rollo. Mejor será no volver a acercarnos por allí.

—Ya era hora, Dani —soltó Octavio, sin poderlo evitar—. Por fin dices algo sensato.

#### CAPÍTULO 4: LA CHICA DE LOS OJOS TRISTES.

—Ya la he visto —dijo Dani, muy ufano—. Va a primero de bachiller.

—Estupendo —murmuró Octavio, sin levantar la vista del libro de sociales.

Dani le quitó el libro sin contemplaciones.

—Oye, ya está bien —le espetó—. Esto es un recreo, ¿sabes? R-E-C-R-E-O. Sirve para descansar entre las clases, no para estudiar más.

Octavio intentó recuperar su libro, sin éxito.

—Odio que me hagas eso —gruñó.

—Debería tirarte el libro a la basura. Y te lo tendrías bien merecido, por pringao. ¿Cómo es posible que te preocupen los exámenes? ¡Tío, despierta, eres un psíquico, tienes poderes mentales!

—Eso, dilo bien alto, que se entere todo el mundo.

—Últimamente estás más gruñón que de costumbre, ¿lo sabías? —observó Dani.

Octavio renunció a intentar recuperar su libro.

—Bah, es igual —se rindió—. Total, el profesor no va a venir hoy...

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Dani con interés.

Octavio vaciló.

—No lo sé, es una idea que se me ha ocurrido de repente y... lo he visto tan claro como si hubiera pasado ya.

—¡Una premonición! —saltó Dani, más contento que unas pascuas—. ¡Tío, has tenido una premonición!

—Espera, aún o sabemos si... —empezó Octavio, pero Dani continuó:

—Para que luego digas que tus premoniciones no sirven para nada. ¡Pues mira, ésta sí ha servido de algo!

Y, ante la mirada horrorizada de Octavio, Dani se volvió hacia la papelería, apuntó, lanzó y encestó el libro de sociales de su amigo con admirable puntería.

—¿¡Pero qué haces!?! —exclamó Octavio, poniéndose en pie de un salto para ir a recuperarlo.

Junto a la papelería se topó con Pat, que iba a tirar los restos de su bocadillo. Llevaba en la mano un minibrick de leche con chocolate. Octavio se detuvo y la observó cautelosamente. Pat le devolvió la mirada. Después se giró hacia la papelería y vio el libro de Octavio. Y sonrió.

—No —dijo Octavio, adivinando sus intenciones—. No.

Se lanzó hacia ella, pero Pat ya había alargado hacia la papelería la mano con el brick, y lo estrujaba con todas sus fuerzas. Octavio llegó demasiado tarde como para impedir que el chorro de chocolate resbalase sobre su cuidadísimo e inmaculado libro.

—¿¡Pero tú estás loca, o qué!?! —le chilló, recuperando el libro de la papelería.

—A ver, niño, que no soy yo la que va tirando libros a la basura —replicó Pat; y, tras arrojar

el brick a la papelera, se alejó con aires de reina.

—La odio —masculló Octavio.

—Tío, lo siento —farfulló Dani a su espalda.

Octavio no dijo nada. Echando humo, se dirigió a la entrada del edificio, mientras intentaba limpiar la cubierta del libro con un kleenex.

Sin embargo, su premonición resultó acertada, porque llegó la hora de sociales y el profesor no apareció. Los alumnos de 1º F llevaban ya diez minutos largos armando jaleo cuando llegó Antonio, su tutor.

—A ver, sentaos todos —dijo, con un tono de voz extraño.

Los niños captaron que se trataba de algo serio, porque ocuparon sus respectivos asientos y miraron a Antonio, inseguros.

—Vuestro profesor de sociales, Valentín, no va a venir hoy.

—¡Hurra! —soltó algún gracioso por detrás, pero los demás lo acribillaron con la mirada.

—No es motivo de alegría, Jiménez —dijo Antonio, muy serio—, porque Valentín no va a venir tampoco mañana, ni pasado, ni nunca más. Anoche falleció en un accidente de coche cuando volvía a casa...

Se le quebró la voz y no pudo seguir hablando. Sobrevino un pesado silencio en el aula, y Jiménez habría dado lo que fuera por volver atrás en el tiempo y poder mantener la boca cerrada.

Nadie comentó nada. Cuando llegó el profesor de guardia y anunció que tenían estudio, ninguno rehistó. Octavio sacó el libro de sociales y acarició la cubierta con churretones de chocolate. Valentín había sido un hombre serio y un poco gris, pero era buena persona. Octavio lamentó no haber podido conocerle mejor en el mes escaso que llevaban de curso.

A mitad de hora le llegó un papelito doblado. Lo abrió y reconoció la letra de Dani: “¿Lo sabías?”.

Octavio se volvió hacia él y negó con la cabeza. Dani alzó las cejas significativamente y Octavio entendió que quería comentarle algo.

A la salida le expuso otra de sus teorías:

—¿Te acuerdas de la chica de la conferencia, la del otro día? Estoy seguro de que conoce a alguien que es capaz de predecir la muerte de la gente. Si esa persona viene a nuestro instituto, seguro que ya sabía lo que le iba a pasar a Valentín.

—¿No estás sacando las cosas de quicio?

—Nada de eso; aquí hay algo raro, algo que huele a misterio sobrenatural, y voy a averiguar qué es. Y sólo hay una manera de hacerlo.

—Tú lo que quieres es tener una excusa para hablar con ella.

—¿Tanto se me nota?

—Dani, es mayor que tú.

—¿Y qué? Es preciosa. Parece una princesa.

—A mí me recuerda a alguien, pero no sé a quién... anda, mira, ahí está.

—¿¡Dónde!?! —casi gritó Dani, pegando un salto y mirando hacia todos lados.

Octavio lo agarró para que se estuviera quieto y lo obligó a mirar en la dirección correcta.

Efectivamente, allí estaba ella, de pie junto a la puerta, con la mochila a los pies y la carpeta entre las manos. Parecía muy nerviosa, y tenía los ojos rojos.

—Ha estado llorando —observó Dani, sobrecogido— ¿Crees que será por lo de Valentín?

—A lo mejor eran amigos.

—O igual llora por algo que no tiene nada que ver. Voy a decirle algo.

—Quietos ahí. —Octavio lo retuvo por la chaqueta cuando ya se marchaba—. Vas a hacer el ridículo. ¿No ves que somos unos críos comparados con ella?

—¿Y qué? Yo soy muy alto para mi edad.

—No seas cabezota, Dani. Va a primero de bachiller, tendrá dieciséis años o por ahí... ¡y además, seguro que tiene novio!

Dani le dirigió una mirada de reproche.

—Se supone que eres mi amigo; no deberías decirme esas cosas.

Octavio puso los ojos en blanco.

En aquel momento, la chica alzó la cabeza para mirar a alguien que entraba por la puerta. Destacaba entre la multitud de chicos y chicas que salían del instituto porque era mayor que ellos y un poco más alto. Tendría dieciocho o diecinueve años, era moreno y parecía muy reservado para su edad; además, llevaba un abrigo negro que lo hacía parecer aún más serio. Fue directamente hacia la chica y los dos se fundieron en un abrazo.

—¡Ah! —dijo Dani, herido en lo más hondo.

—Te lo dije —le recordó Octavio, sin piedad.

—¿Cómo lo sabías? ¿Otra premonición?

—No, hombre, simple sentido común.

—Ese tipo parece mayor que ella.

—Sí, tiene aspecto de ser universitario.

—Ah —repitió Dani, como si aquello acabara de hundirlo más todavía.

La pareja, sin embargo, no parecía muy feliz. Ella le estaba contando algo al recién llegado, y parecía a punto de llorar. Él la escuchaba, sombrío.

Antes de que Octavio pudiera detenerlo, Dani echó a andar hacia ellos, como si se dirigiese a la puerta del instituto. Alarmado, Octavio lo siguió. Pero lo único que hizo Dani es pasar junto a ellos, confundiéndose entre la gente.

A los oídos de ambos amigos llegó el fragmento de una conversación.

—...No tendría que habértelo dicho...

—¡Pero lo sabías! ¿Cómo lo sabías?

—No te pongas así; no ha sido culpa mía. Sabía que iba a pasar y ya está, ¿vale?

La chica se echó a llorar, y él la abrazó. Dani quiso pararse para seguir escuchando, pero Octavio tiró de él hasta la salida. Se detuvieron ya en la calle, a una distancia prudencial. Octavio se sentía incómodo y miraba hacia cualquier otra parte. No le parecía bien espiar un momento que, aunque tuviera lugar en plena puerta del instituto, era algo personal. Dani, en cambio, no se perdía detalle.

—Será bruto —masculló, apretando los puños—. ¿Has visto cómo la hace llorar? ¡Canalla! Ojalá yo fuera más alto y más fuerte. Se iba a enterar.

Octavio apenas lo estaba escuchando. Había detectado que, desde el otro extremo del patio, otra persona observaba fijamente a la pareja, con cara de pocos amigos.

Era Pat.

Se había quedado al borde de la cancha de baloncesto, con el balón entre las manos, sin hacer caso a sus compañeros, que le exigían que reanudase el partido. Y, cuando Octavio volvió a mirar a la chica de la puerta y a su compañero, descubrió que seguían abrazados, pero que él también tenía su mirada clavada en la de Pat, seria y... ¿desafiante?

Cuando los dos se separaron, y Octavio pudo verle de nuevo la cara a la chica, se fijó mejor en sus rasgos y lo comprendió. A pesar de los ojos llorosos y la nariz hinchada, se parecía extraordinariamente a...

—Dani, ya sé quién es —dijo de pronto—. Es la hermana de Pat.

—¿Qué? —su amigo se volvió hacia él—. ¿De esa bruta? ¡Pero si no se parecen en nada!

—Claro que se parecen. Fíjate bien. Tienen los mismos ojos y la forma de la cara es parecida.

—Sí, bueno, pero...

—Y Pat tiene una hermana —prosiguió Octavio—. Lo dijo el Ogro el primer día de clase.

Vio entonces que Pat soltaba el balón, abandonando el partido, y se dirigía con paso seguro hacia la pareja, que seguía en la puerta. Llamó la atención de su hermana, no sin antes lanzar una mirada amenazadora a su compañero.

Contrariada, la chica se separó de su novio y se alejó unos pasos de él para hablar a solas con Pat. Dani y Octavio estaban demasiado lejos como para escuchar lo que decían, pero parecía claro que Pat no estaba muy contenta con la situación y trataba de convencer a su hermana de alguna cosa. La réplica de ella fue bastante cortante.

—Le ha dicho que se meta en sus asuntos —dijo Dani.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ha puesto la misma cara de fiera que pone mi hermana cuando me echa de su cuarto.

Octavio se fijó entonces en el novio de la chica. Aguardaba un poco más lejos, pero lanzaba miradas recelosas a Pat.

Finalmente, la hermana de Pat regresó con él, y los dos se fueron juntos. El brazo del joven

rodeaba los hombros de la chica. Dani lo miró casi con odio cuando pasaron por su lado.

Y no era el único, observó Octavio. Pat se había quedado allí plantada, aún con los ojos fijos en la puerta por donde la pareja se había marchado, y su expresión no presagiaba nada bueno.

—No me gusta ese tipejo —declaró Dani, celoso.

—Pues me parece que nuestra querida Pat tampoco lo soporta.

Dani se volvió hacia él, muy serio.

—Pues, con gran dolor de mi corazón, tengo que decir que, por una vez y sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con ella. Está claro que ese fulano está amargándole la vida a su hermana.

—Pues a mí me ha parecido bastante enamorada.

—¿De ese tipo? ¡Vamos, por favor! Seguro que la tiene engatusada. No me ha parecido buen tío. Es demasiado...

—¿Sombrío? —lo ayudó Octavio—. ¿Patibulario?

—Jo, macho, no sé de dónde sacas esas palabrejas.

—De unos objetos llamados libros. Tienen hojas, ¿sabes?, y se pueden leer y todo.

—¡Oye!, a ver qué dices. Que yo leo mucho, ¿eh?

—Sí, ya lo sé: tebeos.

—Se llaman cómics, y también tienen hojas que se leen, listillo.

—En cualquier caso, y volviendo al asunto de la hermana de Pat... no creo que sea asunto nuestro.

—¡Pero, Octavio! —protestó Dani, escandalizado—. ¡Lo está pasando mal! ¡Tenemos que ayudarla! Bueno, vale que es la hermana de Pat, pero nadie es perfecto, ¿no?

—Dani, eso sería meternos donde no nos llaman y, además, ¿qué podemos hacer nosotros?

—¿Cómo que qué podemos hacer? ¿Cómo que qué podemos hacer? ¡Tú eres un psíquico y yo soy... eh... el amigo de un psíquico! ¡Ya se nos ocurrirá algo!

—Que no, Dani, que no es buena idea.

—Octavioooooo... —suplicó Dani.

Octavio no dijo nada al principio, pero finalmente suspiró.

—Vale, intentaremos averiguar quién es ese chico que va con ella...

—¡Bien!

—...pero —prosiguió Octavio, impertérrito—, como ha sido idea tuya, tú te encargarás de la peor parte: interrogar a Pat.

Dani gimió como si le estuvieran arrancando las tripas.

Al día siguiente se reunieron de nuevo en el recreo, para conferenciar.

—Se llama Cristina Escudero, pero todos la llaman Cris —confirmó Octavio—. Va a 1º B de

Bachiller y es la hermana mayor de Pat.

Dani emitió un sonido indefinido.

—Eso le quita muchos puntos —admitió—. ¿Te imaginas la pesadilla que sería tener a Pat de cuñada?

—Pero, Dani, ¿todavía te haces ilusiones?

—A ver, Octavio, la esperanza es lo último que se pierde. Si rescatamos a Cris del canalla de su novio, seguro que estará muy agradecida y a lo mejor se fija en mí...

—Sigue soñando —se rió Octavio—. Hablando del canalla, ¿has podido sonsacarle algo a Pat?

Dani le dirigió una mirada compungida.

—Todavía no le he dicho nada. Es que no sé cómo acercarme a ella. Me odia, ¿recuerdas?

—Nos odia —corrigió Octavio—. Igual que al novio de su hermana. Me parece que Pat odia a demasiada gente, y no creo que eso sea bueno para su salud.

—¿Y a quién le importa? —replicó Dani, encogiéndose de hombros—. A quien hay que rescatar es a Cris, no a ella. Por mí, como si la parte un rayo.

—Dani, no hay que rescatar a nadie. Me parece que...

—¿Ah, no? —cortó Dani—. Ata cabos, Octavio. ¿No recuerdas la conferencia del doctor Dos Santos? ¿Y lo que preguntó Cris?

—Sí, ¿y qué?

—Usa tu poder de deducción, amigo. Es como sumar dos y dos. Ella conoce a alguien que puede predecir la muerte de una persona. Y su novio es un tipo serio y patidifuso.

—Patibulario —corrigió Octavio—. Ya veo a dónde quieres ir a parar, pero eso no es lógica racional, es inventarte relaciones extrañas donde no las hay.

—¿Ah, no? Me apuesto lo que quieras a que ese tío tiene algún poder extraño. Y te diré algo más: ¿sabes por qué Cris estaba ayer tan alterada? Tú escuchaste lo que decían, igual que yo: estoy seguro de que hablaban de Valentín. Fijo que el novio de Cris le había dicho que el profe de sociales iba a morir el martes pasado. Y acertó.

## CAPÍTULO 5: EL ACCIDENTE.

—Buenos días —dijo el recién llegado—. Me llamo César, y soy vuestro nuevo profesor de sociales.

Nadie dijo nada, pero veinticuatro pares de ojos se clavaron en él y lo observaron evaluadoramente.

Era joven, alto, atlético, con una sonrisa encantadora y un brillo amistoso en los ojos. Se oyó un suspiro sofocado procedente de alguna de las chicas del fondo. Todos se rieron, y la chica en cuestión se puso colorada como un tomate.

—Me alegro de ser de su agrado, señorita —dijo César con una graciosa reverencia—. Espero que como profesor pueda estar a la altura —añadió, repentinamente serio—. Sé que nadie podrá sustituir a Valentín. Sin embargo, haré lo posible por no decepcionaros.

Sobrevino un silencio incrédulo. Ningún profesor les había hablado nunca así, como si fueran personas mayores en lugar de niños ruidosos y molestos.

César les pidió que le dijeran por dónde se habían quedado con el anterior profesor. Octavio había notado al entrar que había dejado el libro abierto sobre la mesa por la página correspondiente; por tanto, ya debía de estar al corriente del plan de trabajo que habían seguido hasta entonces. Sin embargo, escuchó las explicaciones de los alumnos de 1ºF con interés, asintiendo de vez en cuando y hasta tomando notas.

La clase comenzó casi enseguida, y superó todas las expectativas de los niños, que se sentían cada vez más a gusto. El nuevo profesor no se comportaba exactamente como un profesor, sino como un amigo para quien cada uno de ellos era importante y especial. Ni siquiera los graciosillos del grupo, aquellos que siempre tenían que dar la nota en cualquier situación, se sentían tentados de estropear aquella clase.

—Me cae bien el colega —comentó Dani a la salida.

Octavio frunció el ceño.

—¿Qué? —preguntó su amigo.

—No sé. Parece buen tío y tal, pero...

—¿Le has leído la mente? ¡A lo mejor es un psicópata!

Octavio lo miró, pensando que bromeaba, pero la expresión de Dani era seria y solemne.

—Qué burradas dices, Dani —sonrió.

Pero no volvió a comentar nada más sobre el nuevo profesor.

En las semanas siguientes, César se hizo el amo del lugar. Siempre estaba de buen humor, y siempre tenía tiempo para escuchar a todo el mundo. Las clases con él eran muy amenas, porque planteaba los temas de forma muy lúdica, contando muchas anécdotas y organizando trabajos en grupo que realizaban en clase.

Probablemente, Octavio era el único niño en 1ºF que no se sentía a gusto con César. El

nuevo profesor tenía la costumbre de hacer participar mucho a sus alumnos, y Octavio odiaba salir a la pizarra y ser el blanco de las miradas de todos sus compañeros. Por eso en muchas ocasiones callaba cuando César hacía alguna pregunta que sólo Octavio, que había viajado mucho, sabía responder. Cuál era el río más importante de Brasil, la capital de Suiza o la principal cadena montañosa de Italia... eran cuestiones que surgían a lo largo de las clases, y que César planteaba como una especie de juego o concurso, en el que Octavio, que había navegado por el Amazonas, que había paseado por las calles de Berna y que había contemplado las cumbres de los Apeninos, podría haber obtenido la máxima puntuación. Pero prefería seguir en el anonimato. En algunos de sus anteriores colegios le habían llamado empollón o pelota, o lo habían envidiado abiertamente. Ahora pocos sabían que sacaba casi todo sobresalientes. E incluso en los controles y exámenes no ponía una palabra más de lo que decía el libro, aunque él mismo supiera muchas otras cosas sobre el tema en cuestión.

—Con lo que podrías fardar —suspiraba Dani— y te quedas siempre callado como un muerto. Creo que ya sé qué poder querrías tener.

—¿Cuál?

—El de hacerte invisible.

Octavio rió y, medio en broma, le dio la razón.

Sin embargo, con Valentín sí había participado en las clases, de vez en cuando. Era César, un torrente de energía y expresividad, quien lo abrumaba y lo llevaba a encerrarse en sí mismo. El mismo César al que los chicos admiraban y las chicas espiaban disimuladamente por los pasillos, estallando en risitas cómplices o suspirando cuando creían que él no las veía. El mismo César que caía bien a todos, alumnos y profesores.

Aunque, en realidad, no a todos.

María Dolores, “el Ogro”, no lo podía ni ver, pero eso no era nada extraño para los alumnos del instituto, que consideraban que su profesora de lengua existía nada más que para aguarle la fiesta al personal.

Los dos tuvieron un par de encontronazos aquellas primeras semanas, y en uno de ellos estuvo Octavio de por medio.

Un día, al salir de clase al mediodía, César lo detuvo un momento en el pasillo.

—Octavio, me he dado cuenta de que eres el único que no ha expuesto todavía ningún trabajo en clase.

Octavio cambió el peso de una pierna a otra, incómodo.

—No me gusta hablar en público.

—Hombre, pero alguna vez tendrás que hacerlo, para aprender...

—Ya sé hacer exposiciones y eso, y me sale bastante bien —cortó Octavio—. Es que simplemente no me gusta.

—Sube puntos en la nota de la evaluación, ¿lo sabías?

—Sí —respondió Octavio—, pero es que mi nota ya no puede subir más.

César tuvo que reconocer que tenía razón.

—Dijiste que no era obligatorio hacer exposiciones —le recordó Octavio.

No era obligatorio, pero a todo el mundo le gustaba hacerlas, por lo menos con César, que se las arreglaba para que todos quedasen bien delante de toda la clase, y para convertir en un juego cualquier trabajo que les encargaba.

—No, es verdad —concedió César—, pero, si intentaras...

—Villalba, aparta eso del pasillo —chirrió una voz conocida.

Octavio se apresuró a retirar su mochila del camino del Ogro.

—¿No tienes sentido común o qué? —continuó la profesora de lengua—. ¡Cualquiera podría tropezar con ese trasto! A propósito, tengo que hablar contigo sobre tu última redacción. Espantosamente mediocre, diría yo.

Octavio enrojeció. Se le daba bien memorizar y resolver problemas matemáticos, pero era completamente incapaz de redactar nada original.

—Dije un folio por las dos caras, no cara y media con letra enorme y márgenes de diez centímetros, Villalba.

—Lo-lo siento —murmuró Octavio, cada vez más avergonzado.

—Acompáñame a la sala de profesores y hablaremos sobre el tema.

—Si no te molesta, María Dolores —dijo César, con una sonrisa forzada—, Octavio y yo estábamos terminando de hablar sobre una cuestión...

—...que supongo que puede esperar —cortó el Ogro fríamente—. Al fin y al cabo, me han dicho que todos los alumnos van muy bien en tu asignatura. En lengua, Villalba es más bien mediocre, así que imagino que no te importará hablar con él de... sociales, o lo que sea... en otro momento.

—Sí me importa, María Dolores. Por una cuestión de educación, creo que deberías esperar tu turno.

Ella lo miró como si fuera un piojo.

—No me gusta que me den lecciones de comportamiento, y menos un niño recién salido de la facultad que actúa como un guaperas de culebrón.

Octavio no sabía dónde meterse. César se había puesto pálido.

—Retira eso, por favor.

—Disculpad —intervino Dani, saliendo de no se sabía dónde—, si no os importa, me llevo a Octavio, ¿eh? Que su padre lo está esperando fuera porque tiene que ir al médico.

Ninguno de los dos le prestó atención. Estaban demasiado concentrados en su enfrentamiento personal como para darse cuenta de que eran casi las tres de la tarde y era un poco difícil concertar una cita con un médico a semejante hora.

Dani se llevó a Octavio casi a rastras.

—Vaya marrón, ¿eh? Un poco más y llegan a las manos.

—Y que lo digas —suspiró Octavio—. Gracias por rescatarme.

—De nada. ¡Oye! A lo mejor el Ogro le echa veneno a César en el café. Podríamos preguntarle al novio de Cris si César está en peligro de muerte inmediata.

—No digas burradas —protestó Octavio.

Había pasado ya algún tiempo desde aquella conferencia en el Centro Filosófico Argos, y ninguno de los dos había hecho gran cosa por acercarse a Pat, o a Cris. Dani sí había tratado de hablar con ella en una ocasión, pero no había sabido qué decirle. De cerca le había parecido aún más alta, más mayor y más guapa, con lo que había llegado a la conclusión de que de momento, mientras no pegase el famoso estirón, era mejor seguir adorándola de lejos.

Al novio de Cris lo volvieron a ver varias veces a la salida del instituto, siempre con su cuidada perilla y su largo abrigo negro, pero los encuentros entre él y Cris no volvieron a ser tan tensos como el primero que Dani y Octavio habían presenciado. La chica parecía más relajada, feliz y, como Octavio había observado el primer día, enamorada.

Pasaban junto al edificio de Bachillerato, en dirección a la puerta de salida, cuando Dani dijo, sombrío:

—Míralo, allí está otra vez.

Octavio siguió la dirección de su mirada y vio a la pareja reuniéndose en la puerta del instituto.

—¿Quién se cree que es ese...? —gruñó Dani.

—¿Quieres mirar al frente? —lo riñó Octavio, apartándolo de la pared del edificio—. ¿No te das cuenta de que esto está recién pintado?

—¿Qué? ¡Ah!, sí... —dijo Dani, echando un vistazo a la fachada.

Llevaban un par de días taponando unas grietas y repintando la pared del edificio, y habían montado allí un enorme andamio. Para no atravesar la cancha de baloncesto, donde estaban Pat y sus amigos jugando un partido, los dos amigos habían tenido que pasar por debajo del andamio, el único espacio libre entre la pista y la fachada pintada.

Cuando dejaron detrás el andamio y el edificio de bachillerato, Dani volvió a mirar a la puerta, donde seguían Cris y su novio.

Y, en aquel mismo momento, Octavio sintió algo terrible, algo grave, que le hizo volver la cabeza hacia atrás.

—Cómo odio a ese tío —estaba diciendo Dani; pero Octavio no lo escuchaba.

Justo junto a ellos, en la cancha de baloncesto, Pat corría botando el balón, pero se había girado para mirar a su hermana y al novio de ésta, igual que estaba haciendo Dani.

Octavio se dio cuenta de lo que iba a pasar como si lo hubiese vivido ya, y echó a correr hacia Pat.

Todo sucedió muy deprisa. Ella volvió a mirar al frente justo a tiempo de darse cuenta de lo

cerca que estaba de la pared, y trató de frenarse, pero sus pies se enredaron con el balón, chocó con violencia contra uno de los palos que sostenían el andamiaje, y se lo llevó por delante.

El andamio cayó con estrépito sobre Pat, justo cuando Octavio llegaba hasta ella. Un enorme y pesado cubo de pintura se precipitó desde lo alto, sobre ellos. Pat chilló. Octavio trató de apartarla de un empujón, pero no lo consiguió, perdió el equilibrio y cayó de bruces al suelo. Lo último que vio antes de cerrar los ojos y protegerse instintivamente la cabeza con los brazos fue el bidón cayendo sobre ellos...

Después, gente que gritaba y la sensación de algo pesado cayendo sobre su cuerpo. Se despejó cuando apartaban el tablón de madera que había caído sobre él. Se sintió mejor, aunque no era muy pesado y apenas le había hecho daño al caer sobre él. Miró a su alrededor, algo aturdido. En torno a él había varias personas, entre ellos Dani, Cris y su novio. Un poco más allá, en un enorme charco de pintura verde, estaba el cubo. Y junto a Octavio, sentada en el suelo, se hallaba Pat, con una aparatosa herida en la cabeza, pálida y mirándolo fijamente, con los ojos muy abiertos.

—Tú... —dijo, pero no pudo añadir más. Puso los ojos en blanco y perdió el sentido.

Cris gritó y se lanzó hacia ella, para sostenerla. Miró a su novio, pero éste le puso una mano sobre el hombro, para tranquilizarla, y negó con la cabeza, sonriendo.

La expresión de Cris cambió entonces. Pareció muchísimo más aliviada, y abrazó a su hermana, llorando.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —preguntó César, que acababa de llegar.

Dani estaba ayudando a Octavio a levantarse.

—Se les ha caído el andamio encima —explicó—. Por poco no les cae el cubo en la cabeza.

César miró el cubo, que había caído tres metros más allá, y después se volvió hacia Pat, con una extraña expresión pensativa y calculadora.

—Hay que llevarla al hospital —estaba diciendo el novio de Cris.

—Borja, ¿tú crees que...?

—Probablemente no será nada, pero es mejor asegurarse.

—Yo lo haré —se ofreció César—, tengo el coche aquí cerca. —Se volvió hacia Octavio—. Deberías venir tú también.

—Yo estoy bien —dijo Octavio, aunque aún se sentía algo aturdido—. Creo que sólo me he hecho daño en las rodillas, al caer.

—Pero te ha caído el andamio encima...

—Sí, pero el tablón no era muy pesado. Quizá tenga algún moretón, pero nada grave.

César lo miró, como evaluándolo, pero finalmente pareció convencerse de que no le pasaba nada, porque asintió.

—Bien, pero vete a casa a que te curen, ¿vale?

Octavio asintió, y César se apresuró a seguir a Cris y a Borja, su novio, que llevaba a Pat en brazos hacia la salida del instituto.

Pasaron unos minutos hasta que Dani y Octavio pudieron alejarse de la escena. Algunos de los amigos de Pat la habían seguido hasta el coche de César, pero otros rodeaban a los dos amigos, preguntándoles qué había pasado exactamente.

—Pues que pasábamos por aquí y Pat se ha estrellado de cabeza contra uno de los postes del andamio y por eso se les ha caído encima —explicó Dani por enésima vez.

Octavio intuía que había habido algo más, pero tuvo que esperar a que salieran del instituto y se acomodaran en un banco del parque. Allí, Octavio se subió los bajos del pantalón y examinó sus rodillas peladas.

—Has tenido suerte de salir sólo con eso, macho —comentó Dani.

—¿Por qué? —preguntó Octavio, sacando un kleenex del paquete para mojarlo con saliva y limpiarse sus maltratadas rodillas—. ¿Qué ha pasado?

—Pues que has tenido otro de tus cuelgues, tío. Has echado a correr hacia Pat así, de repente.

—¿Ah, sí? —Octavio frunció el ceño; no lo recordaba—. ¿Y por qué?

—Pues no me he dado cuenta, pero Pat iba corriendo por la cancha como una bala y, no sé por qué, parece que ha tropezado y se ha ido de cabeza contra el andamio... pero tú ya lo sabías, porque estabas allí para apartarla.

Octavio se estremeció. Empezaba a recordar.

—Sí; ha mirado hacia otro lado, ha tropezado con el balón, se ha caído y se ha pegado contra el poste. No he podido evitar eso, todo ha pasado demasiado rápido.

—Lo mejor viene ahora —siguió explicando Dani—. Se os ha derrumbado todo encima... incluido el bidón de pintura, tío. Si os llega a caer eso en la cabeza no lo contáis.

Octavio lo miró fijamente.

—No puede ser, ha caído muy lejos de nosotros.

—Porque tú lo empujaste.

—¿Que lo empujé?

—O algo así, macho, pero salió disparado antes de tocaros. ¿Te acuerdas de lo que hiciste con aquel balón de fútbol que por poco te chafa la cara? Pues lo mismo, pero con un bidón de pintura, y con mucha más fuerza.

—Oh, no —murmuró Octavio, con una espantosa sensación de abatimiento—. ¿Lo vio alguien?

—Pues si lo han visto, nadie ha dicho nada. Pero creo que no, todo ha pasado muy deprisa. Yo sí me he dado cuenta porque estaba contigo cuando echaste a correr, y estaba mirando a ver qué hacías. Así que lo siento, Octavio, eres un héroe y sólo lo sé yo. Y no lo voy a contar a nadie, porque total, ¿para qué?, si nadie me iba a creer...

—¿Que soy un héroe? ¿Yo? ¿Por qué?

Dani lo miró fijamente.

—¿Aún no te das cuenta? Le has salvado la vida a Pat. Esa herida que tiene en la cabeza se

la hizo al chocar de cabeza contra el poste del andamio, pero tú evitaste que le cayera encima aquel cubo. Con tus poderes, Octavio. Quizá no te hayas dado cuenta, pero podría haberla palmado si no llegas a estar tú. O claro —añadió de repente, pensativo—, podríais haberla palmado los dos si no llega a ser por...

—No sigas, por favor —gimió Octavio, desolado—. Esto se está descontrolando.

—¿Por qué? Si estás que te sales últimamente. Primero tienes una premonición sobre Valentín, y hoy... otra premonición y un ejemplo magnífico de telequinesis, ¡y las dos cosas en menos de cinco minutos! Es formidable, ¿no?

—Sí, qué buena noticia —murmuró Octavio, abatido—. Bueno, por lo menos Pat está bien... —recordó entonces, de pronto, que había perdido el sentido—. Aunque, ¿y si es grave el golpe que se ha dado? No me cae bien, pero tampoco me gustaría que le pasara nada malo.

—Estará bien —lo tranquilizó Dani, muy convencida—, porque el novio de Cris dijo que no se iba a morir.

—¿Dijo eso? No me enteré.

—Bueno, en realidad, no lo dijo con palabras, pero Cris lo miró y él dijo que no con la cabeza, o sea, que Pat no se va a morir.

—No entiendo nada. ¿Y cómo lo sabe? Ni que fuera médico.

—Estás un poco atontado, tú. Estamos hablando del novio de Cris, ¿te acuerdas? Ese que sabe cuándo se van a morir las personas.

—Estás sacando las cosas de quicio, Dani.

—O a lo mejor no. ¿Quieres que lo averigüemos?

—¿Cómo?

—Pues yendo a ver cómo está Pat. No puede ponerse borde contigo porque le has salvado la vida —reflexionó—, y a lo mejor hasta nos cuenta cosas del novio de su hermana... cuando esté mejor, claro. Por otra parte —añadió, súbitamente ilusionado—, seguro que Cris está con ella.

## CAPÍTULO 6: BORJA

—Buenas —le dijo Dani a la recepcionista—, venimos a ver a Pat.

—A Patricia Escudero —aclaró Octavio—. ¿Puede recibir visitas?

Podía. Les indicaron el número de habitación, y los dos amigos recorrieron los pasillos del hospital, buscándola.

Se detuvieron un momento ante la puerta y cruzaron una mirada. Octavio llamó suavemente a la puerta.

—Adelante —dijo una voz femenina.

Entraron, pero se quedaron en la puerta, inseguros. Tendida sobre la cama estaba Pat, con una aparatosa venda en la cabeza; estaba pálida, y parecía pequeña y frágil. A Octavio le costaba creer que fuera la misma chica que lo había mantenido a raya desde principio de curso.

Junto a ella había una señora rubia, bien vestida y de aspecto preocupado, que debía de ser su madre. Se levantó para recibirlos.

—Buenas, venimos a ver a Pat —repitió Dani.

—Si se encuentra bien —añadió rápidamente Octavio—. No querríamos molestar. Verá, somos unos compañeros de clase.

—Le hemos traído esto —añadió Dani, alargando el paquete que portaban.

Habían discutido sobre el detalle a llevar. Octavio había dicho que a las chicas les gustaban las flores, pero Dani dudaba que Pat fuera una chica de verdad, puesto que en algunos aspectos parecía más masculina que muchos niños de su clase. Al final habían optado por una caja de bombones. Si había alguna cosa que supieran acerca de Pat, era que le chiflaba el chocolate.

Pero no parecía estar en condiciones de disfrutarlo, se dijo Octavio, mirándola de nuevo.

La madre de Pat pareció emocionada.

—Qué amables sois. Conozco a casi todos los amigos de Pat, pero a vosotros no os había visto nunca.

—Es que no somos exactamente amigos —se le escapó a Dani, pero Octavio lo calló de un codazo.

—Vamos a la misma clase que ella, y estábamos cerca cuando Pat tuvo el accidente. Yo me llamo Octavio, y él es Dani.

—De hecho a Octavio también le cayó el andamio encima —añadió Dani, señalando a su amigo—, pero no se dio de cabeza contra el poste, como Pat.

—Cállate —lo riñó Octavio, azorado; la madre sonrió—. ¿Cómo se encuentra Pat?

—Tiene una buena conmoción, pero no es nada serio. Podéis estar con ella un rato, ¿vale?, pero no demasiado. Se cansa enseguida. Y tampoco habléis muy alto ni muy deprisa, porque se marea.

—Vale —aceptó Dani, acercándose a la cama de Pat.

La madre los dejó solos a los tres. Dani y Octavio se aproximaron a Pat y se quedaron un momento callados, sin saber qué decir. Ella les dirigió una débil sonrisa.

—Hola —dijo en voz baja.

—Hola —dijo Octavio, inseguro; que él recordara, jamás había cruzado una palabra amable con Pat, y no sabía qué decir—. ¿Cómo estás?

—Un poco mareada.

—Te hemos traído bombones —intervino Dani.

—Ahora no tiene ganas de comer chocolate, Dani, ¿no lo ves?

—Yo lo decía por ser simpático. Hay que ver cómo te pones, macho, no me pasas una.

La sonrisa de Pat se ensanchó.

—Gracias —repitió.

—¿Volverás pronto a clase? —le preguntó Octavio.

—Me tienen que hacer unas pruebas, para ver si estoy bien del todo. Pero el médico dice que sí.

—Me alegro.

—Yo también.

Hubo un breve silencio.

—No me acuerdo muy bien de lo que pasó —añadió Pat—. Dicen que choqué contra un andamio.

—Es verdad.

—¿Y es verdad que tú estabas allí?

Octavio desvió la mirada, nervioso.

—Pasaba por allí.

—Entonces no lo soñé —dijo ella—. Es raro... las cosas que recuerdo... no tienen mucho sentido.

Hizo una pausa. Luego continuó.

—Recuerdo que iba a caerme encima un bidón de pintura. Y estabas tú. Y de pronto el bidón... salió volando... en otra dirección.

—Jo, debió de molar mucho verlo justo desde abajo —soltó Dani.

—Dani, eres un bocas —gruñó Octavio.

—¿Por qué? Si ya lo ha visto.

—Entonces, ¿no lo soñé? —preguntó Pat, perpleja—. ¿Pasó de verdad?

Octavio abrió la boca para negarlo, pero Dani ya estaba hablando:

—Verás, Pat, Octavio tiene superpoderes y a veces mueve cosas con la mente. Pero tú no digas nada, ¿eh? Gracias a sus poderes te ha salvado la vida, pero por si acaso es mejor que nadie más...

Octavio le dio un codazo, y Dani se calló justo cuando la puerta se abría de nuevo.

Eran Cris y su novio. Dani abrió la boca para decir algo, pero no le salieron las palabras.

—Hola —dijo Cris suavemente, y los miró, interrogantes.

—Somos compañeros de clase de Pat —se apresuró a explicar Octavio—. Hemos venido a verla.

Lanzó una mirada de advertencia a Dani, para que no abriera la boca, pero el chico se había puesto súbitamente colorado y parecía muy interesado en las puntas de sus viejas zapatillas.

—Yo soy Cris, su hermana —dijo ella—. Y este es Borja, mi novio.

El novio sonrió, y Octavio lo miró, pensativo, mientras respondía:

—Yo me llamo Octavio, y él es Dani.

Nadie supo muy bien qué decir a continuación, y Octavio casi echó de menos los comentarios de Dani; pero su amigo seguía con la vista fija en sus propias zapatillas.

—Y... Pat no tiene nada grave, ¿verdad? —preguntó entonces Octavio, por decir algo.

—Sí, se pondrá bien —respondió Borja, categóricamente—. En un par de días estará otra vez en clase.

—No habléis de mí como si yo no estuviera delante —murmuró Pat, enfurruñada, y por un momento volvió a parecer la misma niña rebelde de siempre—. Además, tú no eres quién para decir cuándo puedo volver a clase —le espetó a Borja, de mal talante.

—Por favor, Pat, no seas grosera —la cortó Cris, con cansancio—. Borja sólo quiere lo mejor para ti, igual que yo.

Pat fue a decir algo, pero se lo pensó mejor y se encerró en un silencio hosco, volviendo la cabeza hacia un lado para no mirar a nadie en concreto.

Octavio, por el contrario, había estado observando a Borja disimuladamente. Era un joven moreno, de rostro agradable, pero muy serio, quizá demasiado serio. Llevaba el pelo corto y lucía una perilla bien cuidada. Iba vestido con corrección, con zapatos, vaqueros, una camisa y un jersey color vino, prendas que llevaba impecables, aunque se notaba que ya no eran precisamente nuevas. E incluso allí, dentro del hospital, con la calefacción puesta, seguía llevando su largo abrigo oscuro.

Borja pareció darse cuenta de que lo observaban, porque se volvió hacia Octavio y clavó en él una mirada intensa y profunda, una mirada que hizo al niño dar un respingo y volver la cabeza para otro lado, con el corazón latiéndole con fuerza, como si lo hubieran pillado haciendo algo malo.

—No-nosotros nos íbamos ya —balbuceó—. No queremos molestar. Anda, Dani, vámonos.

Se despidieron de Pat, de su hermana y del novio de ésta, y salieron de la habitación.

No hablaron hasta encontrarse ya en la calle.

—¿Pero cómo puede estar con ese tipo? —estalló Dani—. Siempre dándose aires con ese abrigo y esa barbita ridícula... y más tieso que un palo, tú. Ni que se hubiera tragado la escoba. Desde luego...

—Basta ya, Dani —atajó Octavio, mareado—. Hemos venido a ver a Pat, no a criticar al novio de su hermana.

—Pero parece que Pat está bien, ¿no? Bueno, en cualquier caso, por lo menos parece que yo no soy el único que sabe que eres un héroe.

Octavio recordó entonces la conversación con Pat.

—Oh, no —murmuró—. ¿Qué pasará cuando vuelva a clase? ¿Y si se lo dice a todo el mundo?

—No te preocupes por eso, nadie la creería. Te lo digo por experiencia —añadió lúgubrementemente.

—A Pat todo el mundo la escucha, cuente lo que cuente.

—Pero con las cosas paranormales hay mucho esteticismo...

—...escepticismo... —corrigió Octavio automáticamente.

—... así que lo más seguro es que todos crean que el golpe le ha afectado a la cabeza. Pero si vas a quedarte más tranquilo, pues hablaremos con ella cuando vuelva y ya veremos qué es lo que piensa hacer. Total, ya conocemos personalmente a su madre, a su hermana y al novio de su hermana: somos casi de la familia.

—No sé si eso es una buena noticia —opinó Octavio, inseguro.

Pat volvió a clase dos días más tarde, tal como había predicho Borja. Llevaba una gasa en la frente, donde se había dado el golpe, pero por lo demás seguía tan descarada como siempre. Como todo el mundo quería saber qué le había pasado exactamente, Dani y Octavio tuvieron que esperar hasta el recreo para tratar de hablar con ella a solas. Por suerte para Octavio, Pat no dio muchos detalles de su accidente, por mucho que le preguntaron.

A la salida de clase, la encontraron en el pasillo, con César, el profesor de sociales. Él le estaba comentando alguna cosa, pero Pat apenas lo escuchaba. Cambiaba el peso de una pierna a otra, inquieta, y miraba hacia todos lados.

—Que sí, que estoy bien, lo ha dicho el médico —lo cortó por fin, impaciente—. ¿Puedo salir ya al patio?

César apenas pudo contestar. Pat salió disparada, con el bocadillo en la mano.

Dani y Octavio la siguieron. Pasaron junto a César, y Octavio se dio cuenta de que quería decirles algo, pero hizo como si no se hubiera percatado, y siguió su camino casi sin mirarlo.

Octavio estaba preguntándose cómo abordarían a Pat, cuando, al doblar una esquina, por poco se toparon con ella.

—Os estaba esperando —dijo la niña en voz baja—. Tenemos que hablar.

Dani y Octavio la miraron con desconfianza, pero no había desafío ni burla en sus ojos.

Cruzaron el patio. Pat miró con cierta aprensión hacia la fachada del edificio de bachillerato, donde había tenido el accidente, pero ya habían retirado el andamio, porque no había tardado en correrse la voz, y varios padres habían protestado al respecto.

Los llevó hasta un rincón del patio, detrás del edificio principal, donde no había nadie.

—¿Qué quieres de nosotros exactamente? —preguntó Dani, receloso.

Pat volvía a ser la Pat de siempre, y en nada se parecía ya a la niña pálida del hospital.

—Quiero que veáis una cosa.

Se llevó las manos a la frente para quitarse la gasa.

—No hagas eso —la detuvo Octavio—. Ya sabemos que te llevaste un buen golpe, no hace falta que...

—¿Quieres callarte? —lo cortó Pat con impaciencia—. Es que no puedo explicároslo, tenéis que verlo.

Se retiró los esparadrapos y se apartó la gasa de la frente.

Octavio y Dani lanzaron una explicación de sorpresa.

—¡Pero... si no tienes nada! —dijo Dani.

Alargó la mano para palpar la frente de Pat, pero ella retrocedió.

—Las manos quietas, chaval. Se mira pero no se toca.

—¿Cómo puede ser, Pat? —murmuró Octavio, perplejo—. Te abriste la cabeza y ni siquiera te ha quedado un chichón.

—Ha sido Borja —se quejó Pat, con el tono de quien acusa a alguien de haberle jugado una mala pasada.

—¿Que ha sido Borja? —repitió Octavio—. ¿Te refieres al novio de tu hermana?

Pat hizo una mueca.

—Siempre supe que era un tipo raro —declaró—. Me dio mal rollo desde el primer momento. Y, ¿veis?, tenía razón. No es normal esto, ¿no? —preguntó, señalándose la frente, perfectamente lisa, sin rastro de cicatriz.

—Desde luego que no —le dio la razón Octavio—. ¿Y qué quieres decir con eso de que fue él? ¿Que te... curó, o algo parecido?

Pat asintió.

—Cuando os fuisteis vosotros de la habitación, el otro día, Borja me puso las manos en la cabeza y enseguida me sentí mejor. Luego vino el médico y dijo que se me había cerrado la herida de pronto, y no sabía por qué. Se empeñó en hacerme las pruebas de todas formas. Sé que fue Borja, estoy segura.

—Bueno, pero... eso no es malo, ¿no? —vaciló Octavio—. Quiero decir, que si te... curó... entonces hizo algo bueno.

Pat frunció el ceño.

—¡Pero es que no es normal! —insistió.

—¿Y nos lo dices a nosotros? —intervino Dani, casi riéndose—. Tampoco fue normal lo que hizo Octavio el otro día y, sin embargo, te salvó la vida —añadió, repentinamente serio.

Pat se puso pálida.

—Ya lo sé —masculló—. Por eso precisamente os pregunto a vosotros. Entendéis de estas cosas, ¿no?

—¿Y qué es lo que quieres saber?

—Es que hay algo más sobre ese tipo. No se sólo que puede curar a la gente, es que... ¡no sé, es muy raro! Cris está muy preocupada desde que sale con él, y llora muy a menudo, y...

Octavio y Dani cruzaron una mirada.

—¿Qué sabes de él exactamente? —preguntó Octavio.

—No mucho. —Pat sacudió la cabeza—. Sólo que se llama Borja y estudia Medicina.

—Suena lógico —asintió Dani, pensativo—. Si sabe curar con las manos, es la carrera ideal para él.

—¿De verdad creéis que hace eso? ¿No son imaginaciones mías?

—Hay gente que puede hacer esas cosas —explicó Dani—. Nos lo contaron en una conferencia.

—... donde, por cierto, también estaba tu hermana —añadió Octavio.

Le hablaron de la conferencia en el centro Argos, y de la pregunta que había formulado Cris al final.

—¡Entonces ella lo sabe! —exclamó Pat, atónita.

—Sí, y ahora sabemos que no hizo aquella pregunta por casualidad —asintió Octavio—. Está claro que se refería a Borja.

—Apoquina —le soltó entonces Dani a Octavio, extendiendo la mano.

Refunfuñando, Octavio pagó los cinco euros que habían apostado días antes a que Borja era un tipo completamente normal.

—¿Y eso? —preguntó Pat, frunciendo el ceño.

Dani y Octavio cruzaron una mirada. No podían decirle a Pat que ya hacía tiempo que sospechaban algo, porque eso habría supuesto admitir que llevaban varios días espionando a Cris.

—La pregunta es —dijo Octavio, cambiando de tema—: si Cris se refería a Borja cuando preguntó por las curaciones milagrosas... ¿hablaba también de él cuando dijo lo de predecir la muerte de otras personas?

—Pues claro que sí, Octavio, ya te lo dije —replicó Dani, impaciente—. ¿Se lo contamos?

—¿El qué? No tenemos pruebas, Dani, sólo son elucubraciones tuyas.

—¿Qué? ¿Qué tenéis que contarme? —intervino Pat, impaciente.

—Bueno... vimos a tu hermana el día en que nos dijeron lo de Valentín —dijo Dani—. Estaba muy alterada y...

—¡Valentín! —susurró Pat—. Ya me acuerdo. Una tarde vino Borja al insti a buscar a Cris, y yo estaba con ellos. Se nos acercó Valentín para decirme no sé qué de un examen, y cuando se fue, Borja tenía una cara muy rara y no paraba de mirarle. No sé si le dijo algo a Cris cuando se fue, pero... el caso es que Valentín murió al día siguiente.

—¿No estáis sacando las cosas de quicio? —preguntó Octavio, inseguro—. ¿Realmente creéis que Borja puede saber cuándo va a morir alguien?

—A mí me sigue pareciendo siniestro —declaró Dani.

—¿Comprendéis ahora por qué me cae mal? —dijo Pat—. Me preocupa que mi hermana vaya con un tipo tan raro.

—Bueno, Octavio también es raro, y te puedo asegurar que es completamente inofensivo —reflexionó Dani.

—¡Oye! —protestó el aludido.

—Ya lo había notado —respondió Pat, mordaz; los miró, expectante—. Bueno, ¿me vais a ayudar o qué?

—Sigo sin entenderlo —respondió Octavio—. ¿A qué quieres que te ayudemos exactamente?

—A veces haces que dude de que eres un superdotado, chaval —suspiró Dani—. Está claro que quiere que averigüemos más cosas sobre ese tal Borja, y si es o no un buen tío.

—¿Y por qué nosotros? —preguntó Octavio, aún confundido.

Dani pareció recordar de pronto que, hasta hacía dos días, Pat y ellos dos habían estado manteniendo una especie de guerra fría.

—Eso, ¿por qué nosotros? —le espetó a la chica—. No has parado de incordiarnos en todo el curso. ¿Qué te hace pensar que vamos a ayudarte?

—No me refería a eso... —protestó Octavio, pero nadie le hizo caso.

—Vale, ya sé que me he portado mal con vosotros —reconoció Pat a regañadientes—, pero nadie más me creería si lo contara. Y, además, vosotros también hacéis cosas raras, como Borja, ¿no?

—Yo no, el psíquico es él —replicó Dani, señalando a Octavio—, pero aún no sabe muy bien cómo usar su poder.

Pat los miró, sin saber si hablaban en serio o no.

—Eso me lo tenéis que contar más despacio, ¿eh?

En aquel momento sonó el timbre. Con un suspiro, Pat volvió a ajustarse el parche en la frente.

—¿Por qué te pones eso, si no tienes ninguna herida? —quiso saber Octavio, mientras regresaban hacia la clase.

—Por eso justamente —respondió ella—. Porque no hay ninguna herida, y tendría que dar muchas explicaciones, ¿no te parece?

—Bueno —intervino Dani—, y si aceptáramos ayudarte, ¿qué tendríamos que hacer?

—Había pensado en que podríamos seguir a Borja para ver a dónde va, qué hace y esas cosas...

—¿Espiarlo? —saltó Octavio, alarmado.

—Me parece bien —aceptó Dani—. Pero en adelante tendrás que tratarnos de otra manera en clase, ¿está claro?

—Pues claro —contestó Pat, impaciente, como si fuera algo obvio—. ¿Os parece bien que quedemos esta tarde? Sé que los martes Borja sale de la facultad a las cinco.

—Sí que lo tienes controlado...

—Pero... —trató de oponerse Octavio.

—No pongas esa cara —le espetó Pat—. Ya sé que me salvaste la vida, y no creas que no te lo agradezco. Te he dejado la mesa de la cuarta fila, ¿no?

—No te preocupes —le dijo Dani a su amigo en voz baja, mientras entraban en clase—, cuando acabemos con este asunto, le pasaremos una factura con nuestros honorarios.

## CAPÍTULO 7. LA MANO DE LA VIDA.

—¿Qué hora es? —preguntó Dani por enésima vez.

—Las cinco y diez. Y deja ya de preguntar, pesado.

—Oye, que fue idea tuya esperarlo aquí. ¿Estás segura de que sale de clase a las cinco?

—Hoy sí, ya te lo he dicho.

—¿Y cómo lo sabes? —intervino Octavio con curiosidad.

—Es el novio de mi hermana, lo veo a menudo en mi casa... a veces oigo lo que hablan... y esas cosas...

—Mirad, ¿no es ese? —indicó Dani.

Los tres se inclinaron hacia adelante para espiar a través de los cristales de la cafetería donde se habían sentado para vigilar la puerta de la facultad de medicina, justo en la acera de enfrente. Vieron a Borja, con su eterno abrigo negro, bajando los escalones del edificio, con una mochila colgando de su hombro derecho.

—Sí, es él —murmuró Pat.

Habían tenido que coger un par de metros para llegar hasta la zona universitaria, y allí, rodeados de veinteañeros, los tres niños llamaban mucho la atención. Pero Pat seguía empeñada en espiar a Borja para saber qué hacía cuando no quedaba con su hermana.

Ya habían pagado su consumición, así que sólo tuvieron que recoger sus cosas y salir por la puerta.

Siguieron a Borja a través de la calle, tratando de confundirse entre la gente, ocultándose tras las esquinas y manteniendo la distancia sin perder de vista a su objetivo. Pero Borja no se volvió ni una sola vez, por lo que Octavio pronto empezó a sentirse ridículo.

Al cabo de un rato, lo vieron sumergirse en las profundidades de una boca de metro. Los tres amigos titubearon y cruzaron una mirada. Dani hurgó en sus bolsillos en busca de más dinero suelto. Octavio suspiró.

—Me arrepentiré de eso —dijo, y sacó un bono recién estrenado de su cartera—. Vamos, os invito.

Los tres bajaron las escaleras en pos de Borja. Tuvieron que correr para alcanzarlo, y Dani, que iba delante, se frenó bruscamente para no acercarse demasiado. Octavio y Pat casi chocaron contra él.

Se ocultaron tras una esquina. No muy lejos de ellos, Borja, ajeno a todo, esperaba el metro.

—¿Y ahora qué hacemos? —susurró Octavio—. Si entramos en el mismo vagón que él, nos verá. Y si entramos en otro vagón, no lo veremos salir.

El tren entró en la estación y se detuvo ante ellos. Pat miró a sus compañeros, indecisa.

—Entraremos en otro vagón —dijo finalmente—, y estaremos al loro.

Así lo hicieron. Cuando el metro se puso de nuevo en marcha, los tres se las habían arreglado

para encontrar asiento, y pegaban las narices al cristal para no perderse detalle de quién salía del vagón contiguo en la próxima estación.

No vieron bajar a Borja en la primera estación, ni en la segunda, ni en la tercera. En la cuarta vieron su abrigo negro por la ventanilla, y Pat tiró de ellos con urgencia. Salieron del tren en el último momento.

Octavio llamó la atención de sus amigos y les señaló el letrero que indicaba el nombre de la estación. Dani se encogió de hombros. No tenía ni idea de dónde estaban.

Pero Borja no se detuvo allí. Se internó por los túneles de la estación hasta llegar a otro andén. Desde su escondite, detrás de una enorme columna, Octavio cambió el peso de una pierna a otra, incómodo. Borja iba a hacer un transbordo. Se preguntó a dónde iría, y si su destino estaba muy lejos.

Subieron tras él al siguiente tren, pero tuvieron cuidado de no montar en el mismo vagón. Cinco paradas después, Borja bajó del metro.

Un poco intimidados, los tres chicos lo siguieron. Pat había reconocido el nombre de la estación, y les había susurrado, apresuradamente, que estaba a las afueras de la ciudad. Pareció que iba a añadir algo al respecto, pero se lo pensó mejor y no dijo nada. Ella y Dani cruzaron una mirada preocupada.

Era evidente que aquella estación era el lugar de destino de Borja, porque allí no había posibilidad de hacer otro transbordo. Para cuando salieron al exterior ya era noche cerrada, y Octavio se estremeció.

Estaban, indudablemente, en un barrio de la periferia y, a juzgar por las apariencias, en uno no muy recomendable. Los edificios eran viejos, las paredes estaban llenas de graffitis y había pocos elementos del mobiliario urbano que no estuviesen deteriorados, por una razón o por otra. Un joven desgredado pasó junto a ellos y les dirigió una mirada hosca y burlona a la vez. Pat se arrimó un poco más a Dani, que era el más alto del grupo.

—Creo que deberíamos volver a casa —opinó Octavio cuando el joven se perdió de vista.

Pat recordó que tenía una reputación que mantener y recuperó la compostura, alejándose de Dani con indiferencia.

—Ni hablar —decretó—. ¿No queréis saber qué diablos hace Borja en un sitio como este?

—No —dijo enseguida Octavio, pero Dani le dirigió una mirada de reproche.

—Venga, Octavio, te recuerdo que ese tipo tiene poderes, igual que tú. ¿No quieres saber quién es, qué hace?

Octavio no tuvo tiempo de responder. Pat ya avanzaba a grandes zancadas calle abajo, porque Borja no había aminorado la marcha, y ella no quería perderlo de vista.

—No podemos dejarla sola —opinó Dani, y Octavio tuvo que reconocer, muy a su pesar, que tenía razón.

Se reunieron con ella un poco más abajo. Después de recorrer, muy juntos, una serie de

callejones oscuros y sombríos, se ocultaron tras una esquina al ver que Borja se dirigía a un bajo ante el cual había esperando un grupo de gente. Los tres chicos examinaron a aquellas personas con curiosidad. Había varios ancianos, un par de amas de casa, una madre llevando en brazos a un bebé envuelto en mantas y un hombre de pobladas cejas y gesto adusto.

Borja se acercó sin dudar a ellos y los saludó, con familiaridad pero sin una sola sonrisa. Aquellas personas le correspondieron con un murmullo apagado. El hombre taciturno le ayudó a subir la persiana del bajo, descubriendo una puerta y una luna completamente cubierta por un estor que no dejaba ver qué había en su interior, ni siquiera cuando Borja entró y encendió la luz. Tampoco había ningún cartel ni símbolo que ayudara a identificar la naturaleza del local.

El joven permaneció unos minutos en el interior y después salió de nuevo y formuló una serie de instrucciones en voz baja. Todos asintieron, extraordinariamente serios y respetuosos, y rehicieron la cola, dejando pasar delante a los ancianos y a la mujer con el bebé. Borja volvió a entrar en el local, y el primero de la cola entró tras él. Se trataba de un anciano que caminaba a pasos muy cortos, encorvándose sobre su bastón.

Los tres amigos esperaron un rato. Octavio se envolvió más en su cazadora. Echó un vistazo a Pat y vio que también temblaba de frío, pero era demasiado orgullosa como para reconocerlo.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Dani.

Pat oteaba desde detrás de la esquina.

—¿Qué hará allá dentro? —se preguntó.

—No debe de ser una habitación muy grande —dedujo Octavio—, porque, si no, no haría que la gente esperase en la calle.

—A lo mejor es así de cruel —aventuró Pat, maliciosa.

—¿Y si nos acercamos y preguntamos qué es lo que pasa ahí dentro? —propuso Dani.

Pat y Octavio lo miraron, indecisos.

—Oh, vamos, si son casi todo viejecitas —hizo notar el chico—. No serán muy peligrosas, ¿no?

Pat se encogió de hombros y echó a andar hacia el local. Dani la siguió, y Octavio no tuvo más remedio que ir tras ellos.

Cuando casi alcanzaban la cola, la puerta se abrió y el anciano que había entrado antes salió por ella. Dani y Pat se apartaron instintivamente del haz de luz que iluminó la oscura calle y miraron hacia otro lado para que, en el caso de que Borja saliese tras el anciano, no los reconociese. Octavio, por su parte, nunca había tenido muchos reflejos. Se quedó parado junto a la puerta, que, por suerte para él, se cerró inmediatamente después de que saliese el viejo. Por eso, Octavio fue el único en percatarse de un curioso detalle.

El hombre ya no andaba encorvado, sino recto como un poste, y sus pasos eran seguros y regulares. Parecía incluso como si le estorbara el bastón.

El niño pensó que tal vez había imaginado que aquel anciano tenía problemas para andar, o

quizá era otra persona que había entrado después sin que ellos se dieran cuenta. Pero entonces recordó la cicatriz inexistente de Pat, y se estremeció.

La siguiente persona de la cola, una señora muy mayor que caminaba ayudada por una mujer más joven, tal vez su hija, entró en el local. En esta ocasión, Octavio se apartó a un lado y se reunió con sus compañeros. Los tres niños esperaron un par de minutos, hasta asegurarse de que la puerta no volvía a abrirse, para acercarse más a la cola.

—Habla tú, Octavio —le dijo Dani, dándole un codazo—, que lo haces muy bien.

—¿Yo? ¿Y qué les digo?

—Pues pregúntales qué hacen aquí, atontado —lo riñó Pat.

Octavio estuvo a punto de decirle que lo preguntara ella, pero recordó, muy oportunamente, que Pat no era mucho más sutil que Dani en eso de las relaciones públicas, de manera que optó por hacer lo que le decían sus compañeros.

—Disculpe —le dijo a una anciana que esperaba pacientemente su turno en la cola; ella se volvió hacia él y lo miró con desconfianza—. Pasábamos por aquí y nos preguntábamos... para qué es esta cola.

De pronto, varios pares de ojos se volvieron hacia ellos. Octavio detectó en los rostros de aquellas personas el mismo recelo de su interlocutora, pero también... ¿miedo?

—No os importa —replicó bruscamente la mujer del bebé.

—Largaos de aquí con viento fresco —ladró el hombre hosco, enseñando los dientes.

Octavio abrió la boca para replicar, pero no fue capaz de decir nada.

—Vámonos, Octavio —intervino Dani—. Está claro que nos hemos equivocado de sitio. ¿Ves como no tenías razón? Aquí no vive ningún curandero milagroso.

Octavio lo miró, atónito, pero entonces comprendió que Dani había tenido una de sus intuiciones, y decidió seguirle la corriente.

—No... no lo entiendo —dijo, sin mucho convencimiento—. Me... me dijeron...

—Pues ya ves, te tomaron el pelo. Ustedes disculpen —les dijo a las personas de la cola—, es que mi amigo es un pardillo, ¿saben? Se cree cualquier cosa que le cuenten.

Octavio abrió la boca, indignado, pero no dijo nada, porque había detectado, igual que Dani y Pat, un cambio de actitud en aquella gente. Ahora los miraban con una mezcla de indecisión y curiosidad.

Y entonces, para desconcierto de Octavio, Pat se echó a llorar escandalosamente.

—No es justo... no es justo... —hipó—. Soy demasiado joven...

Dani la rodeó con un brazo, intentando consolarla.

—No te preocupes, Pat. Los médicos no siempre aciertan... puede que no tengan razón esta vez, y haya esperanza para ti...

Por fin, Octavio comprendió que aquellos dos estaban llevando a cabo una admirable pantomima. Quiso poner su granito de arena.

—Eh... yo... lo siento... —tanteó—. No quería darte falsas esperanzas.

Pat lloriqueó todavía más fuerte. Dani dirigió una mirada compungida a las personas de la cola.

—Lo siento —dijo, y trató de llevarse a Pat lejos de allí.

No había dado dos pasos, cuando una voz los detuvo.

—Esperad.

Se volvieron. La mujer del bebé se acercó a ellos, muy nerviosa. Envuelto en sus mantas, su hijo lloraba débilmente.

—¿Qué le pasa a la niña? —le preguntó a Dani, sin mirar a Pat, que seguía sollozando, con la cara hundida en su hombro.

—Es una enfermedad rarísima —le confió Dani, bajando la voz—. Nadie sabe muy bien cómo se coge, porque no es contagiosa, ni nada... pero ataca primero a los nervios, hasta que poco a poco va paralizando los músculos y llega al corazón. Nadie sobrevive.

Los hombros de Pat se convulsionaron de nuevo, pero Octavio habría jurado que esta ocasión se trataba de una risa ahogada.

—Pobre chiquilla —murmuró la mujer, compadecida; señaló con la cabeza a la puerta cerrada—. Podéis ponerlos a la cola. A lo mejor el doctor puede ayudarla.

—Gracias —respondió Dani con un fervor casi exagerado.

Regresaron juntos a la cola. Octavio vaciló antes de preguntar:

—¿Qué le pasa al bebé?

—No es nada —dijo la mujer—, sólo una diarrea... pero el pobre lo está pasando fatal.

Hubo un breve silencio.

—¿Es verdad que puede curar cualquier cosa? —preguntó entonces Dani, en voz baja.

—Cualquier cosa, no —dijo la mujer, rápidamente—. Cualquier cosa, no —repitió, bajando la voz—. La mano de la vida no lo cura todo. A veces... —vaciló, pero no terminó la frase.

Dani iba a volver a preguntar, pero debían ponerse al final de la cola, y eso fue lo que hicieron.

En los momentos siguientes entraron y salieron varias personas. La anciana que había entrado en segundo lugar volvió a salir, y Octavio la vio igual de encorvada y vacilante que antes. A su lado, su hija tenía los ojos llenos de lágrimas.

—A esa no la ha curado —susurró Dani a sus compañeros—. ¿Por qué?

—A lo mejor no tenía dinero para pagar —opinó Pat en el mismo tono.

—¿De verdad crees que es tan malvado?

—¿Qué pasa? Si vas a un bar y no tienes dinero, por mucha hambre que tengas no te dan de comer. Pues esto es lo mismo.

—Eh, un momento —cortó Octavio—. ¿De verdad creéis que Borja está aquí para curar a la gente?

—Seguro, tío —replicó Dani, tajante—. Míralos a todos —añadió en un susurro—, están fastidiados. Han venido a ver a un médico.

Octavio reconoció que tenía razón. Hasta el hombre de las cejas pobladas, que parecía estar sano, tosía a menudo, y era una tos que no sonaba nada bien.

—Pero Borja no es médico, ¿o sí?

—Pues claro que no —intervino Pat—, eso es que tiene una clínica clandestina, ¿no lo veis? Si se enterase la poli, lo meterían en chirona.

—Pero no tenemos pruebas, Pat.

—Tú observa y ya verás —dijo Dani, muy convencido.

Esperaron en la cola un rato más. Fueron entrando y saliendo distintas personas. La mayoría tenían un aspecto mejor al salir. Otros, no. Un par de ancianos salieron de allí con la mirada vidriosa, pálidos como la cera y serios, muy serios.

La mujer del bebé entró poco después. Apenas diez minutos después volvía a salir, con una amplia sonrisa. Su hijo ya no lloraba; dormía plácidamente en sus brazos.

—Mucha suerte —le dijo a Pat, muy seria, antes de despedirse.

Ella se quedó sorprendida un momento, hasta que recordó que le había dicho que padecía una enfermedad incurable. Por suerte, la mujer no se atrevía a mirarla a la cara, así que no notó su momento de desconcierto.

Se acercaban peligrosamente a la puerta y Octavio llamó a sus compañeros para volver a conferenciar en voz baja:

—¿Pensáis entrar ahí?

—Claro que no —se asustó Pat.

—Pues casi nos toca a nosotros.

Pat miró con horror a la puerta del local, y después se volvió hacia sus amigos, indecisa. No podían marcharse en aquel momento; la gente sospecharía.

—Se me ha ocurrido que podemos esperar hasta el final —dijo Octavio—. Somos los últimos. Cuando entre el que va delante de nosotros, y nos quedemos solos, nos largamos antes de que salga.

Sus compañeros se mostraron de acuerdo.

Esperaron un rato más, cada vez más nerviosos, y echando frecuentes vistazos a la puerta. Estaban ya demasiado cerca y, si a Borja se le ocurría asomarse, los vería sin remedio.

Pero Borja no salió del local para nada.

Por fin, el último paciente cruzó la puerta, y los tres se quedaron solos en el callejón.

—Ahora o nunca —dijo Dani—, antes de que salga.

Se alejaron a paso rápido del local. Pero, cuando estaban a punto de alcanzar la esquina, la puerta se abrió bruscamente, mucho antes de lo que habían calculado, y el hombre adusto salió como una tromba.



## CAPÍTULO 8: INDICIOS.

“No... quiero... morir...”.

—Octavio...

—No... quiero... morir —murmuró Octavio, aturdido.

—Sí, ya lo sabemos. Llevas un buen rato diciéndolo.

Octavio abrió lentamente los ojos, con precaución. Dos rostros se inclinaban sobre él. Enfocó la vista y por fin pudo distinguir a Pat y a Dani.

—¿Hola? —tanteó Dani—. Estamos aquí. ¿Cuántos dedos ves?

Le plantó la palma de la mano abierta a escasos milímetros de la nariz.

—Aparta eso —gruñó Octavio, algo mareado—. ¿Qué ha pasado?

Trató de levantarse, pero la cabeza le daba vueltas.

“No... quiero... morir...”.

Cerró los ojos un momento y dejó que aquel pensamiento fuera disolviéndose poco a poco en las brumas de su mente.

“No quiero... morir...”

“No... quiero...”

“...quiero...”

“...morir...”

“...no”.

Por fin se hizo el silencio en su cabeza, pero apenas duró unos breves instantes. De inmediato, su mente se llenó de interrogantes que exigían ser contestados.

Octavio abrió los ojos de nuevo y miró a su alrededor. Se encontró en su propia habitación, tendido en su cama.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —preguntó, confundido. Lo último que recordaba era haber seguido a Borja hasta el local donde realizaba sus pequeños milagros.

Y después...

“No quiero morir...”

Octavio sacudió la cabeza.

—¿Quién era ese tipo? —preguntó de nuevo, antes de que Dani pudiera responder a su primera pregunta.

—Empecemos por el principio —intervino Pat, con energía—. Estuvimos... siguiendo a Borja —explicó, bajando la voz—. ¿De eso te acuerdas?

Octavio asintió.

—Había gente enferma... —empezó, pero Dani y Pat le indicaron que no hablara tan alto, y Octavio, inconscientemente, prosiguió, en un susurro—. Había gente enferma, y por lo visto él los

curaba. Estuvimos haciendo cola y nos fuimos casi al final. Pero salió un hombre de la consulta y... —frunció el ceño, tratando de recordar.

—Iba medio loco —rememoró Dani—. Parecía desesperado, horrorizado, no sé, como si estuviese viviendo una peli de terror. Te miró a los ojos un momento y te dejó K.O., tío.

—Te pusiste a gritar, agarrándote la cabeza como si te doliese mucho —añadió Pat en voz baja.

—Me transmitió un pensamiento —susurró Octavio—. Directamente a mi cabeza.

—¿¡Telepatía!?! —casi gritó Dani, muy emocionado.

—¡Baja la voz! —lo riñeron Octavio y Pat a la vez.

—A todo esto —susurró Octavio—, ¿por qué hablamos en voz baja?

—Porque tu padre está en el salón —contestó Pat en el mismo tono—. Creo que ha ido a buscar el teléfono del médico para avisarle.

—¿Qué? Pero si yo estoy bien...

—Ahora sí, pero antes no; estabas muy raro al principio, no hacías más que repetir eso de que no querías morir, y luego hasta has perdido el conocimiento. Dani y yo te hemos tenido que traer a rastras hasta tu casa.

—¿En serio? Vaya número. Lo siento mucho.

—Bueno, pero cuéntanos lo que interesa —le recordó Dani—. ¿De verdad le leíste la mente al tipo ese de las cejas de hombre lobo?

—No, no le leí la mente. Yo no hice nada. Sencillamente, él... transmitió un pensamiento... y yo lo capté, nada más.

—Y... ¿cuál era ese pensamiento? —preguntó Pat, curiosa.

—Pues está claro, ¿no? —respondió Dani, poniendo los ojos en blanco—: “No quiero morir”.

—¿”No quiero morir”? ¿Era eso lo que pensaba?

“Más que un pensamiento, era una obsesión”, pensó Octavio, pero no lo dijo.

Trató de incorporarse un poco y miró a sus amigos.

—Estaba muy asustado —comentó—. Cuando entró en la consulta de Borja no tenía ese aspecto, ¿verdad que no?

—No —reconoció Dani—. Te apuesto lo que quieras a que Borja le dijo que iba a morir, y por eso se asustó tanto.

—Pero eso es absurdo —soltó Pat—. ¿Por qué iba a creer que...? —se interrumpió de repente.

Los tres cruzaron una mirada.

—Le dijo que iba a morir —repitió Octavio, tratando de ordenar sus pensamientos—. No lo curó, como a los otros.

—¿Por qué?

—“La mano de la vida no lo cura todo” —recordó Octavio, con un estremecimiento—. Eso fue lo que dijo la mujer del bebé.

—Es decir —dedujo Dani—, que a algunos enfermos puede curarlos, y a los que no puede, les dice que se van a morir...

—No es exactamente así. Porque Valentín no estaba enfermo. Murió en un accidente de coche, y Borja lo sabía.

—Entonces, es al revés.

Pat y Octavio lo miraron.

—¿Qué quieres decir?

—Sabe quién va a morir pronto —explicó él—. A esos no los toca. Y al resto los puede curar.

Sobrevino un silencio. Pat tardó un poco en preguntar:

—¿Y cómo lo sabe?

—No tengo ni idea. Pero imaginaos por un momento que Borja puede adivinar si alguien está a punto de morir. La gente va a su consulta a que los curen. Y Borja lo hace. Pero si alguno de ellos va a morir pronto, entonces él no lo cura, porque sabe que no vale la pena, que va a morir de todos modos.

—Pero no puede ser así. ¿Quieres decir que cada uno de nosotros tiene un día fijado para morir y no se puede hacer nada al respecto?

—Yo no he dicho eso.

—Pero parece que Borja sí lo piensa así. —Pat iba enfadándose por momentos—. Si sabe que alguien va a morir, podría evitar su muerte. Podría haberle dicho a Valentín que no cogiera el coche. O podría haber tratado de curar a ese hombre.

—Pero, ¿y si fuera verdad que está escrito el día de nuestra muerte?

—¿Que existe un destino que no podemos cambiar? Vamos, Dani, los médicos hoy salvan muchísimas vidas y curan muchas enfermedades que podrían habernos matado hace doscientos años. Estamos venciendo al destino y a la muerte.

—No —cortó Octavio, interviniendo en la conversación tras un rato de silencio—. No vencemos a la muerte. Porque morimos, tarde o temprano. ¿O no?

Hubo un breve silencio desconcertado.

—¿En qué piensas, Octavio? —preguntó Dani por fin.

Octavio lo miró. Su amigo podía ponerse extraordinariamente serio cuando era necesario, y aquella era una de esas ocasiones. Dani lo miraba con fijeza, esperando una respuesta. Había intuido que el comentario de Octavio no era casual, y éste lo sabía.

Frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—No estoy seguro. Pero creo haber oído algo así alguna vez.

—¿Dónde —saltó Pat.

—No me acuerdo. No sé de dónde lo he sacado y, sin embargo, estoy seguro de que esa historia me es muy familiar.

—¿Dices que ya conocías casos como el de Borja? —preguntó Dani, mirándolo, muy serio—. Dijiste que nunca te había interesado lo paranormal.

—Lo sé, y es verdad. Por eso estoy tan desconcertado, no sé dónde puedo haberlo leído.

—Yo propongo —intervino Pat— que volvamos a la consulta de Borja e intentemos averiguar algo más sobre el tío aquel que no quería morir.

—¿Y no sería más sencillo preguntarle a tu hermana? —razonó Octavio—. Está claro que todo esto ella ya lo sabía. ¿O no?

—Ya he intentado sonsacarla muchas veces —refunfuñó Pat—, pero no quiere ni oír hablar de...

Se calló cuando alguien llamó suavemente a la puerta de la habitación. Casi enseguida, la puerta se abrió y entró el padre de Octavio.

—Hola, ¿te encuentras mejor? —le preguntó a su hijo.

—Sí, ya estoy bien.

—Por fin conseguí encontrar el listado de médicos del seguro. He llamado a uno. No tardará en llegar.

—No hace falta, papá, ya estoy bien —insistió Octavio, alarmado.

El padre movió la cabeza.

—Ahora puede que sí, pero nadie se desmaya por casualidad, Octavio. Quiero que te tome la tensión y te haga un reconocimiento, aunque sea por encima.

Octavio fue a protestar, pero finalmente no dijo nada y se resignó a ser examinado por el médico. Al fin y al cabo, había pasado revisiones médicas más de una vez, y nunca nadie había descubierto que fuera un psíquico.

—Nosotros nos vamos —anunció Dani—. Nos vemos mañana en clase, ¿vale?

Octavio se despidió de ellos sin mucho entusiasmo. Su padre no le quitaba la vista de encima, y el niño sospechaba que iba a tener que dar muchas explicaciones.

Cuando sus amigos se fueron, su padre se sentó junto a su cama.

—¿Qué ha pasado exactamente, Octavio?

—No lo recuerdo muy bien, papá —murmuró él, desviando la mirada—. Creo que me he mareado. Después me he despertado aquí.

—Tus amigos han tenido que traerte a rastras. ¿Dónde estabais?

—No estoy muy seguro —mintió Octavio—. Me duele mucho la cabeza.

—Oh, claro. Lo siento, no había caído. —Vaciló antes de levantarse—. Bueno, entonces no te molesto más. Esperaremos a que llegue el médico, ¿vale?

Llamaron al timbre apenas media hora después. El médico resultó ser una doctora, una mujer seria de mirada penetrante y gesto severo, que se llamaba Sofía. Octavio soportó la revisión

intentando no parecer demasiado aburrido.

—Estoy bien, de verdad —dijo por fin, sin poderlo evitar.

—¿De verdad? —Ella lo miró fijamente—. ¿No te duele la cabeza, como si tuvieras miles de hormigas dentro?

Octavio se quedó sorprendido.

—Sí... un poco —reconoció.

—¿Y no sientes como si tu corazón latiera justo dentro de tu cabeza?

Octavio inspiró hondo.

—Antes notaba algo parecido, pero... ya se me está pasando.

—Bien —asintió Sofía—. ¿Ves manchas brillantes?

—Ya no.

—Bien —repitió ella—. ¿Y las voces? ¿Sigues oyéndolas?

—No. —Octavio estaba cada vez más alarmado—. ¿Por qué me pregunta todo esto?

Sofía lo miró un momento y pareció que iba a decirle algo, pero al final debió de cambiar de idea, porque simplemente le sonrió y se volvió hacia su padre.

—Todo en orden. Seguramente necesitará hierro y un complejo vitamínico. Que se haga un análisis de sangre y veremos qué le puedo recetar.

—Entonces, ¿es flojera? ¿No va a necesitar ir al neurólogo, ni nada por el estilo?

—No —replicó la doctora, con energía—. Sólo necesita cuidarse un poco más.

—Entiendo —asintió el padre de Octavio.

El chico no entendía nada. ¿A qué venía aquello? ¿Cómo había podido Sofía describir tan bien su estado?

Su padre la acompañó a la salida. Octavio trató de levantarse, pero se mareó y tuvo que sentarse de nuevo. No se sorprendió cuando su padre volvió a entrar en la habitación y le dijo:

—Mañana no vas a clase. Tu salud es lo primero.

No tuvo fuerzas para replicar. Aún seguía confundido.

Por la noche llamó a Dani después de cenar, para pedirle que le trajera los deberes y los libros al día siguiente.

—Pat y yo hemos estado hablando —le dijo su amigo.

—¿De qué?

—De lo de Borja, ya sabes. Hemos decidido que vamos a seguir a su hermana para ver cómo la trata Borja y si de verdad ella sabe todo lo que está pasando.

—No me parece buena idea, Dani.

—¿Por qué no? Tampoco pasa nada si nos pillan. Es su hermana, ¿no? Hay confianza.

Octavio no tenía ganas ni fuerzas para llevarle la contraria.

La mañana siguiente transcurrió sin novedad. Dani había dicho a los profesores que Octavio

tenía que ir al médico y por eso había faltado a clase.

Pat y él estuvieron vigilando a Cris durante los recreos, pero ella no hizo nada fuera de lo corriente. Además, se dio cuenta de que su hermana la espiaba, y Pat recibió una buena regañina. Dani, rojo de vergüenza y sin osar acercarse, la esperaba un poco más lejos.

—Ya podías haberme echado una mano —refunfuñó Pat cuando se reunió con él más tarde, al sonar el timbre.

Dani iba a contestar, pero no pudo, porque César, el profesor de sociales, los interceptó en la puerta.

—Chicos, ¿habéis visto a José Luis?

José Luis era el profesor de música. Dani negó con la cabeza, pero Pat señaló al otro extremo del patio.

—Míralo, allí lo tienes. Está hablando con el Og... quiero decir, con María Dolores —se corrigió, roja de vergüenza.

Pero César no la riñó. Sólo se rió y le guiñó un ojo. Pat sonrió con timidez.

—Bueno, pues voy a hablar con él antes de que... ¡hey! —exclamó, mirando fijamente a Pat—. ¿Tú no tenías una herida en la frente?

Horrorizada, Pat se palpó la frente y se dio cuenta de que la gasa que ocultaba el resultado de la milagrosa intervención de Borja se había caído en algún momento, a lo largo de la mañana. Tal vez en clase de gimnasia. Habían estado corriendo mucho, y quizá el sudor la había desprendido sin que ella se diera cuenta.

—¿Verdad que se ha curado rápido? —intervino Dani oportunamente—. Al final va a ser verdad lo que decís los mayores, que los jóvenes somos de goma.

—Eso se dice de los niños —replicó César, lanzando a Pat una mirada penetrante.

—Tanto da —respondió Dani con desparpajo—. Bueno, nosotros nos vamos a clase, que tenemos examen de mates. Y tú deberías ir a rescatar a José Luis antes de que se lo coma el Ogro.

Pareció que César iba a decir algo, pero Dani no le dio ocasión. Se llevó a Pat a rastras de allí y, protegidos los dos por la marea de alumnos que volvían a clase, pronto lo perdieron de vista.

—¿Por qué no le has dicho nada? —le espetó Dani a la chica—. ¿Qué habría pasado si no llego a estar ahí para sacarte las castañas del fuego?

—Pues no habría pasado nada —replicó Pat, de mal talante—, porque César es un tío legal y no va a decir nada a nadie y, además, yo sé cuidarme sola, para que te enteres.

Dani se paró en seco y la miró, sorprendido.

—No me digas que a ti también te gusta César.

—¿Qué me va a gustar? ¡Qué burradas dices! —protestó Pat; pero se puso colorada.

Dani no volvió a insistir en ello.

A la salida del instituto, Dani y Pat espionaron a Cris disimuladamente para ver si Borja iba a buscarla. Pero en aquella ocasión no apareció. La vieron alejarse con sus amigas en dirección a su

casa.

—Me voy con ella —dijo Pat con resignación—. Nos vemos después de comer, ¿vale?

—En casa de Octavio —le recordó Dani—. A ver si él tiene alguna pista más, porque lo que somos nosotros...

Pat asintió y corrió a reunirse con su hermana. Dani se colocó los cascos, encendió el walkman, se ajustó la mochila al hombro y, con las manos en los bolsillos, se dispuso a regresar a casa. Vio a Pat y Cris saliendo juntas del instituto, y se dio cuenta de que César las observaba también. Lo miró, pensativo. Pero el profesor percibió su mirada, se volvió hacia él desde el otro extremo del patio y lo saludó, sonriendo. Sin poderlo evitar, Dani sonrió también y pensó que César era un buen tío.

Octavio y su padre habían ido al hospital por la mañana temprano, para que el chico se hiciese el análisis de sangre. A las diez ya estaban en casa, y Octavio quiso regresar al instituto, pero su padre no se lo permitió.

—Necesitas descansar, hijo.

—Pero papá, si estoy bien —protestó Octavio—. No quiero perder clases y además...

—Olvida las clases por un día. Dani ha dicho que te traería los apuntes, ¿no? ¿Es que no te fías de él?

—Para esas cosas, no mucho —refunfuñó Octavio, pero su padre se rió.

—Échate un rato, anda, y duerme, que te vendrá bien.

—No tengo sueño, papá.

—Bueno, pues entonces tumbate solamente y descansa, ¿vale?

Octavio suspiró.

—Vale —capituló.

Lo cierto era que, aunque no se sentía físicamente cansado, su mente todavía acusaba lo ocurrido la tarde anterior. Además, necesitaba pensar. Habían pasado muchas cosas en los últimos días, y tenía que reconocer que el misterio de Borja lo intrigaba. Sospechaba que había algo que se le escapaba, como una pieza fundamental del puzzle que estaba tratando de reconstruir en su cabeza.

Entró en su habitación y bajó la persiana hasta dejar la estancia en penumbra. Después se tumbó en la cama, tratando de pensar.

Recordaba lo que había dicho Dani la tarde anterior, e intuía que estaba en lo cierto. Borja, aquel misterioso joven, poseía la facultad de curar. Pero también sabía cuándo iba a morir alguien y, en esos casos, no podía hacer uso de su poder curativo. ¿Por qué?

Octavio frunció el ceño y se dio la vuelta en la cama. No era asunto suyo, claro estaba, pero aquel misterio lo intrigaba, y además estaba el hecho de que Pat les había pedido ayuda. Resultaba irónico que aquella niña que había estado molestándolo desde el primer día de clase lo tratara ahora como si fuera su amigo de toda la vida, pero la cosa ya estaba hecha, y lo cierto era que, desde su

conversación en el hospital, Pat se había mostrado mucho más amistosa con ellos, hasta el punto de que tanto Dani como él casi habían llegado a olvidarlo todo.

Casi, pero no del todo.

Por otro lado, estaba Cris. Era lógico que Pat se preocupara por su hermana. A simple vista, Borja no parecía un tipo peligroso. Pero Dani y él habían visto a Cris en la conferencia del centro Argos, y ella estaba alterada y muy asustada.

En aquel momento, la puerta de la habitación se abrió, y entró su padre. Octavio se incorporó un poco.

—Quédate ahí, tranquilo. Sólo he venido a traerte una manta. Por si tienes frío.

—Papá, por favor, estoy bien. No me trates como si fuera un bebé —protestó Octavio.

—Bueno, yo te dejo la manta aquí, a los pies de la cama, por si la necesitas.

—Vaaaaale.

Su padre salió de la habitación, y Octavio volvió a tumbarse. Trató de retomar el hilo de sus pensamientos, pero la última frase de su padre seguía resonando en su mente.

“Te dejo la manta aquí, a los pies de la cama, por si la necesitas”.

“Por si la necesitas...”

“...a los pies de la cama...”

Y, de pronto, algo despertó en el fondo de su memoria, y encajaron todas las piezas.

## CAPÍTULO 9: UNA EXCURSIÓN A LA BIBLIOTECA

Cuando Dani y Pat llegaron a casa de Octavio después de comer, lo encontraron alteradísimo. Había revuelto todas sus estanterías, pero por lo visto no había encontrado lo que buscaba, porque seguía rebuscando en un par de cajas que aún no había desembalado.

—Qué desorden —comentó Dani, saltando por encima de un montón de libretas—. Tío, no pareces tú. ¿Has tomado tres litros de café o qué?

—Te hemos traído los libros —añadió Pat—. Para mañana tenemos que...

—Olvida los deberes ahora —cortó Octavio, muy nervioso—. Creo que ya sé quién es Borja.

—¿De verdad? ¿Cómo? ¿Y quién es?

—No te acerques a él, Pat —advirtió Dani—. Ha dicho que nos olvidemos de los deberes. No puede ser el auténtico Octavio.

—¿Y quién voy a ser, si no? —se enfadó Octavio.

—Pues alguien que se le parece mucho. Un clon, o un extraterrestre con la capacidad de tomar la forma de cualquier humano. Tienes la habitación hecha un desastre y no te interesan los deberes: eso te ha delatado, así que confiesa, ¿qué has hecho con el verdadero Octavio?

—Deja de decir tonterías —protestó Octavio, pero se sentó y trató de tranquilizarse—. Ya sé dónde leí una historia parecida a la de Borja. Llevo buscando ese libro toda la mañana, pero me parece que no lo tengo.

—Tampoco tienes tantos libros como para que te haya llevado tanto tiempo —observó Pat, mirando a su alrededor.

—Lo sé, pero es que no sabía ya qué hacer y por eso he revisado mis libros varias veces. He leído un montón de libros en mi vida, pero casi todos sacados de bibliotecas. Como siempre nos estamos trasladando, no he acumulado muchas cosas, luego son un engorro a la hora de hacer la mudanza. Pero llega un momento en que ya no sé qué libros tengo y qué libros no.

—Corta el rollo y cuéntanos de una vez qué has descubierto —lo apremió Dani, impaciente. Octavio respiró hondo.

—Es que parece una locura. Tendría que volver a leerlo para estar completamente seguro...

—Bueno, pero si no tienes el libro no puedes leerlo —interrumpió Pat, a punto de perder la paciencia—, así que por favor, cuéntanos ya lo que sea, ¿quieres?

—Sí que podemos leerlo —declaró Octavio, con una sonrisa de oreja a oreja—. Además, un buen investigador tiene que acudir a consultar las fuentes originales y no fiarse sólo de su memoria.

—Tu memoria es excelente, Octavio —suspiró Dani—. Y yo me fío de ella. Así que desembucha.

Pero Octavio ya se había levantado y se dirigía hacia la puerta. Se volvió hacia ellos cuando ya estaba a punto de salir.

—¿Venís o qué?

—¿A dónde?

Octavio estuvo a punto de decírselo, pero finalmente cambió de idea y sonrió.

—Ya lo verás.

—Hemos llegado.

Dani y Pat echaron un vistazo a la fachada que Octavio les mostraba, muy orgulloso de sí mismo.

—¿Una biblioteca? —dijo Pat, confusa.

—Me lo imaginaba —suspiró Dani—. Supongo que hace ya meses que eres socio, ¿no, Octavio?

—Sí, ¿y qué pasa? —se defendió Octavio.

—Nada. Pero ya podías habernos dicho antes que veníamos aquí. No sé a qué tanto misterio.

—Pues yo llevo años viviendo en este barrio y no sabía que había aquí una biblioteca —comentó Pat.

—Vale, tampoco yo me había fijado —reconoció Dani a regañadientes.

Entraron en el edificio. La bibliotecaria saludó a Octavio y lo llamó por su nombre. Ni Dani ni Pat hicieron ningún comentario, pero Dani se dio cuenta de que Octavio parecía mucho más seguro de sí mismo allí dentro. Lo siguieron a través del laberinto de estanterías hasta la sección del fondo. Allí, Octavio se detuvo y empezó a revisar los lomos de los libros colocados en los estantes.

—Octavio, que te has equivocado de sitio —hizo notar Dani—. Esto es la sección infantil. La de parapsicología está más atrás, hemos pasado por delante.

—Estamos en la sección que toca —declaró Octavio con rotundidad.

Dani y Pat cruzaron una mirada, pero no dijeron nada. Lo vieron sacar varios libros y cargar con ellos hasta la mesa más cercana. Pat examinó los títulos.

—Octavio, son cuentos para niños —protestó, abriendo uno de los volúmenes por el índice—. Mira, aquí están *La Cenicienta*, y *La bella durmiente*, y....

—No, pero no son esos los que busco —cortó Octavio, distraídamente.

También estaba examinando los índices de los libros de cuentos, buscando uno en concreto. Por fin lo encontró en un enorme volumen de los *Cuentos de Grimm*. Respiró hondo y miró a sus compañeros.

—Aquí está la historia de Borja, chicos. Leed esto y decidme si no es demasiada casualidad.

Dejó el libro abierto sobre la mesa para que lo vieran bien. Dani y Pat se acercaron a leer el título del cuento que comenzaba en aquellas páginas.

—“La Muerte madrina” —leyó Pat, casi sin aliento.

Los tres se sentaron en torno a la mesa, muy juntos, y comenzaron a leer el cuento.

## *La muerte madrina*

Érase una vez un hombre pobre que tenía muchos hijos. Cuando nació el último de ellos, el padre decidió que tenía que buscarle un padrino rico que pudiera ayudar a pagar su educación. De modo que se sentó a la puerta de su casa a esperar que pasase alguien a quien proponer que fuera el padrino de su hijo.

Después de un rato, pasó por allí un peregrino que resultó ser Jesucristo.

—Yo seré el padrino de tu hijo. Lo guiaré por la senda del bien y le aseguraré un puesto en el Cielo, a mi lado.

El hombre lo pensó durante un momento.

—Agradezco mucho el ofrecimiento, Señor —dijo al fin—, pero he visto que en el mundo hay gente rica y gente muy pobre, y esto quiere decir que tú no tratas a todos por igual. Y desearía que el padrino de mi hijo fuera un hombre justo.

Jesucristo sonrió con indulgencia, pero no dijo nada, y siguió su camino.

Al cabo de un rato pasó por allí el Diablo.

—Yo seré el padrino de tu hijo —se ofreció—. Le daré riquezas y un puesto en la alta sociedad. Estando conmigo, no le faltará de nada.

—Sí, pero a cambio exigirás su alma —replicó el padre.

—De algo tengo que vivir —se excusó el Diablo.

—Gracias, pero no te quiero de padrino de mi hijo.

El Diablo se encogió de hombros y siguió su camino.

Al anochecer, pasó por allí la Muerte.

—Yo seré la Madrina de tu hijo —dijo ella simplemente.

El hombre lo pensó.

—Nadie puede ganarte a ti en justicia —reconoció al final—, porque tratas a todos por igual y no haces distinciones entre ricos y pobres, entre feos y guapos, entre listos e inteligentes, entre malvados y honrados. Y todos, al final, han de rendirse ante ti. No hay nadie más poderoso y justo que tú. Pensándolo bien, ¿quién mejor que la Muerte para ser madrina de mi hijo?

Y así quedó acordado. La Muerte acudió al bautizo, pero no volvió a aparecer por la casa hasta que el muchacho cumplió dieciocho años. Entonces se lo llevó aparte para hablar con él.

—Ahora que ya eres mayor, voy a hacerte un regalo que hará de ti un hombre de provecho —le dijo.

Le entregó un frasco lleno de agua.

—Es un agua milagrosa —le explicó—. Con esto podrás sanar a cualquier enfermo, por muy grave que esté. Dale a beber unas gotas y se sentirá como nuevo. Y el agua no se

agotará nunca. Con esto puedes llegar a ser un médico famoso y nunca te faltará dinero ni trabajo.

El joven le dio las gracias a su madrina por el regalo. Pero la Muerte no había terminado de hablar.

—Sin embargo —le dijo—, antes de curar a un enfermo tienes que buscarme a mí. Si me ves a los pies de su cama, tienes mi permiso para darle a beber el agua milagrosa, y el enfermo se curará. Pero si, por el contrario, me ves a la cabecera de la cama, debes dejarlo en paz, porque eso querrá decir que me pertenece a mí. ¿Lo has entendido?

El muchacho dijo que así lo haría.

Después, con el presente de su madrina, partió hacia la ciudad y allí abrió una consulta. Con el agua milagrosa curó a mucha gente, pero siempre seguía los consejos de la Muerte y, cuando entraba en la habitación de un enfermo, lo primero que hacía era buscarla con la mirada. Si veía a su madrina a los pies de la cama, daba al enfermo el agua de la vida, y éste sanaba inmediatamente. Si, por el contrario, veía a la Muerte a la cabecera de la cama, el joven decía que no podía hacer nada por el paciente y éste, irremediamente, moría.

Pronto se corrió la voz de que un brillante médico se había instalado en la ciudad, y el muchacho tuvo cada vez más trabajo. Con el tiempo, su fama llegó a ser tanta que fue reclamado en el palacio del rey. Era una gran oportunidad, de modo que el médico acudió allí rápidamente. Le dijeron que era el propio rey quien estaba enfermo, y que ningún médico había logrado curar su dolencia.

Cuando el joven entró en la cámara del rey, buscó a su madrina, como siempre hacía, pero... ¡oh, decepción!, la encontró a la cabecera de la cama del monarca.

El médico no sabía qué hacer. No se atrevía a desafiar a la Muerte, pero tampoco podía dejar morir al rey. De manera que decidió tratar de engañar a su madrina. Cogió al rey y le dio la vuelta en la cama, de forma que la Muerte quedara a sus pies, y no junto a su cabeza. Más tranquilo, le dio al enfermo unas gotas del agua milagrosa.

El rey se curó, pero la Muerte no olvidó la ofensa, y fue a hablar con su ahijado.

—Por esta vez te perdono —le advirtió—, pero no vuelvas a desobedecerme.

El joven prometió que no volvería a hacerlo.

Sin embargo, tiempo más tarde fue la princesa, la única hija del rey, quien cayó gravemente enferma. El famoso médico fue llamado a palacio. Pero cuando entró en la habitación de la princesa vio, de nuevo, a la Muerte a la cabecera de la cama de la enferma. El joven estuvo a punto de confesar que no podía curarla, pero la princesa era tan hermosa que se enamoró perdidamente de ella, y supo que no podía dejarla morir. “Mi madrina lo comprenderá”, pensó. De manera que, al igual que había hecho con el rey, le dio la vuelta a la princesa para que la Muerte quedara a sus pies, y no junto a su cabeza. Después, le dio a beber el agua de la vida.

La princesa se curó, y el rey, agradecido, le dio al médico la mano de ella en matrimonio.

Pero el día de su boda, la Muerte vino a buscar al joven médico.

—Me has desobedecido por segunda vez —le dijo—. No va a haber una tercera.

El joven cayó de rodillas ante ella y le pidió perdón, pero la Muerte no lo escuchó. Lo agarró por los cabellos y se lo llevó consigo. Cuando por fin lo soltó, el médico miró a su alrededor y se encontró en una gruta llena de cirios encendidos.

—¿Qué es este lugar? —preguntó.

—Aquí es donde vigilo la vida de los hombres —respondió la Muerte—. Cada uno de estos cirios es la vida de una persona. Cuando la vela se apaga, su propietario me pertenece, y voy a buscarlo.

—¿Y cuál es la mía? —preguntó el joven médico, temblando.

La Muerte le señaló una llama que ardía débilmente al fondo de la caverna.

—Aquella, hijo mío, es la vela de tu vida.

El muchacho comprobó con horror que estaba a punto de consumirse, y suplicó a la Muerte que la sustituyera por una nueva. Pero ella no lo escuchó.

Y, cuando la vela se apagó por fin, el joven médico murió con ella.

Desde entonces, la Muerte no ha vuelto a ser madrina de ningún otro niño, por miedo a que la desafíen otra vez.”

Octavio había sido el primero en terminar de leer el cuento, y esperó a que sus amigos levantaran la vista de la página.

—Hey —murmuró Dani débilmente—. ¿Y dónde está eso de “Y fueron felices y comieron perdices”?

Octavio negó con la cabeza.

—Es un cuento siniestro, ¿eh?

—Como Borja —se le escapó a Pat—. ¿De verdad crees que ha hecho un pacto con la Muerte, o algo parecido?

—Es lo primero que se me ocurrió cuando recordé este cuento —confesó Octavio—, pero ahora ya no sé qué pensar. Es que es todo tan... fantástico... Eso de la Muerte, y el agua de la vida, y la caverna llena de cirios...

—Pero quítale los detalles fantásticos y quédate con lo básico —cortó Dani; parecía entusiasmado—. Tenemos a un tipo que cura a la gente... a todos menos a los que sabe que van a morir pronto. ¿Creéis que realmente puede ver a la Muerte junto a ellos?

Los tres cruzaron una mirada.

—Pat, dijiste que Borja miró a Valentín de una manera extraña —recordó Octavio—. ¿Crees

que vio algo en él que los demás no veíamos?

—¿A la Muerte? ¿Pero qué aspecto tiene la Muerte?

—Pues, mira... —se limitó a decir Dani, señalando una de las ilustraciones del libro; la Muerte era un esqueleto vestido con una capa negra, que llevaba una guadaña al hombro.

—No sale muy favorecida, la pobre —comentó Pat.

—A ver, a ver, un momento, recapitulemos —cortó Octavio—. ¿Realmente creéis que este cuento puede estar pasando de verdad? ¿Aquí, ahora? ¿No es demasiado...?

—¿...fantástico? —lo ayudó Dani—. Muchas veces las leyendas tienen una base real. ¿Y si esto no fuera un cuento de hadas, sino una leyenda?

—En cualquier caso, no me imagino a la Muerte, si es que existe como... ente pensante, o lo que sea... siendo la madrina de nadie.

—Ente pensante —repitió Pat—. ¿De dónde sacas esas palabras?

—¿Verdad? —la apoyó Dani—. Yo siempre le digo que tiene que hablar normal, pero no me hace caso.

—Dejad eso ya —protestó Octavio—. ¿De verdad creéis que “eso” se pasea por ahí y que Borja puede verlo? —preguntó, señalando la imagen de la huesuda Muerte.

—Si es así, no me extraña que tenga siempre esa cara de palo, el pobre —comentó Dani—. En cuanto a tu pregunta, Octavio, sí y no. Sí creo que la Muerte se pasea por ahí. De hecho, me parece que es lo único de lo que podemos estar seguros en esta vida. Pero no creo que tenga ese aspecto. ¿No creéis que, en todos estos siglos, ha tenido tiempo de sobra para modernizarse un poco?

## CAPÍTULO 10: ¿DÓNDE ESTÁ PAT?

Octavio no podía estudiar.

Dani, Pat y él se habían quedado un rato más en la biblioteca, pero no habían sacado nada en claro. Sí, en algunos aspectos la historia de Borja se parecía al cuento de “La Muerte madrina”, pero... ¿qué quería decir eso?

Octavio tenía que regresar pronto a casa aquel día, porque su padre no quería que pasase mucho tiempo fuera de momento, así que los tres amigos tuvieron que despedirse hasta el día siguiente. Octavio le había prometido a Pat que intentarían averiguar más cosas, pero la chica estaba muy callada y alicaída, y eso no era normal en ella. La idea de que su hermana pudiera haberse visto involucrada en un oscuro y siniestro cuento de hadas no le gustaba en absoluto, pero no podían hacer nada más, por el momento.

Octavio se había llevado el volumen de los Cuentos de Grimm a casa y había vuelto a leer el relato varias veces, pero no había sacado nada más en claro. Ahora, el libro descansaba en una esquina de su mesa y Octavio estaba tratando de hacer los deberes de matemáticas, pero no lograba concentrarse.

Y lo peor de todo era que, en el fondo, sabía que podía olvidar fácilmente aquel cuento y centrarse en sus deberes, si quería.

Pero es que no era aquello lo que le preocupaba.

Llevaba un buen rato pensando en Pat, y no sabía por qué. Tenía el presentimiento —totalmente irracional, eso sí— de que, por alguna razón, su amiga estaba en grave peligro. “Qué tontería”, pensó. Apartó aquellos pensamientos de su mente, porque no eran lógicos.

Y entonces recordó a Dani, su gran imaginación y su extraordinaria intuición, de la que tanto se fiaba, y que tan pocas veces le había fallado. La lógica de Octavio era útil de vez en cuando, pero Dani actuaba por instinto, y normalmente le solía funcionar.

“Una intuición”, pensó. “Como las de Dani”.

No perdía nada saliendo de dudas. Se levantó y fue hasta el salón para llamar por teléfono a Pat y asegurarse de que estaba bien.

Se puso Cris.

—¿Diga?

—Hola, ¿está Pat?

—¿De parte de quién?

—Soy Octavio.

—Ah, hola. No, Pat se ha marchado hace un rato. Dijo que había quedado con vosotros —añadió, extrañada.

—Pero si nosotros no... —empezó Octavio, pero se calló a tiempo—. ¡Anda, sí, es verdad! —mintió—. Qué despistado soy, lo había olvidado. Muchas gracias.

Octavio colgó el teléfono y respiró hondo un par de veces antes de descolgar de nuevo y llamar a Dani.

Pat sabía que aquello que estaba a punto de hacer era absurdo, pero sencillamente se veía incapaz de quedarse en casa. No podía sentarse a esperar a que las cosas se solucionasen solas. ¿Y si era verdad que Borja era el protagonista de una nueva versión del espeluznante cuento de “La Muerte madrina”? ¿Y si la muerte rondaba en torno a él? ¿Podría llegar a alcanzar a su hermana Cris? En cualquier caso, no parecía bueno. Nada bueno.

Pat nunca había tenido muy buena memoria, pero sí recordaba a la perfección el itinerario que tenía que seguir para llegar hasta la consulta de Borja. No tenía muy claro qué era lo que quería hacer allí, pero necesitaba volver. Pretendía espíarlo de nuevo, sí, y tal vez de esa manera lograra descubrir más pistas acerca de su misterioso don...o maldición.

Pat no se dio cuenta de que la seguían hasta que se internó por el barrio marginal en el que se hallaba el local de Borja. Inquieta, se dio la vuelta un par de veces, pero no llegó a ver a nadie tras ella. “Qué tontería”, se dijo. Era aquel lugar. O tal vez aquel cuento. Todavía tenía clavada en la memoria la imagen de la Muerte agarrando por los cabellos al joven médico que contemplaba, impotente, cómo se iba apagando la vela de su vida. Aquella ilustración era una de las más impactantes del libro. Pat sabía que en otras circunstancias no le habría parecido tan grave. Pero no podía evitar imaginar la escena con el rostro de Borja en lugar de los rasgos del médico.

O el de su hermana Cris.

Por fin llegó a su destino, pero comprobó, decepcionada, que la persiana estaba bajada, y la consulta, cerrada a cal y canto. La calle donde el día anterior hacía cola un grupo de enfermos estaba ahora completamente desierta.

De todas formas, Pat se acercó a curiosear. Dio una vuelta por la calle y estudió con atención los interfonos del portal de al lado, por si veía el nombre de Borja junto a alguno de los botones. Pero no lo vio.

Decepcionada ante el fracaso de sus pesquisas, decidió regresar a casa. Dio media vuelta para enfilar en dirección a la parada de metro... y se topó con una sombra alta y oscura que estaba justo tras ella.

Pat lanzó una exclamación de sorpresa, pero su voz fue ahogada por una mano que le tapó la boca para que no pudiera gritar.

Apenas una hora más tarde, dos figuras recorrían aquella misma calle en dirección a la consulta de Borja.

—¿Tú crees que hacemos bien? —preguntó Octavio, dudoso.

—Seguro, tío —replicó Dani categóricamente—. Si lo que has tenido es una especie de premonición, Pat sólo puede haber venido aquí. ¿Por qué, si no, mentiría a su hermana para salir?

—Puede ser que quisiera hacer algo y no la dejasen...

—¿Como qué? Estaba muy preocupada esta tarde, Octavio. No creo que tuviera ganas de juerga. Ha salido para averiguar más cosas de ese tal Borja, seguro.

—¿Y por qué aquí? ¿Qué te hace pensar que no ha vuelto a la biblioteca?

—¿Pat, a la biblioteca? —bufó Dani—. Eso lo harías tú, Octavio, no ella. Pat es una chica de acción, ya lo sabes. No creo que se le dé bien eso de rebuscar entre los libros.

Se detuvieron ante la consulta de Borja.

—Cerrado —observó Octavio—. Y no hay un alma.

—No lo entiendo —murmuró Dani—. Si no está aquí, ¿a dónde puede haber ido?

—Quizá haya vuelto a casa y nos hayamos cruzado sin darnos cuenta... —empezó Octavio, pero calló, alarmado, al ver que Dani se acercaba al local con fines poco claros—. Eh, un momento. ¿Qué se supone que vas a hacer?

Dani no respondió. Sin hacerle caso, llamó repetidas veces a la persiana, amando un escándalo considerable:

—¡Eh! ¡Eeeeehh! ¡Hola! ¿Hay alguien en casa?

Octavio lo agarró del brazo.

—¿Te has vuelto loco?

—¿Quién está haciendo tanto ruido? —tronó una voz femenina desde lo alto.

Los dos chicos levantaron la cabeza y vieron a una mujer asomada a una ventana.

—¡Venimos a la consulta! —explicó Dani, sin cortarse un pelo.

—El doctor no atiende los miércoles —replicó ella, de mal humor—. Así que dejad de dar golpes y largaos de una vez.

La ventana se cerró. Dani y Octavio se miraron y se encogieron de hombros. Después, lentamente, dieron media vuelta para volver a casa.

—¿Sabes una cosa? —comentó Dani—. Puede que tengas razón, y Pat ya haya vuelto a casa. Y si eso que has tenido no era una premonición, yo en tu lugar empezaría a preocuparme.

—¿Por qué?

—Porque eso querría decir que te estás volviendo tan paranoico como yo.

Pero resultó que al día siguiente Pat no acudió a clase. Su asiento en la primera fila estaba vacío. Cuando, transcurrida la primera media hora de clase —un tiempo más que prudencial para descartar la posibilidad de que la chica se hubiese retrasado—, Pat seguía sin aparecer, Dani y Octavio cruzaron una mirada significativa.

En el cambio de clase, Octavio se dirigió al pupitre de Dani para comentarlo con él, cuando

llegó Antonio, su tutor. Algunos niños lo miraron extrañados, ya que no les tocaba clase con él. Otros no se percataron de su presencia. Los cambios de clase siempre solían ser un poco caóticos. Los niños aprovechaban para hacer mil cosas, a cual más peregrina, mientras llegaba el profesor de la asignatura correspondiente.

Octavio fue de los que no notaron que Antonio acababa de entrar. O, al menos, no lo notó hasta que el propio Antonio puso una mano sobre su hombro.

—¿Octavio? ¿Podemos hablar un momento?

Octavio lo miró, indeciso. Dani había acercado y los observaba con curiosidad. Antonio reparó en él.

—Tú también, Dani, si no tienes inconveniente.

Dani ladeó la cabeza y se lo quedó mirando, pero no dijo nada. Los dos chicos siguieron a su tutor hasta el pasillo.

—Ha llamado por teléfono la madre de Pat —les dijo Antonio sin rodeos—. Dice que su hija no volvió ayer a casa.

—¿¡Qué!?! —se le escapó a Octavio.

—Su hermana dice que ayer por la tarde estuvo con vosotros. Pero no tenían vuestro teléfono, así que no hemos podido avisaros hasta hoy.

—Pero... —empezó Octavio.

—Sí, estuvo con nosotros —cortó Dani—, pero nos despedimos a eso de las ocho, y ella se fue a su casa. No hemos vuelto a verla.

—¿Creéis que puede haberse escapado?

Dani se encogió de hombros.

—Quién sabe. La verdad es que no teníamos mucha relación con ella, ¿sabes?

—No, eso es verdad —admitió Antonio—. Sé que estabais con ella cuando chocó contra el andamio, pero sabía que no erais amigos. De todas formas, fuisteis los últimos en verla ayer por la tarde, y supongo que la policía querrá haceros algunas preguntas al respecto.

—Por mí, de acuerdo —respondió Dani, muy tranquilo.

Octavio no pudo más.

—¿Te quieres callar ya? —estalló—. Esto es serio, Dani. No sabemos qué le ha pasado a Pat, tú sabes perfectamente que no se ha escapado de casa. ¿Y si le ha ocurrido algo malo? Esto no es un juego: tenemos que contar todo lo que sabemos.

Dani lo miró, herido.

—Vale, está bien, entonces habla tú —refunfuñó.

Antonio los miraba, bastante perplejo. Octavio vaciló antes de explicar:

—Nosotros no fuimos los últimos en ver a Pat. Quedamos con ella después de comer y fuimos a la biblioteca, pero a eso de las seis y media ya estábamos cada uno en nuestra casa. Luego, sobre las siete y media, llamé a casa de Pat, y su hermana me dijo que había salido porque había

quedado con nosotros. Pero no era verdad.

—¿Quieres decir que Cris os mintió?

—No, quiero decir que fue Pat la que mintió. Y yo le seguí la corriente.

—Comprendo. No querías delatarla. ¿Qué pasó después?

—Nada. Ya te he dicho que no había quedado con nosotros, así que no la vimos esa tarde. En realidad... —añadió, titubeando—, fuimos a buscarla al sitio donde pensábamos que había ido, pero no la encontramos allí.

—¿Qué sitio era ese?

Dani miraba a Octavio, como suplicándole que no dijera nada, pero Octavio no podía quedarse callado. Pat había desaparecido, y cualquier pista podía ser crucial para encontrarla.

—A Pat no le caía bien el novio de su hermana —confesó—. Pensaba que no era buen tipo, así que de vez en cuando... lo espiaba. Bueno, lo espiábamos —se corrigió, un poco de mala gana—. Ese chico... Borja, se llama... tiene una especie de local a las afueras de la ciudad. Una vez lo seguimos hasta allí. Así que pensábamos que Pat había vuelto al mismo sitio, pero ayer fuimos y no la vimos.

—Ya veo. Bueno, volved a clase, que María Dolores acaba de entrar. Les diré a los padres de Pat lo que me acabáis de contar, pero seguramente querrán hablar con vosotros personalmente. Así que estad localizables, ¿vale?

Los dos chicos asintieron, con un nudo en la garganta. Cuando volvieron a entrar en clase, ninguno de los dos fue capaz de concentrarse en el tema de aquel día. Se ganaron más de un comentario sarcástico por parte del Ogro, pero a ninguno de los dos les importó.

No podían dejar de pensar en Pat, y no podían evitar preguntarse si el siniestro Borja estaba detrás de todo aquello.

Pasaron un par de días más, y Pat seguía sin aparecer. Pronto se corrió la voz, y la familia de la niña empezó a repartir carteles con su foto por el barrio. Dani y Octavio fueron interrogados varias veces, y en todas contaron la misma versión: que habían estado espiando al novio de Cris. Pero, sin haberse puesto de acuerdo previamente, los dos sabían qué cosas no debían contar. Por eso en ningún momento hablaron de los extraños poderes de Borja, ni del cuento que habían encontrado en aquel libro. Al fin y al cabo, sólo eran niños. A nadie le extrañó que hicieran la tontería de seguir a Borja. No era más que una chiquillada.

El barrio en el que se hallaba la consulta fue registrado minuciosamente. La mujer que se había asomado a la ventana aquella tarde reconoció que dos chicos habían estado armando escándalo, y su testimonio coincidía con el de Dani y Octavio. Otro vecino dijo haber visto a una niña de pelo corto y unos doce o trece años rondando por la calle entre las siete y las ocho.

Parecía claro que la intuición de Dani y Octavio había sido correcta, y que Pat había estado

allí la tarde de su desaparición. Como su pista se acababa allí, Borja fue interrogado también. Nadie dijo una palabra acerca de su actividad de curandero. En el interior de aquel bajo sólo había una mesa, una silla, una camilla y una lámpara que daba poca luz. Nada de instrumental, ni libros de medicina, ni nada que se le pareciese. Borja no los necesitaba.

Ni Dani ni Octavio lo delataron. Simplemente dijeron que lo habían seguido hasta allí, pero que no habían visto el interior del local. Y tampoco los vecinos del barrio hablaron de las curaciones milagrosas. Dijeron que era un chico serio, pero amable. Y que iba al local a estudiar por las tardes. Iba para médico, dijeron.

Tuvieron que dejar libre a Borja, porque no tenían pruebas de que él hubiese secuestrado a Pat. Juraba una y otra vez que no la había visto aquella tarde, y Dani y Octavio sospechaban que era verdad.

Pero, si Borja no tenía nada que ver con la desaparición de Pat, ¿dónde estaba ella?

Una mañana, al salir de clase, Cris se acercó a los dos amigos.

—Tengo que hablar con vosotros —les dijo, muy seria.

Dani enrojeció inmediatamente, tragó saliva y desvió la mirada, azorado. Octavio suspiró y asintió.

Siguieron a Cris hasta el parque cercano, y fueron hasta un banco, no lejos de aquel en el que, semanas atrás, Dani y Octavio se habían sentado justo después del accidente del andamio.

La chica los hizo sentarse y los miró con cara de pocos amigos.

—Me gustaría saber —exigió— a santo de qué estabais espiando a mi novio.

Octavio miró a Dani, pero este seguía con la mirada hundida en el suelo y más rojo que un tomate. Hizo de tripas corazón y se resignó a enfrentarse a la hermana de Pat.

—Pat nos lo pidió —dijo, mirando a Cris a los ojos.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber por qué?

—Estaba preocupada por ti —explicó Octavio, molesto por el tono agresivo de ella—. Pensaba que Borja no era una buena persona.

Cris puso los ojos en blanco. Estaba furiosa, pero no sabía si debía estarlo con su hermana o con aquellos dos chicos. Por otro lado, no era capaz de enfadarse con Pat, ahora que ella no estaba. Se mordió el labio inferior. La preocupación por su hermana era más intensa que la irritación que pudiera sentir, y no pudo evitar que los ojos se le llenasen de lágrimas.

—Oh, esta Pat... ¡será tonta! Borja es un buen chico. No entiendo por qué...

—No es como los demás —cortó Octavio, muy serio, mirándola a los ojos.

Cris palideció de golpe.

—¿Qué... qué has querido decir con eso?

Por fin, Dani fue capaz de levantar la vista del suelo.

—Sabemos lo que hace —dijo en voz baja—. Sabemos que puede curar a la gente. O adivinar cuándo van a morir.

Cris jadeó, anonadada, y retrocedió un par de pasos.

—¿Cómo sabéis...? Es decir, ¡eso no es verdad!

Parecía realmente asustada. Octavio la miró con simpatía.

—Te vimos en una conferencia. Preguntaste algo que nos llamó la atención. ¿Te acuerdas?

Cris los miró de nuevo, tratando de recordar. Finalmente se dio por vencida. Estaba claro que no se había fijado en ellos.

—Sólo he ido a una conferencia últimamente —dijo—. Una sobre fenómenos paranormales.

—Esa misma —dijo Octavio—. Luego Pat nos dijo que Borja la había curado, y no tuvimos más que atar cabos. Es verdad que Borja tiene poderes especiales, ¿no? ¿Puede hacer eso? ¿Curar a la gente y adivinar quién va a morir?

—Sí —confesó Cris débilmente—. Pero él no es mala persona. Utiliza su don para curar a la gente.

—Y a los que no cura... ¿cómo sabe que no los puede curar? ¿Cómo sabe que van a morir? —preguntó Dani, interesado.

—No lo sé, yo... se lo he preguntado alguna vez. Dice que ve algo en ellos. Junto a su hombro. O junto a su cabeza, no estoy segura.

—¿Algo como qué?

—Como una sombra. —Cris se dejó caer sobre el banco y enterró el rostro entre las manos, desolada—. No sé cómo es. Yo nunca lo he visto. Pero a veces, Borja ve una sombra junto a las personas, y cuando la ve, eso quiere decir que esa persona va a morir. Como... —se interrumpió y se mordió el labio inferior, indecisa, sin atreverse a continuar.

—Como Valentín, el profe de sociales, ¿verdad? —susurró Octavio, estremeciéndose—. Él lo sabía.

—Me dijo que Valentín tenía la sombra —murmuró Cris, a punto de estallar en llanto—. Y al día siguiente murió.

Sobrevino un silencio. Cris empezó a llorar suavemente. Dani y Octavio cruzaron una mirada.

—Pero os juro que Borja es una buena persona —insistió Cris—. Él nunca le haría daño a Pat.

—¿Ni siquiera para evitar que descubriera su secreto? —preguntó Dani con cierta brusquedad.

—¡Claro que no! —replicó Cris, horrorizada.

Dani fue a decir algo, pero Octavio le dio un codazo y negó con la cabeza. Dani se guardó para sí lo que pensaba al respecto, pero le dijo a su amigo en voz baja:

—Creo que diste en el clavo, Octavio. Me parece que Borja es exactamente lo que sospechábamos.

—¿El qué?

—¿Qué va a ser? El médico del cuento. El que veía a la Muerte junto a los enfermos. Y yo tenía razón, ya no es un esqueleto con guadaña. Es una sombra, algo que está ahí y a la vez no está.

—¿De verdad crees eso? —preguntó Octavio, dudoso—. A mí me parece un poco raro.

—Pero es la única explicación que tenemos —insistió Dani—. Piénsalo. Si ese cuento fuera real... si hubiese sucedido... eso quiere decir que la historia puede repetirse. Puede que haya vuelto a pasar ahora, en nuestros días, en nuestra ciudad. Y que Borja sea un nuevo Ahijado de la Muerte.

## CAPÍTULO 11: UNA PISTA ANÓNIMA.

—Ya lo he dicho muchas veces —protestó Borja con cansancio—. Yo no tengo nada que ver con eso. La policía ya me ha interrogado varias veces, han registrado mi casa y mi local, y no han encontrado a Pat. Yo estoy tan preocupado como vosotros. ¿Por qué no me creéis?

—Ya, bueno, resulta que son demasiadas coincidencias, demasiadas cosas raras —dijo Cris, muy seria.

Su novio la miró, atónito.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

Ella alzó la cabeza para mirarlo a los ojos, desafiante.

Dani y Octavio no sabían dónde meterse. Cris había insistido en que la acompañaran al bar donde habían quedado con Borja, y ahora sentían que no deberían estar allí, en medio de aquella bronca entre ellos dos.

—¿No me lo vas a decir? —dijo Cris, en voz baja pero con un tono peligroso; y Octavio detectó en su actitud un vestigio del talante rebelde y combativo de su hermana Pat.

—Sigo sin saber de qué estás hablando —replicó Borja, molesto.

Por el rostro de Cris cruzó una fugaz expresión dolida, pero se rehizo enseguida. Con gesto decidido, plantó el volumen de los Cuentos de Grimm sobre la mesa, abierto por la página donde comenzaba el cuento de “La Muerte madrina”.

—¿Sigues sin saber de qué estoy hablando, Borja? —preguntó ella; seguía hablando en voz baja, pero sus ojos echaban chispas de furia contenida.

Borja echó un vistazo al libro y palideció. Hizo ademán de levantarse, pero se contuvo a tiempo y permaneció sentado, temblando y visiblemente nervioso.

—Quita eso de mi vista —pudo decir por fin.

Los ojos de Cris se entrecerraron.

—Entonces, es cierto. Has hecho un pacto con la Muerte, ¿verdad?

—Cris, por favor, aparta eso de ahí y no sigas hablando del tema —ordenó Borja, levantando la voz.

—¿Qué has hecho con mi hermana, Borja? —susurró ella, furiosa.

—Cris, por favor, no insistas. Te he dicho muchas veces que yo no...

—¿¡Qué has hecho con mi hermana, malnacido!?! —estalló Cris de pronto, levantándose de un salto para lanzarse contra su novio.

Dani reaccionó a tiempo y la sujetó antes de que pudiera golpear a Borja. Octavio se apresuró a ayudarlo. Cris se había echado a llorar, gritaba, pataleaba e insultaba a Borja, que la observaba, impasible, aunque con un brillo de tristeza en la mirada.

Todos los clientes de la cafetería se habían vuelto hacia ellos y contemplaban la escena con estupor, pero nadie se decidía a intervenir.

—¡Dejadme...! ¡Soltadme...! —jadeaba ella, debatiéndose y llorando de rabia—. ¡Voy a matarlo! ¡Si le ha hecho algo a Pat, juro que lo mataré...!

Borja no hizo nada por calmarla. La miró una vez más, y fue una larga mirada, una mirada en la que, quizá, quería transmitirle todo lo que no había sido capaz de decirle con palabras. Entonces, finalmente, se levantó, recogió su mochila, se puso su largo abrigo negro y salió del local sin mirar atrás.

—¡¡Pero da la cara y contesta a mis preguntas, cabrón!! —chillaba Cris, furiosa—. ¡¡Dime qué has hecho con mi hermana!!

Cuando Borja estaba ya demasiado lejos como para oír sus gritos, Cris pareció calmarse un poco. Dejó de gritar y de patalear, y de pronto, como si le hubieran abandonado las fuerzas, se dejó caer sobre la silla, enterró la cara entre las manos y se puso a llorar desconsoladamente.

Dani y Octavio se quedaron junto a ella, sin saber qué decir. Los sollozos de Cris fueron bajando en intensidad, y al final apenas se la oía. Pero seguía llorando, no cabía duda. Sus hombros se convulsionaban y todavía resbalaban algunas lágrimas entre sus dedos.

El camarero trajo una taza humeante y la dejó sobre la mesa sin hacer ruido ni un solo comentario. Pero Cris pareció reaccionar y alzó la cabeza. Tenía los ojos rojos y la nariz hinchada. Octavio rebuscó en su mochila en busca del paquete de Kleenex y, en cuanto lo encontró, le ofreció uno.

—Gracias —murmuró ella; echó un vistazo a la taza y vio que era una tila.

—Lo he pedido yo —dijo Dani con timidez—. Pensé que te sentaría bien. Claro que, si no lo quieres —añadió rápidamente—, me la tomo yo y en paz. Me gustan las infusiones.

Ella le dirigió una mirada agradecida, y Dani se puso rojo y bajó la cabeza rápidamente.

Nadie dijo nada mientras Cris echaba el azúcar, revolvía el contenido de la taza con la cucharilla y se bebía la infusión a pequeños sorbos. Pareció tranquilizarse un poco, tal vez por la tila, tal vez porque ya se había desahogado y no tenía fuerzas para seguir llorando.

—Supongo que esto quiere decir que hemos terminado —murmuró, casi para sí misma.

—Lo siento —pudo decir Octavio, incómodo.

Cris negó con la cabeza.

—Era lo que tenía que pasar. Tal vez Pat tuviera razón desde el principio. En el fondo, yo no sabía quién era Borja, y puede que él diga la verdad con respecto a Pat, pero... ¿cómo voy a creerle ahora? ¿Cómo podía confiar en él, si él no confiaba en mí lo bastante como para contarme...?

Se le quebró la voz y volvió la cabeza con brusquedad.

—¿Quieres que te dejemos sola? —preguntó Octavio.

—Por favor.

Octavio asintió, recogió sus cosas —excepto el paquete de Kleenex, que dejó sobre la mesa, por si Cris lo necesitaba— y salió del local, arrastrando a Dani tras de sí.

Los dos caminaron lentamente por la calle, abatidos.

—Bueno, pues ya está —dijo Octavio por fin, tras un largo silencio—. Cris ha cortado con Borja. ¿No era eso lo que querías?

—Sí, tío —reconoció Dani, apesadumbrado—. Pero, ¿por qué será que no me siento mejor?

Octavio volvió a su casa cuando ya se había hecho de noche. Estaba profundamente preocupado, pero, sobre todo, se sentía culpable. No sabía qué le había pasado a Pat, pero temía que hubiera sido culpa suya y de Dani, por meterse donde no les habían llamado.

Al entrar en el portal, sumido en lúgubres pensamientos, abrió el buzón mecánicamente. Vio que había algunas cartas, lo cual quería decir que su padre no había vuelto todavía a casa. Se encogió de hombros. Había salido temprano por la mañana con el 4 x 4, seguramente a explorar los alrededores de la ciudad, en busca de algún recóndito rincón montañoso o algún paraje natural protegido que fotografiar. Eso era mala señal. Octavio sabía por experiencia que su padre no tardaría en darse cuenta de que aquella ciudad no era el lugar más indicado para ejercer su profesión, y decidiría hacer las maletas y marcharse, una vez más. Sintió una punzada de angustia y se dio cuenta de que no quería marcharse. No ahora que había hecho tan buenas migas con Dani, y mucho menos sin saber qué le había pasado a Pat.

Suspiró y echó un vistazo a las cartas. La factura del gas, una de las revistas que recibía su padre y...

Una carta para él.

Octavio se quedó mirándola, sorprendido. Nunca recibía cartas, pero era evidente que aquella estaba dirigida a él, su nombre completo y su dirección aparecían escritos en el sobre con total claridad. Le dio la vuelta para mirar el remite, pero lo único que llevaba era un extraño símbolo de color negro que parecía una especie de sol. Con la diferencia de que la esfera del sol era una espiral.

Octavio esperó a entrar en su casa, dejar la mochila en el suelo y tumbarse en la cama para abrir el sobre y leer la carta. Era un papel con apenas un par de líneas mecanografiadas, cuyo contenido lo sorprendió todavía más:

*Estás siguiendo la pista equivocada.*

*A tu amiga la tienen los de Argos.*

Octavio parpadeó, perplejo. Le dio la vuelta al papel para ver si ponía algo más; pero no, aquello era todo. Tampoco la nota estaba firmada, a excepción del extraño símbolo de la espiral negra que aparecía en el reverso del sobre.

Estaba claro que la nota se refería a Pat, y Octavio se sintió muy molesto. Si aquello era una especie de broma pesada, desde luego no tenía ninguna gracia.

Iba a tirar la carta a la basura cuando recordó de qué le sonaba el nombre de Argos. Corrió a su escritorio y sacó del cajón la libreta donde, semanas atrás, había sepultado el papel que los había lanzado a Dani y a él a aquella aventura. El anuncio de la conferencia sobre fenómenos paranormales... en el Centro Filosófico Argos.

Sacudió la cabeza y cerró los ojos para recuperar aquellos datos del fondo de su mente. Tenía muy buena memoria, y no tardó en recordar una serie de detalles que le habían llamado la atención entonces: los comentarios del doctor Dos Santos sobre que los psíquicos debían “salir a la luz”; el extraño interés de la directora de Argos sobre las preguntas de Dani y Cris; el siniestro individuo que habían visto a la entrada...

—Pero no puede ser —murmuró Octavio para sí mismo—. ¿Por qué querrían llevarse a Pat?

No tenía respuesta para aquella pregunta. Pero la duda se había instalado en su corazón, y sabía que aquello era muy extraño, demasiado extraño, y que probablemente sólo Dani sería capaz de elaborar una disparatada teoría que lograra explicarlo... y, con un poco de suerte, acercarse a la verdad.

Llamó a Dani por teléfono y le contó apresuradamente lo que había pasado. Octavio estaba solo en casa y podía hablar con libertad, pero Dani estaba en el salón, con su madre y con su hermana, y no podía dar su opinión al respecto.

—Vente a dormir a mi casa, Dani —propuso Octavio—. Podemos pedir una pizza.

—¿Le parece bien a tu padre?

—No ha vuelto todavía, pero seguro que no le importará. Siempre dice que debería hacer más vida social.

—Le preguntaré a mi madre, entonces —dijo Dani.

No tuvo que insistir mucho para que su madre le dejara salir. A aquellas alturas, la madre de Dani ya sabía que Octavio era un chico responsable y estudioso, y le parecía estupendo que ayudase a su hijo con los deberes.

Una hora después, los dos estaban en la habitación de Octavio, comiendo pizza y examinando la misteriosa nota anónima.

—“Los de Argos” quiere decir el Centro Filosófico ese, ¿no? —dedujo Dani.

—Esa es la conclusión a la que he llegado. Pero, ¿quién escribiría la nota? ¿Y por qué me la enviaría a mí?

—Esto parece un sol —comentó Dani, dándole la vuelta al papel para examinar la firma desde varios ángulos—. Un sol en espiral. Qué raro, ¿no? ¿Qué puede significar?

—Ni idea. No he visto nada parecido en ninguna parte. De todas formas, eso no es importante ahora.

—¿Ah, no?

—No. Verás, ya no estoy tan seguro de que esto sea una broma. El que ha escrito esta nota, fuera quien fuese, conoce a Argos, y sabe que nosotros lo conocemos también. Eso quiere decir que

sabe muchas cosas.

—Entonces puede que esto no sea un farol —asintió Dani, comprendiendo—, y que realmente sepa dónde está Pat.

—Pero, vamos a ver. Si es verdad lo que dice la nota... ¿quiere decir que los del Centro Filosófico Argos secuestraron a Pat?

Hubo un silencio.

—Bueno, no es tan descabellado —opinó Dani, rascándose la cabeza, pensativo—. Recuerda que nos dio mal rollo ese sitio. A mí me dio la sensación de que esos pirados andaban a la caza y captura de psíquicos.

—Sí, esa fue la conclusión a la que llegamos, y por eso no volvimos a acercarnos por allí. Pero Pat no es una psíquica, Dani. Si esto es verdad, ¿por qué se la han llevado a ella, y no a mí?

Dani respiró hondo, tratando de pensar.

—A ver... ¿cómo se reconoce a un psíquico? Porque hace cosas raras... pero Pat no... —se interrumpió de repente, abriendo los ojos de par en par—. Ay, madre. Ay, madre —murmuró, apoyando la cabeza entre las manos—, la que hemos liado.

—¿Qué quieres decir?

—Pat sí que ha hecho cosas raras. O al menos, eso es lo que puede parecer desde fuera. Piensa en lo del accidente. ¿Y si al final sí que lo vio alguien? ¿Y si vieron volar ese cubo de pintura? ¿No estaba Pat allí?

—Pero también estaba yo y...

—Sí, pero no fuiste tú quien apareció días después en el instituto tan fresco y sin una sola cicatriz después de haberse pegado de cabeza contra el andamio.

—Ostras —fue todo lo que pudo decir Octavio—. Pero si fue Borja quien la curó...

—Sí, pero imagina que ellos no lo saben.

—Bueno, pero, si son los de Argos... ¿cómo han llegado hasta nosotros... y hasta Pat?

—Por la conferencia, Octavio. ¿No te das cuenta? ¡Por las preguntas que hicimos al final! Recuerda: no sólo nosotros, también Cris preguntó cosas que les llamaron la atención. Yo pregunté por ti, y Cris preguntó por Borja. Pero... ¿y si los de Argos pensaron que nos referíamos todos a la misma persona?

—¡Ostras! —casi gritó Octavio—. Tienes razón, Dani, ¡nosotros hemos metido a Pat en este lío! Ahora encajan todas las piezas.

—¿De verdad? —se sorprendió Dani; había sido un tiro al azar, pero había dado en el clavo, y, con aquella pista, el cerebro de Octavio empezó a atar cabos y a tirar del hilo de la explicación lógica que podía resolver el problema.

—Claro, ¡eso lo explica todo! Después de la conferencia les bastaba con seguirnos e investigar un poco sobre nosotros y, ¿qué averiguaron? ¡Que vamos los tres a un mismo instituto! Es lógico que pensarán que uno de los alumnos, o tal vez un profesor, era un psíquico y algunos se

habían dado cuenta. No se les ocurrió pensar que Cris y tú hablabais de dos personas diferentes. Y, si nos han estado vigilando de lejos, tal vez hayan visto un fenómeno de telequinesis y otro de curación... ¡y en los dos casos estaba Pat de por medio! Y más aún, Dani, lo que es más grave... los tres conocemos a Pat. Va a nuestra clase y es la hermana de Cris. Ella es el punto en común que tenemos los tres chicos que estábamos allí haciendo aquellas preguntas.

—Entonces, ¿eso quiere decir que saben que hay un psíquico en nuestro instituto, pero piensan que es Pat?

—Sé que parece una locura, pero...

—Pero no, tienes razón. Entonces, te has librado de una buena. No sé qué piensan hacer con los psíquicos a los que captan, pero si “captarlos” incluye el secuestro, no debe de ser nada bueno. Has tenido mucha suerte de que no te hayan encontrado.

—Sí, pero tienen a Pat —murmuró Octavio, sintiéndose culpable.

—¿Y qué? Ella no tiene poderes. En cuanto se den cuenta de que han metido la pata, la soltarán.

—¿Tú crees? ¿Y si no lo hacen?

Los dos callaron, incómodos.

—Además —añadió Octavio—, si es verdad que Argos se dedica a secuestrar a los psíquicos, sólo es cuestión de tiempo que me encuentren a mí.

—Pero si no saben que tú eres un psíquico.

—Bueno, pero el autor de la nota anónima lo sabe —murmuró Octavio, frunciendo el ceño, preocupado.

—¿Cómo sabes eso?

—Por lógica, Dani. Somos muchas las personas que estamos preocupadas por Pat. Somos tres los que la conocemos y estuvimos en la conferencia aquel día. ¿Por qué la nota me ha llegado precisamente a mí?

—Es verdad, yo no he recibido ninguna —reflexionó Dani—. Aunque lo más lógico hubiera sido enviarle el aviso a su hermana, ¿no?

—Puede que le haya llegado a ella también. Deberíamos preguntárselo.

Los dos a una se levantaron y se dirigieron al salón para llamar por teléfono. Marcaron el número de Pat.

Lo descolgaron inmediatamente, y sonó la voz de la madre de Pat, ansiosa y profundamente preocupada.

—¿Diga?

Los dos niños no supieron muy bien qué decir al principio. Se dieron cuenta de que tal vez no había sido buena idea llamar por teléfono a una familia que necesitaba con desesperación recibir noticias de su hija desaparecida y, por tanto, estaría pendiente del teléfono las veinticuatro horas del día.

—Ehem... somos Dani y Octavio —se atrevió a decir Octavio.

—Ah, hola —dijo la madre de Pat, visiblemente decepcionada—. ¿Qué tal?

—Llamamos para... —empezó Octavio, pero cambió de idea y dijo—... para preguntar si se sabe algo de Pat.

—Ah..., no, hijo, aún no sabemos nada. La policía sigue buscando, pero no tenemos ninguna pista. Gracias por preguntar.

Parecía al borde del llanto, y Octavio se sintió tentado de contarle todo lo que sabía. Pero, ¿le iba a creer? Por otro lado, hablar de los psíquicos y de Argos implicaría tener que dar muchas explicaciones acerca de sí mismo... explicaciones que prefería guardar para sí, por el momento.

—Ojalá vuelva pronto —dijo a media voz.

—Sí, ojalá.

—¿Puede... puede ponerse Cris, por favor?

—No es un buen momento, Octavio. Está muy afectada. Primero lo de Pat, y además hoy...

—...Hoy ha roto con su novio. Sí, lo sabemos. Pero... ¿podría, por favor, decirle que nos gustaría hablar con ella? Si no quiere ponerse, lo entenderemos y llamaremos en otro momento...

La madre de Pat y Cris asintió y fue a avisar a su hija. Al cabo de unos momentos, Cris se puso al teléfono.

—¿Sí? ¿Qué es lo que pasa?

—Cris, ¿has recibido alguna carta extraña hoy?

—¿Una carta extraña? No. ¿A qué te refieres, Octavio?

Dani y Octavio cruzaron una mirada, dudando sobre si explicárselo o no.

—Bueno... —vaciló Octavio—. Puede que no sea nada, tal vez sea una broma pesada, pero... ¿te acuerdas de Argos, de la conferencia? ¿Cuando hablaron de los psíquicos?

—Sí. ¿Qué tiene que ver eso con...?

—No hables y escucha, Cris —interrumpió Dani, que le había quitado el auricular a Octavio y hablaba deprisa y con urgencia—. Creemos que tenemos una pista sobre dónde puede estar Pat, pero tenemos que hablar en persona. Es importante que de momento no digas nada a nadie, porque... —miró a Octavio, dudoso, pero finalmente encontró la inspiración que necesitaba y terminó la frase—, porque si tenemos razón, puede que Borja no tenga nada que ver, y no debemos... decir lo que sabemos sobre él, ¿entiendes?

Hubo un breve silencio. Finalmente se oyó la voz de Cris, serena y decidida.

—Entiendo. ¿Dónde y cuándo queréis que quedemos?

Dani iba a responder, cuando se oyó el ruido de la puerta de la casa al abrirse y cerrarse, y la voz del padre de Octavio, saludando con un “¡Ah de la casa!”.

—Aquí no —susurró Octavio—. Nos veremos mañana en el instituto.

Dani repitió el mensaje. Cris protestó, pero Octavio recuperó el auricular para decirle, con sensatez:

—Cris, después de lo que le ha pasado a tu hermana, tu madre no te va a dejar salir de noche. Nos veremos mañana y hablaremos con calma, ¿vale? Tenemos que dejarte, mi padre acaba de llegar.

Se despidieron de ella, arrepintiéndose de haberla llamado a aquellas horas. Seguramente, la pobre ya no lograría dormir en toda la noche.

Colgaron el teléfono justo cuando el padre de Octavio entraba en el salón, y se volvieron hacia él tratando de poner cara de no haber roto un plato en su vida. Por suerte, no se dio cuenta. Parecía estar de buen humor.

—No creerías lo que he encontrado en... ah, hola, Dani.

—¿Puede quedarse a dormir? —preguntó enseguida Octavio—. Ya hemos cenado.

—Claro, no hay problema. ¿Con quién hablabais?

—Con... la madre de Pat —dijo Octavio, sin mentir del todo—. Le preguntábamos si se sabe algo.

—Ah, comprendo —el rostro de su padre se ensombreció—. Pobre chiquilla. Ojalá la encuentren pronto.

No volvió a sonreír el resto de la noche. Y, después de lo todo lo que había pasado, lo cierto era que tampoco Dani y Octavio estaban de buen humor.

## CAPÍTULO 12: DISCULPAS

—Pero no lo entiendo —dijo Cris—. ¿Por qué iban a pensar que Pat es una... psíquica, o algo así?

—Eeeehhh... —empezó Octavio, pero Dani acudió en su ayuda.

—Bueno, en principio tuvo mucha suerte en el accidente del andamio. Estuvo a punto de caerle el cubo encima. Si alguien estaba mirando, pudo pensar que... utilizó sus poderes mentales para evitar que eso pasara.

—Es absurdo.

—Sí, ¿verdad? —la apoyó Dani con desparpajo—. Pero esta gente está pirada, o sea, que vete tú a saber lo que pensarían...

—Luego está el hecho de que Pat se curó milagrosamente de la brecha que tenía en la cabeza —prosiguió Octavio—. Y que los tres estábamos en la conferencia, y los tres conocemos a Pat, así que es lógico que pensarán que ella era la persona con poderes psíquicos, y no sospecharan de Borja.

—Pero... eso quiere decir que nos siguieron hasta el instituto.

—Peor aún —añadió Dani, lúgubrememente—, que nos espían en el instituto.

—¿Qué? —soltó Octavio.

—¡Baja la voz! —lo reprendió Cris.

Estaban en el metro, de camino a la sede del Centro Filosófico Argos. No había mucha gente en el vagón pero, por si acaso, más valía hablar de aquellos temas en voz baja.

—Que sí, tíos, que hay alguien de Argos infiltrado en el insti —insistió Dani—. Si no, ¿cómo saben tantas cosas de nosotros? ¿Eh?

—Dani, tenías razón, estás complementantemente paranoico —protestó Octavio, incómodo; una cosa era ver conspiraciones por todas partes cuando estaban ellos dos solos y otra, muy distinta, compartirlas con alguien como Cris.

—Y apuesto lo que queráis a que es el Ogro —prosiguió Dani, sin hacerle caso—. Ha estado vigilando a Octavio y a Pat desde el primer día.

—Pero el primer día aún no habíamos ido a la conferencia —argumentó Octavio, con toda lógica.

—Yo sigo sin entender una cosa —dijo Cris, pensativa—. ¿Quién os enviaría esa carta? ¿Y por qué a vosotros? Si es verdad que los de Argos secuestraron a mi hermana, ¿por qué no nos lo han dicho a nosotros?

Dani abrió la boca para poner otra de sus excusas traídas por los pelos, pero miró a Cris y se lo pensó mejor.

—No lo sabemos —confesó al final.

Octavio echó un nuevo vistazo al misterioso anónimo. Aquel símbolo en espiral que aparecía en el remite lo atraía y confundía al mismo tiempo.

Finalmente llegaron al barrio donde estaba el Centro Filosófico Argos. No tenían muy claro qué era lo que iban a hacer, pero era la única pista que tenían y no querían dejarla escapar.

No se acercaron demasiado al edificio. Se quedaron contemplándolo desde detrás de una esquina, deliberando sobre cuál iba a ser su próximo movimiento.

—No podemos entrar —susurró Cris.

—¿Y qué hacemos, entonces? ¿Esperar a que saquen a Pat de ahí?

—¡Pero podría ser peligroso!

—Mujer, no vamos a entrar y decir: “Hola, sabemos que tenéis a Pat, llevadnos hasta ella”. Hay que tener un poco más de picardía. No creo que echen a alguien que viene para interesarse por sus cursos de parapsicología, ¿no? La última vez que estuvimos nos dieron folletos y esas cosas. Seguramente lo que quieren es que la gente entre.

—Entonces puede que no tengan a Pat ahí dentro —hizo notar Octavio.

—O puede que ellos no tengan a Pat y todo esto sea una broma —replicó Cris, empezando a enfadarse.

—Tengo una idea. Yo entraré y veré qué puedo encontrar.

—¿Qué? ¡Estás loco! ¿Y si te pasa algo?

Octavio no los escuchaba. Se había quedado mirando la puerta del edificio de Argos, recordando a aquel individuo siniestro que lo había mirado fijamente la tarde de la conferencia. Ahora, de día, aquella fachada ya no parecía tan sombría, pero él se sentía inquieto de todas maneras.

Se fijó entonces en un coche aparcado en la puerta. Era un Ford Fiesta rojo, nada fuera de lo común, pero, por alguna razón, a Octavio le resultó familiar.

—He visto antes ese coche —dijo, casi sin pensar.

—¿Cuál?

—El rojo. Es absurdo, ¿verdad? Debe de haber cientos de coches rojos como ese en toda la ciudad y, sin embargo, tengo la sensación...

Calló, de pronto. Aquello era tan absurdo que no valía la pena continuar.

Por una vez, Dani no concedió importancia a la intuición de Octavio. Estaba demasiado ocupado tratando de convencer a Cris de que aceptara su plan.

—Si en media hora no he salido, llamáis a la poli y en paz. Cris, tú tienes móvil, ¿no? Pues ya está.

—Pero...

No llegó a terminar la frase. Antes de que nadie pudiera detenerlo, Dani se separó de ellos y se alejó hacia el edificio.

—¡Dani! —susurró Cris, irritada, pero sin atreverse a levantar la voz—. ¡Dani, vuelve! Octavio, ¡dile algo!

—No me va a hacer caso, diga lo que diga.

Sin embargo, se sentía tan preocupado como ella. Miró el reloj, inquieto. Deseó que no

pasara media hora sin que tuvieran noticias de él.

Dani se había acercado a recepción y había plantado los codos sobre el mostrador, no sin antes recoger un folleto de encima de una de las mesas cuando la recepcionista no miraba.

Esta vez sí lo miró, y con cara de pocos amigos.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, verá, es que hace tiempo estuve en una conferencia y me dieron esto —le tendió el folleto que acababa de coger, y que había arrugado convenientemente mientras se acercaba al mostrador—. Me pareció muy interesante el tema de la parapsicología y tal, y me preguntaba si podría apuntarme a uno de los cursos.

La recepcionista miró a Dani por encima de las gafas. Ni siquiera se molestó en coger el folleto que el niño le tendía.

—¿Has visto los precios? Estos cursos son muy caros. ¿Te los van a pagar tus padres?

—Pensaba que tal vez se podía pedir algún tipo de beca —improvisó Dani.

La recepcionista lo miró con fijeza. Dani sostuvo su mirada sin pestañear, con una inocente sonrisa.

—Está bien —suspiró la mujer—. Mira, no creo que esos cursos sean apropiados para niños, pero tenemos un campamento de verano en la montaña que tal vez te interese...

Empezó a buscar entre sus papeles a la caza de la información sobre el campamento, pero Dani la detuvo:

—No, verá, lo que quiero no son actividades de ese tipo, sino información sobre los fenómenos paranormales. Telepatía y cosas así. ¿Con quién tengo que hablar?

—Organizamos conferencias y charlas de vez en cuando y...

—Sí, ya lo sé, he ido a varias. Pero necesito saber más, así que...

Dani estaba teniendo problemas para encontrar excusas que le permitiesen quedarse allí un poco más hasta que se le ocurriera alguna manera de que le dejaran explorar el edificio. Por suerte, fue la propia recepcionista la que le franqueó el paso:

—Si es sólo eso, tenemos una biblioteca en el segundo piso. Hay bastantes libros que hablan del tema que te interesa.

A Dani se le iluminó la cara.

—¿De verdad? ¿Está abierta ahora?

—Sí, pero date prisa: cierran a las seis.

Dani miró el reloj. Eran las cinco y cuarto.

—Me daré prisa —prometió—. ¡Muchas gracias!

Y salió disparado como una bala hacia el ascensor.

Por si acaso, fue primero al segundo piso para asegurarse de que encontraba la biblioteca.

Pero sólo se asomó. Había un par de personas allí sentadas, leyendo. Ninguno de ellos levantó la cabeza, así que Dani desapareció de allí con tanto sigilo como pudo.

Había cinco pisos. Dani decidió comenzar su exploración por el último e ir bajando, así que subió las escaleras hasta el final.

Pero se llevó una decepción. Tanto la quinta como la cuarta planta estaban deshabitadas. Parecía como si los de Argos llevaran allí muy poco tiempo y aún no hubieran ocupado todas las dependencias. La mayoría de las habitaciones estaban vacías, y en muchas de ellas ni siquiera había bombillas.

La tercera planta estaba llena de oficinas. Octavio pasó ante ellas de puntillas. Varias personas ocupaban aquellas estancias, sentadas ante sus escritorios, trabajando en sus ordenadores, ordenando impresos o hablando por teléfono.

En la segunda planta estaba la biblioteca y varios despachos. Las puertas de los despachos estaban cerradas, a excepción de una, que estaba entornada. Dani se asomó. Dentro había un hombre trajeado hablando con otro, más joven, que sentado frente a él, de espaldas a la puerta. Dani sólo lo vio de refilón, pero se quedó a escuchar lo que decían.

—...los informes. Y no son nada favorables.

—Lo sé, y sinceramente, no lo entiendo —respondió el joven, y Dani se sobresaltó, porque había reconocido su voz. Trató de controlar los alocados latidos de su corazón y siguió escuchando—. Sé que tiene carácter y no se mostrará precisamente deseosa de colaborar, pero a estas alturas ya deberíamos haber podido evaluarla.

—A no ser, claro, que haya habido algún tipo de error en su selección.

—Lo dudo. Tenemos suficientes motivos para estar seguros de que no nos hemos equivocado.

—No es esto lo que cualquiera pensaría al ver estos resultados. Y cierra esa puerta, ¿quieres? Odio que la dejes abierta.

El joven se levantó para cerrar la puerta, y Dani se apresuró a esconderse tras una esquina. Pero regresó enseguida y apoyó la oreja en la puerta cerrada para seguir escuchando. Le llegó la voz del que parecía el jefe, en un murmullo apagado:

—Fíjate en esto. Los porcentajes están muy por debajo de la media. Es una niña normal.

—Eso, o es condenadamente lista —gruñó el hombre joven.

—¿Quieres decir que sabe cómo falsear los tests para ocultarnos sus propias capacidades? Eso es hilar muy fino, ¿no te parece?

El otro no respondió.

—Tienes una semana, ¿me entiendes? —advirtió el mayor—. Si pasado ese tiempo no me das mejores noticias, cancelaremos las pruebas de esa niña. Y eso no será bueno... ni para ti, ni para ella. ¿Ha quedado claro?

Dani oyó cómo los dos hombres se levantaban, y se apresuró a alejarse de allí. El corazón le

latía con tanta fuerza que parecía que iba a salirse del pecho. Subió las escaleras a toda velocidad y se detuvo en el descansillo del piso de arriba. Desde allí vio cómo los dos bajaban las escaleras, y pudo vislumbrar el rostro del hombre joven.

No se había equivocado.

—Si le ha pasado algo a Pat —prometió en voz baja cuando ambos se alejaron—, te juro que vas a tener noticias mías.

En la calle, Cris y Octavio seguían esperando a Dani. Sólo había pasado un cuarto de hora, pero ellos ya estaban muy nerviosos.

—No deberíamos haberle dejado entrar ahí —murmuró Octavio, comido por los remordimientos—. ¿Y si le ha pasado algo?

—Mira, sale alguien —indicó Cris.

Los dos se ocultaron tras la esquita todo lo que pudieron, pero asomaron la nariz para ver si el que salía era Dani.

No lo era. Se trataba de un hombre joven, atractivo, atlético y aparentemente muy seguro de sí mismo. Se fue directo al Ford Fiesta rojo en el que Octavio se había fijado, arrancó el coche y se alejó calle abajo.

Ni Cris ni Octavio pudieron decir nada durante unos minutos.

—No puede ser —murmuró ella entonces.

—Dani tenía razón —dijo Octavio—. No me lo puedo creer.

En aquel momento, Dani salía por la puerta del edificio. Octavio se contuvo para no correr hacia él.

—¡Dani! —exclamó en cuanto el chico llegó junto a ellos—. No te lo vas a creer. ¿Sabes de quién era el coche rojo?

—Sí —dijo Dani, sombrío—. De César, nuestro profe de sociales.

Les contó en pocas palabras lo que había averiguado. Los tres se miraron unos a otros con cara de circunstancias.

—Yo debería haber reconocido ese coche —comentó Cris—. César nos llevó en él al hospital, cuando Pat tuvo el accidente.

—Exacto, César estaba allí —asintió Dani— y lo vio todo. Y —añadió, acordándose de pronto— el otro día vio que a Pat se le había curado la herida. Le llamó bastante la atención.

—Entonces, tenías razón —murmuró Octavio—. Había alguien de Argos infiltrado en el instituto.

—Pero, ¿cómo íbamos a sospechar de él? —dijo Cris—. Es tan... —No pudo terminar la frase; se ruborizó.

—Debería haber sido el primero en la lista de sospechosos —declaró Dani—. Al fin y al

cabo, entró en el insti cuando ya había empezado el curso...

—... y justo después de que nosotros fuéramos a esa conferencia —apuntó Octavio, sorprendido—. Pero, ¿quieres decir que entró en el instituto por m... por Pat? —se corrigió, justo a tiempo—. Es demasiada casualidad, ¿no? Quiero decir, que qué suerte tuvo de que quedara libre el puesto de Valentín...

—Exacto —reiteró Dani—. Fue mucha casualidad.

Reinó un silencio sorprendido.

—No, Dani, eso sí que no —protestó Octavio—. Es demasiado retorcido.

—Pensadlo bien: fue un accidente de coche, ¿no? Esas cosas se pueden provocar.

—¿De verdad crees que los de Argos pueden llegar a esos extremos?

—¿Por qué no? Ya han recurrido al secuestro. Porque estoy seguro de que César y el otro hablaban de Pat...

Octavio le dio un codazo para que se callara. Dani miró a Cris y vio que estaba a punto de llorar.

—Pero Pat está bien —se apresuró a añadir—. No estaba en el edificio, así que supongo que la tienen en alguna otra parte. César la ve a menudo, le está haciendo unos tests o algo así. Si seguimos a César, podremos encontrar a Pat.

—¿Y por qué no se lo decimos a la policía?

—Primero: porque somos unos críos; segundo: porque no tenemos pruebas; tercero: porque no nos van a creer; cuarto: porque tendríamos que dar muchas explicaciones...

—Basta —intervino Cris—. Yo sí sé lo que voy a hacer. Sé a quién pedir ayuda. Pero antes tengo que pedir perdón.

Los dos se miraron un momento, sin saber qué decir.

—Vaya, hola —dijo Borja finalmente; todavía seguía con la mano apoyada en el picaporte, pero no se decidía a franquearles el paso—. ¿A qué debo el honor de vuestra visita?

—Venía a pedirte perdón —susurró Cris—. ¿Podemos pasar?

—¿Los tres venís a pedirme perdón? —preguntó Borja, mirando a Dani y Octavio, que aguardaban en el descansillo de la escalera, detrás de Cris.

—Sí —dijo Octavio—. Creo que nos equivocamos contigo. Te juzgamos mal porque eres... diferente. Y no debimos hacerlo.

Borja los miró de nuevo, pensativo. Finalmente, suspiró y dijo:

—Está bien, pasad.

Los tres entraron en la casa tras él, y lo siguieron en procesión hacia su cuarto. Por el camino pasaron ante el salón, donde una mujer de cabello gris y mirada cansada planchaba la ropa rodeada de tres niños que hacían dibujos con rotuladores, tumbados sobre la alfombra.

—Hola —saludó Cris, con timidez.

—Hola —sonrió ella—. Me alegro de volver a verte.

Cris desvió la mirada, sonriendo, incómoda.

—He traído a un par de amigos. No molestaremos.

—Tú nunca molestas, hija. Ya lo sabes. Bienvenidos —añadió, mirando a Dani y a Octavio—. ¿Queréis algo de merendar?

Dani iba a decir que sí, pero Octavio se apresuró a darle un codazo y responder en su lugar:

—No, muchas gracias, señora. No tenemos hambre.

Ella no insistió. Tenía mucho trabajo.

Por el pasillo tropezaron con una chica de la edad de Cris —ambas se miraron y se sonrieron, pero no cruzaron una palabra— y pasaron por delante de una habitación en la que había un chico de unos catorce años tumbado sobre la cama, leyendo un comic. Tan concentrado estaba que no levantó la cabeza cuando pasaron ante él.

Por fin llegaron a la habitación que Borja compartía con otro de sus muchos hermanos. En aquel momento estaba vacía.

—Es como en el cuento —susurró Dani al oído de Octavio—. Son una familia numerosa y no parecen estar precisamente nadando en la abundancia.

—Mi padre es panadero —dijo Borja, como si lo hubiese oído—, y mi madre es ama de casa. Somos ocho hermanos. A mis padres siempre les han gustado mucho los niños.

»Yo soy el mayor —prosiguió, cerrando la puerta tras ellos—. Desde el principio tuve claro que no podría permitirme estudiar. Supuse que mi futuro estaba en la panadería, con mi padre. Pero una noche tuve un sueño...

Calló y los miró.

—Sentaos —dijo entonces—. Tengo una historia que contaros.

Cris y los dos niños tomaron asiento.

—Una noche tuve un sueño —prosiguió Borja en voz baja—. Me vi a mí mismo curando a gente, y supe que quería ser médico. Decidí que lucharía muy duro, que estudiaría mucho, que pediría becas, o trabajaría, o lo que fuera... para poder pagarme los estudios y cumplir con mi sueño. A partir de entonces fue cuando empecé a ver a la Sombra.

» Al principio no le concedí importancia. Pensé que tenía un defecto en la visión, fui al oftalmólogo, pero estaba perfectamente. Y, sin embargo, de vez en cuando veía, junto al hombro derecho de algunas personas, una mancha oscura y borrosa, como una sombra.

»Invariablemente, todas aquellas personas morían en menos de un día.

» Cuando me di cuenta de esto, me asusté muchísimo. Pero días después, uno de mis hermanos se puso muy enfermo, y el no ver la Sombra junto a él me tranquilizó. No sé cómo, pero supe lo que debía hacer. Me acerqué a él, le puse las manos sobre la frente, y poco a poco la fiebre bajó y mi hermano mejoró. Al día siguiente estaba completamente curado.

»En una caja, en un armario, estaban mis viejos libros de la infancia. Recordé un antiguo libro de cuentos que mi padre solía leerme por las noches cuando era niño. Uno de esos cuentos, el de “El ahijado de la Muerte”, le gustaba especialmente. Volví a leerlo otra vez, muchos años después. Y me di cuenta de que aquel joven médico del cuento era yo mismo. Y aquella mancha que veía junto a algunas personas era la sombra de la Muerte.

»Le pregunté a mi padre, pero me dijo que no recordaba aquel cuento. Ni siquiera se puso nervioso cuando se lo enseñé.

Borja hizo una pausa. Dani se creyó en la obligación de decir algo.

—Qué raro, ¿no? Porque si te ha pasado como en el cuento, y tienes a la Muerte por madrina... ¿cómo ha ocurrido? ¿Por qué te eligió a ti?

—Todavía no lo sé. Ni siquiera sé si la Muerte existe de verdad como...

—... un ente pensante —apuntó Dani enseguida.

—...Para mí simplemente es la Sombra. Al principio, sabéis, intenté avisar a las personas que tenían la Sombra, traté de decirles que estaban en peligro, pero eso no cambiaba para nada las cosas. Si veía a la Sombra sobre su hombro, no había nada que hacer. Hicieran lo que hiciesen, estaban condenadas.

—¿No has intentado curar a ninguna de ellas? —preguntó Cris en voz baja—. En el cuento dice que el médico pudo salvar al rey y a la princesa, que pudo engañar a la Muerte.

—Pero murió él mismo por atreverse a hacerlo. Sí, una vez lo intenté, pero la Sombra se volvió mucho más grande y oscura, mucho más amenazadora, y no tuve valor. Puede que sea un cobarde, sí, pero si todo lo que dice en ese cuento se ha cumplido, ¿cómo no voy a pensar que me pasará también lo mismo que al médico si trato de burlar a la Muerte? Por eso ahora me dedico a curar a los vivos, y dejo en paz a los que van a morir, porque sé que no hay esperanza para ellos.

Hubo un nuevo silencio.

—Siento haber pensado que tenías algo que ver con lo de mi hermana —dijo Cris en voz baja.

Pero Borja negó con la cabeza.

—No, la culpa es mía, por no haber confiado en ti. No quise contártelo todo porque tenía miedo de que ya no quisieras saber nada de mí.

—Y tu familia, ¿lo sabe?

—Sí, pero nunca hablamos de ello.

—Como los del barrio donde tienes la consulta —dijo Dani—. Nadie te delató, ¿sabes? Nadie dijo nada de tus poderes. Tampoco nosotros lo hicimos.

Borja lo miró como si acabara de darse cuenta de que estaba allí.

—Sí... son buena gente —reconoció.

Cris desvió la mirada.

—Te va a parecer tremendamente egoísta, pero... también he venido para pedirte un favor.

Entre los tres contaron a Borja lo que habían averiguado. Le hablaron del centro Argos y de la conferencia a la que habían asistido. Le contaron sus últimas pesquisas y cómo habían averiguado que Argos estaba detrás de la desaparición de Pat.

—Y ha sido César —concluyó Dani—. Sabemos que no podemos acusarle sin pruebas, y por eso no podemos ir a la policía aún. Pero hemos pensado en seguirle mañana cuando salga del instituto. Está haciéndole pruebas a Pat; seguro que la ve todos los días. Si lo seguimos, nos llevará hasta donde la tienen encerrada. Pero como él siempre va y viene en coche, necesitamos que alguien nos lleve. Cris dice que tú tienes coche.

—Claro que no tienes por qué hacerlo si no quieres —añadió Cris en voz baja.

Borja había escuchado en silencio, con la mirada perdida en algún punto del suelo, pero alzó la cabeza para mirarla a los ojos.

—¿Cómo no voy a querer? Si todo esto es verdad, yo tengo la culpa, en parte, de que esos de Argos se equivocaran con Pat. En realidad me buscaban a mí.

“No, me buscaban a mí”, pensó Octavio, pero no lo dijo en voz alta.

—Mañana, si queréis, pasaré a buscaros a los tres a la salida del instituto. ¿De acuerdo?

Cris, Dani y Octavio asintieron. Se pusieron en pie para despedirse. Cris y Borja se miraron a los ojos. Dani se quedó allí, junto a la puerta, esperando a Cris para salir, pero Octavio se lo llevó a rastras. Se despidieron de la madre de Borja y salieron al descansillo de la escalera.

—¿Pero a ti qué mosca te ha picado? —protestó Dani.

—Es que mira que eres indiscreto, Dani.

—¿Yo? ¿Por qué?

—¿No ves que esos dos acaban de reconciliarse? Querrán estar solos.

—Ah —dijo Dani, abatido—. Claro.

## CAPÍTULO 13: INCURSIÓN.

Aquel día fue muy duro. Cris, Dani y Octavio aguantaron las clases a duras penas, y lo peor fue la clase que tuvieron con César. El joven profesor actuó como siempre, amable y desenfadado, derrochando encanto. Nada en su actitud traicionaba que tenía algo que ver con el pupitre vacío de la primera fila. Dani y Octavio le lanzaban miradas de odio de vez en cuando. Sabían que tenían que disimular, pero no podían evitarlo. Se sentían engañados y traicionados, y lo peor era que debían callar lo que sabían, que no podían obligar a César a confesar dónde estaba Pat.

Por fortuna, César no se dio cuenta de su actitud hostil. Octavio ya era poco participativo de por sí, y Dani solía tener bruscos cambios de humor: un día podía estar en las nubes, al siguiente hablar por los codos y al siguiente adoptar aquel aire misterioso que tan bien se le daba. Aquel día estaba muy serio y sombrío. Pero había tenido otros días así, por lo que a nadie le extrañó.

La que peor lo pasó fue Cris. En el recreo buscó a Dani y Octavio, hecha un manojo de nervios.

—A cuarta hora me toca clase con César —les dijo—. ¿Cómo voy a poder mirarlo a la cara?

—No lo hagas —sugirió Octavio—. Todos saben que tu hermana lleva varios días desaparecida. Si pasas de la clase y pareces triste y ausente a nadie le extrañará, y menos a César, que se supone que habla mucho con los alumnos.

—Es verdad —intervino Dani—. César va de guay y de coleguilla por el insti. Tiene que aparentar que te comprende para no estropear su imagen.

—Me da asco ese tío —declaró Cris, ceñuda.

—Sí. Y eso que a todos nos caía bien. Vaya chasco, ¿eh?

—No. No caía bien a todo el mundo —intervino Octavio en voz baja.

—Es verdad, tío, tú nunca confiaste del todo en él —reconoció Dani—. Vaya ojo que tienes, chaval.

—No me refería a mí —replicó Octavio, algo incómodo—, sino a María Dolores, la de lengua.

Hubo un breve silencio.

—Jamás pensé que diría esto —dijo entonces Dani con solemnidad—, pero por una vez tengo que admitir que el Ogro tenía razón, y que nosotros estábamos equivocados. El Ogro será una tía borde y pesada, pero hoy nos ha enseñado una gran lección. Dedicuémosle un pensamiento positivo al Ogro en el día de hoy.

—Amén —murmuró Octavio, abatido.

Al final, Cris logró salir airosa de la situación. Como llevaba varios días muy preocupada, a nadie le sorprendió que aquel día estuviera triste y algo huraña. Evitó mirar a César en todo momento y, al salir, notó los ojos de él clavados en su persona. Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas de rabia e impotencia y salió a toda prisa del aula. Por suerte, César llegó a ver las lágrimas

en sus ojos, y no la molestó.

Al finalizar las clases, los tres chicos salieron a toda prisa del instituto y se encontraron con Borja, que los esperaba en la calle, al volante de su coche, un Renault 11 que tenía como mínimo una década de antigüedad.

—Pasad, pasad —los invitó él—. No es un BMW, pero al menos es un coche.

—Es de segunda mano, ¿no? —preguntó Dani, acomodándose en el asiento trasero.

—O de tercera o de cuarta, vete tú a saber. Cualquier día me dejará tirado en cualquier carretera, pero de momento aguanta.

Arrancó el coche y lo condujo hasta una calle lateral. Aparcó detrás de una furgoneta, en un lugar desde el cual se apreciaba bien la entrada del instituto y el sitio donde seguía estacionado el Ford Fiesta rojo de César. Esperaron, en tensión, hasta que lo vieron salir, minutos después, de buen humor, como siempre, y charlando con un par de chicas de tercero.

—Ese bastardo —murmuró Cris, apretando los dientes—. ¿Cómo puede estar tan tranquilo?

Borja puso las manos sobre el volante y miró a sus compañeros fijamente.

—¿Estáis seguros de que queréis hacerlo así?

—Sí —dijo Octavio, con decisión—. Es la única manera. Si fuéramos a la policía ahora no nos harían caso; pero si encontramos el lugar donde tienen a Pat, podremos acusar a César con pruebas.

Borja asintió, sin una palabra, y arrancó el coche.

Durante un rato siguieron el Ford Fiesta rojo por las calles de la ciudad, con prudencia, sin acercarse demasiado pero sin llegar a perderlo de vista. Por si acaso, Octavio había memorizado la matrícula.

Al cabo de un cuarto de hora, el coche de César entró en un garaje. La puerta se cerró tras él.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Cris.

—Tenemos que ver si es ahí donde tiene a Pat —indicó Dani.

—No —contradijo Octavio—. Esa es su casa. No creo que la tenga encerrada en su propia casa, sería muy arriesgado, ¿no?

—¿Cómo sabes que es su casa?

—Porque una vez comentó en clase que vivía cerca del estadio de fútbol —explicó Octavio, señalando uno de los enormes focos del estadio, que se vislumbraba al fondo de la calle.

—Jo, macho, ¿cómo puedes acordarte de tantas cosas?

—¿Qué hacemos entonces? —repitió Cris.

Borja habló tras un rato de silencio.

—Propongo que esperemos un rato para ver si sale de ahí. Nadie tiene prisa, ¿no?

Todos negaron con la cabeza. Ya habían avisado en sus casas de que no irían a comer.

La espera se hizo larga. Enviaron a Octavio a comprar bocadillos y bebidas para todos, y comieron en el coche, vigilando la entrada del garaje y el portal que había justo al lado. Al cabo de

un rato, Borja decidió mover el coche para colocarlo en un lugar más discreto, debajo de unos árboles, para que no se viera desde las ventanas del edificio.

Y eso fue todo lo que hicieron durante gran parte de la tarde. Al principio trataron de hablar de algo, de cualquier cosa, pero las conversaciones siempre acababan muriendo en sus labios. Finalmente, Cris, agotada por la tensión de los días pasados, se quedó dormida. Borja no dijo nada. Permanecía en silencio, serio, con la mirada clavada en el lugar por donde había desaparecido el Ford Fiesta rojo.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Borja? —dijo entonces Dani en voz baja.

Borja se volvió hacia él y asintió en silencio.

—¿Alguna vez...? —titubeó antes de continuar— ¿...alguna vez has visto morir a alguien ante tus ojos? Quiero decir, a alguien que tuviera la Sombra.

Borja calló un momento antes de contestar.

—Sí, varias veces —dijo por fin—. En la época en que intentaba detener a la Muerte. Cuando veía a alguien con la Sombra, lo seguía para advertirle... pero era inútil. Ahora prefiero perderles de vista cuanto antes.

—Pero les dices que van a morir, ¿no? Me refiero a los que van a tu consulta.

—No suelo hacerlo. No hace falta, de todas formas. Si me niego a curarles, es que no hay nada que hacer. Y ellos lo saben. No sé cómo, pero lo saben.

Octavio recordó a aquel hombre que pensaba con desesperación que no quería morir, y se estremeció.

—Debe de ser muy duro —comentó en voz baja.

—Sí, lo es —respondió Borja tras un momento de silencio—. Saber que alguien va a morir, y no poder hacer nada por ellos... Si realmente la Muerte ha querido hacerme un regalo, debería haber escogido a otro. Más que un don, es una maldición.

—Pero puedes curar a la gente. A las otras personas —dijo Dani.

—Sí. Y eso es lo único que lo hace soportable.

Borja no dijo más, y Dani no siguió preguntando.

Aún tuvieron que esperar un par de horas más hasta que la puerta del garaje se abrió para dejar salir al coche rojo que tan bien conocían. Borja esperó un tiempo prudencial antes de poner en marcha el motor para seguirle.

Ninguno de los cuatro dijo nada durante el viaje. Ni siquiera cuando el Ford Fiesta abandonó la ciudad y se adentró por la autovía hacia el norte de la provincia. Borja aceleró todo lo que pudo su viejo Renault para no perderlo de vista, pero comenzaba a anochecer y no era sencillo seguirle la pista a César.

Por fin, el coche rojo abandonó la autovía y se internó por una carretera secundaria.

—¿A dónde lleva esto? —preguntó Cris, después de un largo rato de silencio.

—A un polígono industrial, creo —respondió Borja—. O puede que César siga un poco más

y vaya al pueblo que hay más allá.

Pero César no continuó hasta el pueblo, sino que torció a la derecha en la segunda rotonda y enfiló por la carretera que llevaba a las enormes naves industriales. Los cuatro amigos cruzaron una mirada preocupada. Aquella carretera era muy solitaria. César acabaría por darse cuenta de que lo seguían. Pero no podían quedarse atrás, o lo perderían de vista.

Entonces, Borja tomó una decisión. Al llegar al área industrial, torció hacia la derecha en la siguiente bifurcación y se alejó del coche rojo.

—¡Eh! —protestó Cris—. ¿Qué haces?

—Evitar que sospeche —respondió su novio—. Ya está claro que va al polígono. Es posible que los de Argos tengan algún tipo de instalación aquí. Le dejamos que llegue tranquilamente a su destino y que compruebe que nadie le sigue. Y después entramos nosotros y buscamos su coche. Imagino que lo habrá aparcado en alguna parte.

—No estoy segura de que eso funcione —replicó Cris, inquieta.

Pero funcionó. Después de dar un par de vueltas por el polígono, encontraron el coche de César aparcado frente a una nave rodeada por una verja. Rodearon el complejo, para que no los viera el vigilante de la entrada, y aparcaron junto a la verja, en la parte de detrás. Salieron del coche y se asomaron para mirar.

Detrás de la nave había una serie de módulos prefabricados colocados en forma de U en torno a un amplio espacio despejado. Muchas de las ventanas de los barracones estaban iluminadas.

—¿Creéis que Pat está aquí? —susurró Cris.

—No podemos saberlo —dijo Borja—, y lo peor es que tampoco podemos hacer nada para averiguarlo.

—Sí —asintió Octavio—. Ahora, lo más prudente sería ir a avisar a la policía para que vengan a comprobarlo.

—Pero Octavio, ¿tú es que no has visto pelis de policías o qué? —lo riñó Dani—. No pueden venir aquí por las buenas, sin una orden de registro, o algo así. Esto es una propiedad privada.

Pero Octavio no lo estaba escuchando. Acababa de sentir una especie de llamada en su mente, algo parecido a una sacudida psíquica, y se giró como movido por un resorte.

Alcanzó a ver una sombra menuda que corría como una gacela junto a la verja. Fue sólo un momento; enseguida se la tragó la oscuridad.

Octavio no sabía quién era ni qué hacía allí, pero supo que tenía que seguirla y alcanzarla, costara lo que costase. De modo que, sin pensarlo siquiera, echó a correr tras ella.

Sus tres compañeros se quedaron de piedra. Borja fue el primero en reaccionar.

—¡Octavio! —lo llamó, sin atreverse a levantar mucho la voz.

Pero el chico no lo escuchaba. Siguió corriendo, y pronto sintió que el corazón le latía alocadamente y que le faltaba el aliento; nunca se le había dado bien hacer ejercicio físico, y por un momento temió que perdería de vista a quienquiera que fuese la persona a la que estaba siguiendo.

Por fin la vio entrar por la puerta del complejo Argos como un vendaval. Octavio se dio cuenta entonces de lo que estaba pasando y trató de frenarse, pero para cuando lo consiguió estaba a sólo unos metros de la cabina del guarda. Octavio se quedó quieto, asustado.

La puerta de la verja estaba ahora abierta de par en par. El chico retrocedió un par de pasos, inquieto, sin saber si debía decir algo o no.

Octavio nunca había sido un chico de acción. Seguramente, en los minutos que tardó en decidir si trataba de excusarse o salía corriendo, el guarda habría tenido tiempo de sobra para llamarle la atención o salir de su caseta y avanzar hacia él.

Pero no lo hizo. Se quedó allí, inmóvil, como si de una estatua de piedra se tratara.

Octavio no entendía nada. Era imposible que el guarda no lo hubiera visto. Lo estaba mirando fijamente, sin parpadear siquiera.

Se preguntó de pronto si al guarda le habría ocurrido algo malo, algo relacionado con la figura que acababa de entrar corriendo; y, olvidando todas sus precauciones, se acercó a la caseta.

—Señor, ¿se encuentra bien? —preguntó, inseguro.

El guarda no respondió. Seguía sin pestañear, con la mirada clavada en el vacío, y Octavio temió que estuviera muerto. Presa de pánico, se preguntó qué debía hacer.

—Octavio, ¿qué pasa? —preguntó una voz tras él.

Se sintió muy aliviado al volverse y ver que sus amigos lo habían seguido. Sin una palabra, se apartó para que Borja pudiera ver en qué estado se encontraba el vigilante. El joven entró en la cabina para echar un vistazo y frunció el ceño, extrañado.

—Está vivo —dijo, después de tomarle el pulso—. Respira con normalidad, y, sin embargo, no reacciona. Es como si estuviese dormido o...

—¿...hipnotizado? —lo ayudó Dani.

—La puerta está abierta —hizo notar Cris, con urgencia.

Borja miró nuevamente al guarda, indeciso, pero éste seguía sin reaccionar. Con un suspiro, le cerró los ojos y salió de la caseta.

—Entonces, ¿qué? —dijo—. ¿Entramos?

Cris iba a contestar, cuando otro imprevisto terminó de decidirlos.

Octavio había vuelto a ver a la sombra, que se deslizaba hacia el almacén con agilidad felina. Y, sin ser apenas consciente de lo que hacía, echó a andar tras ella.

—Octavio, ¿te has vuelto loco? —susurró Cris, irritada.

Pero el niño estaba demasiado lejos como para detenerlo, de manera que lo siguieron hacia el corazón del complejo de Argos.

La figura misteriosa no entró en la nave, sino que la rodeó y se dirigió a la parte posterior, donde estaban los módulos prefabricados. Justo antes de abandonar la sombra protectora del enorme almacén, Octavio la perdió de vista.

Se quedó un momento quieto, decepcionado. Y entonces fue consciente de que acababa de

infiltrarse, sin apenas darse cuenta, en las instalaciones del Centro Argos. “¿Pero qué he hecho?”, se dijo a sí mismo, horrorizado. “¿Por qué he echado a correr de esa manera?”. Pero no tenía respuesta a aquella pregunta.

Sus amigos se reunieron con él.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —le susurró Borja, furioso—. ¡Como nos pillen...!

—Yo creo que, ya que estamos aquí —intervino Dani—, deberíamos ver si Pat está en alguna parte.

Miró hacia el grupo de módulos en forma de U. Todos ellos tenían ventanas en la parte posterior, y Dani señaló el estrecho corredor que quedaba entre el muro exterior y la parte de fuera de la U. Podían recorrer todos los módulos y asomarse a las ventanas traseras sin que los vieran desde el edificio principal, porque los propios barracones los ocultarían.

No se veía a nadie fuera de los módulos, pero, por si acaso, esperaron un buen rato antes de decidirse a avanzar.

—A la de tres —susurró Dani—. Una, dos... ¡tres!

Los cuatro echaron a correr hacia los barracones, pegándose a la sombra que proyectaba el muro. Cuando alcanzaron la parte posterior de los módulos, se detuvieron a recuperar el aliento antes de proseguir.

El espacio que quedaba entre el muro y la pared posterior de los barracones era tan estrecho que solo podían avanzar en fila de a uno, pero bastaba para poder moverse. Borja, que era el más alto, fue asomándose a las ventanas de cada uno de los módulos, con precaución. Los primeros tenían las luces apagadas, y por tanto no se podía ver si había alguien en el interior. Los cuatro amigos desearon que Pat no se encontrase en uno de aquellos barracones oscuros porque, de ser así, no descubrirían su presencia.

Borja llegó al primer módulo iluminado. Apenas se atrevió a echar un vistazo rápido, por temor a que lo descubrieran. Pero lo que vio bastó para que tuviera que reprimir una exclamación de asombro. Se retiró de la ventana y miró a sus compañeros, muy confuso. Cris le devolvió una mirada interrogante. Borja negó con la cabeza y les indicó por gestos que se asomaran ellos también.

Dani y Octavio tuvieron que ponerse de puntillas para echar un vistazo por la ventana. Fue apenas un momento, pero todos lo vieron perfectamente. Cris se tapó la boca para no gritar, y se retiró de la ventana, muy confusa. Octavio tiró de Dani para alejarlo del cristal, porque se había quedado como embozado contemplando lo que sucedía en el interior del barracón. También Octavio se sentía fascinado por la escena, pero, a la vez, le producía un extraño terror irracional.

Había dos hombres y un niño en el interior del módulo. Los hombres vestían batas blancas, asentían y tomaban notas, mientras el niño, sentado ante una mesa, miraba fijamente tres pelotas de goma que había frente a él... y las hacía levitar en el aire. Cris, Dani y Octavio habían llegado a ver lo que Borja no había visto: como las tres pelotas saltaban en el vacío, entrecruzándose unas con

otras, sin llegar a chocar, como lanzadas por un hábil malabarista... que no había despegado las manos de la mesa ni un solo momento.

Dani fue a decir algo, pero Borja negó con la cabeza y señaló a los barracones: podían oírlos.

De modo que no comentaron entre ellos la escena que acababan de contemplar, aunque todos sabían lo que significaba: aquellos hombres estaban comprobando las habilidades de un psíquico. Argos era mucho más que un Centro Filosófico: en su seno se realizaban también experimentos científicos relacionados con fenómenos paranormales.

Borja siguió adelante sin ningún comentario y los otros lo siguieron. A Dani hubo que llevarlo a rastras porque se resistía a alejarse del lugar donde había sido testigo del prodigio. Cris, en cambio, parecía algo más aliviada: el niño telequinético que habían visto en aquella habitación no mostraba signos de haber sido maltratado, y hasta parecía estar pasándose en grande con el experimento. La muchacha rogó porque a su hermana la hubiesen tratado igual de bien.

Por su parte, Octavio se sentía embargado por un cúmulo de emociones contradictorias. Por primera vez había visto a un psíquico de verdad, como él, y había observado, fascinado, lo que era capaz de hacer con el poder de su mente. La idea de que él tuviera la capacidad de hacer algo semejante lo entusiasmaba, a la vez que lo inquietaba.

Pero, por otro lado, no quería tener nada que ver con los de Argos, y menos después de lo que le había pasado a Pat, y de haber conocido a César. Ninguna organización que recurriera al engaño y al secuestro podía tener buenas intenciones.

Interrumpió sus sombríos pensamientos una seña de Borja, que se había detenido ante el siguiente barracón iluminado. Se asomó un momento, se retiró de la ventana, negó con la cabeza y siguió andando. Dani y Octavio no pudieron resistir la tentación de ponerse de puntillas para echar un rápido vistazo, pero lo que vieron los desilusionó. Un joven escribía algo en un papel, bajo la atenta mirada de otras dos personas vestidas con bata blanca.

Espiaron a través de las ventanas de cuatro módulos más. En todos ellos había chicos y chicas que parecían recibir algún tipo de clase particular. En uno de ellos, una niña de la edad de Pat, aproximadamente, adivinaba cuáles eran los dibujos trazados en una serie de cartulinas que sólo su supervisor podía ver. En otro, una chica algo más mayor colocaba las manos sobre una mujer tendida en una camilla, de manera muy similar, pensó Cris, a como solía hacerlo Borja cuando curaba a algún enfermo. Con la diferencia de que, en este caso, junto a ella había un hombre vestido con una bata blanca, tomando notas de todo lo que veía.

Sólo quedaban tres módulos, pero no tuvieron que llegar hasta el final. Borja se asomó al siguiente y se le iluminó la cara; hizo señas a los demás para que se asomasen también. Cris inspiró profundamente, emocionada.

El interior de aquel barracón no era una estancia de trabajo, sino un dormitorio. Y sentada sobre la cama de cualquier manera, con gesto enfurruñado, estaba Pat. Ante ella se hallaba César, y parecía muy molesto.

—Ya te he dicho muchas veces que esa actitud no te va a conducir a ningún sitio. ¿Por qué sigues negándote a ti misma? ¿Por qué te empeñas en convencernos de que eres una chica como las demás?

—¡Porque lo soy! —casi gritó Pat, con lágrimas en los ojos—. ¡Cuántas veces tengo que decírtelo! ¡Todo eso fueron casualidades! Me dijiste que me creerías si los tests no demostraban que tenías razón.

—Los tests se pueden falsear, Pat. ¿Eres tan diabólicamente inteligente como para hacerlo? Sí, yo creo que sí. Los hechos hablan en tu contra y, sin embargo, has logrado confundir a nuestros telépatas más habilidosos. En tu mente no son capaces de leer nada más que historias absurdas que parecen cuentos de hadas. ¿Cómo demonios lo haces?

Pat se encerró en un hosco silencio.

—Está bien —suspiró César—. Mira, he estado hablando con mi jefe. Quiere resultados, ¿me entiendes? Si entras en razón y nos demuestras lo que eres capaz de hacer, tendrás un futuro brillante en Argos. Te enseñaremos a desarrollar tu don y, cuando regreses a casa, podrás hacer todo lo que quieras. Todo, ¿entiendes? Jamás volverás a fracasar en nada. Porque tú, Pat, eres especial, y debes ocupar en el mundo el lugar que te corresponde. Todos reconocerán, tarde o temprano, que eres mejor que ellos. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Y que pasará... si no lo demuestro? —preguntó Pat, en un susurro.

—Volverás a tu casa inmediatamente —respondió César tras un corto silencio—. Pero comprenderás que no podemos dejarte marchar, así, sin más, ahora que sabes tantas cosas sobre nosotros. Así que haremos algo al respecto. Verás, tenemos aquí a una persona que es capaz de remodelar la memoria reciente de las personas. Te haremos olvidar todo cuanto has visto aquí.

—¿Como un lavado de cerebro?

—Llámalo así, si quieres. Pero no te quiero engañar, Pat. Este tipo de cosas no suelen salir bien. La mayoría de las veces se borran recuerdos importantes. En muchas ocasiones, incluso, el cerebro queda dañado para siempre.

Pat lo miró, horrorizada.

—Y sería una lástima —añadió César—. Una mente tan brillante... con tantas habilidades extraordinarias...

El joven no dijo nada más, pero miró a Pat intensamente. Ella se había puesto pálida.

César dio media vuelta, salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí. Cuando se hubo ido, Pat se echó sobre la cama, enterró la cara en la almohada y se puso a llorar.

Fuera, Cris también lloraba en silencio.

—Vamos a avisar a la policía —susurró Borja, pero Cris lo detuvo y lo miró, suplicante.

Borja se mordió el labio inferior, indeciso. Comprendía el dilema de su novia. Sería muy duro para ella marcharse y dejar allí a Pat, ahora que la había encontrado. Aunque fuera para avisar a la policía. ¿Y si para cuando volvieran la habían llevado a otra parte? O, peor aún... ¿y si ya le

habían borrado la memoria?

—Si hemos podido entrar, podremos salir —dijo Dani en voz baja—. Con Pat.

Borja asintió, pero todavía no parecía muy convencido.

En aquel momento sonó una especie de sirena, y los cuatro dieron un salto y se arrimaron a la pared, temblando de miedo. Pero, por lo visto, se trataba sólo del timbre que anunciaba el final de las clases, porque hubo revuelo en la mayoría de los módulos, y los jóvenes prodigios que practicaban en su interior salieron fuera. Octavio y sus amigos los oyeron hablar entre ellos, en varias lenguas, reír y entrar en los módulos que habían estado a oscuras hasta entonces. Las luces de aquellos barracones, que debían de ser dormitorios muy parecidos al de Pat, se encendieron, mientras que las de los módulos de trabajo se apagaron.

Algunos de los profesores se quedaron un rato hablando con los alumnos en sus respectivas lenguas. Otros se despidieron y se dirigieron a la nave central.

El complejo tardó un poco en estar en calma de nuevo. Por lo que parecía, los otros jóvenes podían salir de sus barracones en cualquier momento y no estaban presos, como Pat, de manera que los infiltrados tenían que tener mucho cuidado si no querían que los viesan abriendo la puerta del módulo de Pat.

Cris se asomó de nuevo a la ventana del dormitorio de su hermana y pegó un par de golpecitos en el cristal. Pat alzó la cara, con los ojos rojos de tanto llorar, y miró a Cris sin poder creer lo que estaba viendo. Ella le hizo señas para que permaneciese en silencio, a la vez que Dani se asomaba también a la ventana para saludar. En cuanto se convenció de que aquello no era un sueño, el rostro de Pat se inundó de una resplandeciente alegría. “Vamos a sacarte de aquí”, le dijo Cris por señas.

Pat asintió, muy convencida, y se acercó rápidamente a la puerta.

Los cuatro infiltrados rodearon los barracones y se asomaron con precaución a la última esquina antes de entrar en el patio a donde daban las puertas de todos los módulos. Cualquiera de los chicos podría salir en aquel momento y verlos, y ellos no estaban muy seguros de cómo reaccionarían al verlos aquellos jóvenes portentos. Estaba claro que se hallaban allí por voluntad propia, pero... ¿apoyaban a Argos en todo? Desde luego, por lo que Octavio y sus amigos habían visto, no parecían preocupados por el hecho de que en el módulo de al lado hubiera una niña retenida allí contra su voluntad.

Una de las puertas se abrió, y uno de los chicos salió tarareando con una toalla al hombro en dirección a otro módulo que estaba un poco más apartado, y que parecían ser los baños. Los cuatro esperaron a que la puerta del baño se cerrara tras él, y entonces se deslizaron como sombras frente a los barracones, rezando para que no saliese nadie más.

Tuvieron suerte. El módulo de Pat estaba cerca de uno de los extremos de la U, de manera que llegaron enseguida hasta su puerta. Además, alguien encendió la radio en alguno de los barracones cercanos, y la música clásica que fluyó de ella ocultó los pasos furtivos de los infiltrados.

—Estamos aquí —susurró Cris.

—Daos prisa —les llegó la voz de Pat desde el otro lado—. Está a punto de sonar el timbre de la cena.

Borja examinaba la cerradura que mantenía a Pat retenida en el interior del barracón.

—¿Alguien sabe cómo forzar cerraduras? —preguntó en voz baja a sus compañeros.

—Eh, ¿por qué me miras a mí? —protestó Dani, al ver los ojos de Borja clavados en él.

—Por favor, por favor, daos prisa —suplicó Pat desde dentro.

—Bueno, vale, lo intentaré —capituló Dani—. Pero que conste que no lo he hecho nunca, ¿eh? ¿Alguien tiene un alambre, un clip algo así?

Cris se quitó al punto una de las horquillas que sujetaban su cabello castaño.

—¿Vale esto?

Dani lo observó con ojo crítico.

—Mmm. Demasiado grueso.

Mordisqueó la horquilla hasta deformarla lo bastante como para que pudiera caber en la cerradura. La introdujo en ella y empezó a hurgar.

Desgraciadamente, la horquilla se partió y se quedó en el interior de la cerradura. Dani soltó una palabrota y trató de sacar los restos de la horquilla. Por suerte, había quedado fuera un extremo lo bastante largo como para poder tirar de él.

—¿Tienes otra? —le preguntó a Cris.

Ella le tendió una segunda horquilla.

—Aprovéchala, que es la última.

Dani volvió a probar suerte. En esta ocasión giró la horquilla hacia la derecha, como si fuera una llave...

...y la puerta se abrió con un “clic”.

Un torbellino salió al exterior y se abalanzó sobre Cris. La chica abrazó a su hermana Pat, mientras Octavio miraba a Dani, atónito.

—Bueno, ¿qué pasa? —se defendió este—. También he visto muchas pelis de espías.

Pero, de pronto, un sonido desagradable y chirriante, como un aullido, se desparramó por todo el complejo, y los cinco se quedaron inmóviles, aterrorizados.

—¿Es el timbre de la cena? —le preguntó Cris a Pat, presa de pánico.

—¡No! —exclamó ella, muy nerviosa—. ¡Es la alarma! ¡Nos han descubierto!

## CAPÍTULO 14: EL PACTO.

La mayoría de los jóvenes estudiantes de Argos se asomaron rápidamente al exterior para ver qué pasaba. Octavio y sus amigos, paralizados por el terror, se quedaron clavados en el sitio.

Pero nadie acudió corriendo desde la nave principal, aunque la alarma seguía sonando. Era como si no hubiese nadie más en el complejo aparte de ellos y los chicos y chicas de los barracones.

Pero ahí se acababan las buenas noticias. Una chica rubia, los vio, los señaló y gritó algo en un idioma que parecía alemán.

Todos los jóvenes talentos de Argos los descubrieron entonces. Se quedaron mirándolos, sorprendidos, sin saber muy bien cómo actuar, hasta que Borja dijo:

—¡Vámonos!

Y echó a correr, arrastrando a Cris tras de sí. Pat, Dani y Octavio los siguieron.

Nadie los persiguió. Todos parecían bastante perplejos, como si estuvieran viviendo un sueño, como si aquellos extraños que habían irrumpido en su ordenado mundo no pudieran ser reales.

Llegaron junto al almacén principal y se detuvieron a recobrar el aliento.

—No lo entiendo —murmuró Borja—. ¿Por qué ha sonado la alarma, si no nos habían visto?

—Por el portero —dijo de repente Octavio—. Estaba hipnotizado o algo así, ¿recordáis? Era cuestión de tiempo que alguien se diera cuenta.

—Entonces también sabrán que alguien ha entrado y vendrán a buscarnos —dijo Dani.

No había terminado de hablar cuando varios hombres torcieron la esquina y uno de ellos los señaló, gritando:

—¡Ahí están!

Los cinco dieron media vuelta y echaron a correr en dirección contraria.

—¡Alto! ¡Deténganse! —gritó alguien a sus espaldas.

Pero los chicos no tenían la menor intención de detenerse. Borja, que iba en cabeza, se detuvo ante una de las puertas del almacén y trató de abrirla.

—¡Date prisa! —lo urgió Octavio, echando una mirada hacia atrás.

Le sorprendió ver que algo salía corriendo como un bólido desde la oscuridad, una figura ágil y menuda, una figura femenina. A Octavio le dio un vuelco el corazón y supo en aquel mismo momento que ella era la persona a quien, sin saber muy bien por qué, había seguido hasta el corazón del complejo de Argos. Perplejo, la vio enfrentarse a los vigilantes con las manos desnudas, sin mostrarse en absoluto intimidada por sus armas de fuego. La vio disparar una patada lateral al estómago de uno de ellos y otra frontal que dejó al segundo aturdido y le hizo soltar el arma. La vio descargar golpes a diestro y siniestro, como una experta en artes marciales, y se preguntó, una vez más, quién sería. Era más joven y menor que sus adversarios y, sin embargo, peleaba con coraje y contundencia, y los había pillado por sorpresa. Y Octavio no tuvo la menor duda de quién sería el

vencedor.

En aquel momento, Borja abrió la puerta del todo y los empujó al interior del almacén, de modo que Octavio perdió de vista a su misteriosa salvadora.

La última en pasar fue Pat, que contempló la puerta con expresión horrorizada.

—No, Borja, ¡no podemos entrar ahí! ¡Es donde tienen al piro!

—No hay tiempo, Pat, ¡entra!

Tiró de ella hasta introducirla en el interior de la nave y cerró la puerta justo cuando los hombres llegaban hasta ellos. Pasó el cerrojo rápidamente, pero se dio cuenta de que eso no los retendría mucho tiempo. Además, seguramente la nave tenía más puertas, y sus perseguidores conocían el terreno mejor que ellos mismos.

De todas formas, tenían que intentarlo.

Echaron a correr por el pasillo. En contra de lo esperado, aquel almacén no era una sola nave enorme, sino que tenía varias dependencias, separadas por gruesas paredes de un material frío y extraño que Octavio no conocía. Quiso detenerse a examinarlo, pero no había tiempo. Siguió corriendo tras sus compañeros.

Alguien salió de una de las dependencias, y Borja chocó frontalmente contra él. Los dos rodaron por el suelo.

—¿Pero qué...? —empezó una voz familiar—. ¡Sois vosotros! —exclamó al reconocerlos.

Dani, Cris, Pat y Octavio se habían quedado paralizados al reconocer a César. También Borja lo miraba fijamente, pálido y con los ojos muy abiertos. César fue quien reaccionó el primero. Desde el suelo, alargó la mano para agarrar el tobillo de Pat.

—¡La tengo! —gritó.

La niña chilló y pateó, tratando de desasirse. Sus amigos cargaron contra el brazo de César y lograron finalmente que la soltara. Borja ya se había puesto en pie y reemprendía la marcha en busca de la salida.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Dani, pero Borja negó con la cabeza, con una extraña expresión en el rostro.

—Nada. Ya no hay nada que podamos hacer.

Sujetándose el brazo magullado, César gritó:

—¡Paul! ¡Paul, ven aquí! ¡No dejes que se escapen!

Sin embargo, los fugitivos pronto dejaron sus gritos atrás.

Tuvieron que esquivar a varias personas más, pero todos parecían tan desconcertados como ellos, por lo que pudieron huir fácilmente.

Por fin desembocaron en una habitación cuya puerta de salida estaba cerrada. Desesperados, se precipitaron hacia ella.

—¡Abrela, ábrela! —gritaba Pat.

—¡Eso estoy intentando! —replicó Borja.

Pero en aquel momento sucedió algo, y Octavio fue el primero que lo notó, mucho antes de que la temperatura de la habitación comenzara a subir de forma inexplicable.

Octavio se volvió lentamente, con un escalofrío de terror. Allí, cortándoles la retirada, se hallaba un joven de unos veinte años, alto, delgado y nervioso, cuyos ojos parecían alimentados por un extraño fuego. El joven sonrió, y no fue una sonrisa agradable.

—Oh, no —susurró Pat—. Oh, no.

Los demás se volvieron para ver qué estaba ocurriendo. El recién llegado seguía mirándolos. Parecía estar concentrándose en algo, pero ello no borró aquella sonrisa demente de su rostro.

Octavio supo lo que iba a pasar, aunque su lógica le impedía aceptarlo. Pero su cuerpo siguió el mandato de su intuición, de manera que gritó:

—¡Al suelo!

Y empujó a Pat, que cayó con un grito sobre su hermana. Dani, por su parte, obligó a Borja a agacharse también.

Y todos lo vieron.

Fue como una especie de onda; el aire se rizó como recorrido por una corriente de viento abrasador que fue a dar en el lugar donde ellos habían estado apenas segundos antes.

La puerta entera estalló en llamas. Cris gritó. Borja estaba demasiado anonadado para reaccionar, por lo que Dani tiró de él y lo hizo ponerse en pie.

—¡Tenemos que salir de aquí! —le chilló—. ¡Ese tío es piroquinético y puede asarnos a la parrilla si quiere!

Borja pareció despertar de un profundo sueño. Se lanzó contra la puerta, que se consumía con sorprendente rapidez entre las llamas, y la derribó de una patada.

Los cinco entraron rápidamente a través del hueco, tosiendo y tapándose la boca y la nariz con el antebrazo para no respirar el humo. Tras ellos, el joven piroquinético había lanzado un grito de rabia, pero no se había movido del sitio. Octavio adivinó por qué.

—¡Al suelo! —gritó de nuevo.

Esta vez sí, los cinco a una se echaron de bruces al suelo, y sintieron la masa de aire pasar sobre ellos, a varios centenares de grados centígrados. Hacía un calor asfixiante y todos habían empezado a sudar.

—Arriba, arriba —los urgió Dani—. ¡Nos persigue!

—Oh, Dios mío, si nos coge estamos perdidos —musitó Pat, ayudando a Cris a levantarse—. ¡Ese tío está completamente loco!

—Pero... no podemos salir —dijo entonces Borja.

Los otros miraron al frente y vieron, desesperados, que tenía razón.

Habían llegado a la parte delantera de la nave, que sí tenía aspecto de almacén, amplísimo, de techo muy alto y lleno de cajas. Unos metros más allá estaba la salida que daba a la puerta principal y a la cabina del vigilante.

Pero entre ella y los cinco fugitivos había todo un grupo de guardias de seguridad que los apuntaban con sus armas.

—Manos arriba —dijo uno.

Los chicos obedecieron. Octavio respiraba entrecortadamente y no dejaba de sudar. Sintió de pronto que se le erizaba el vello de la nuca y que un escalofrío recorría su espina dorsal. “Oh, no”, pensó, pero no tuvo tiempo para pensar en lo que podía pasar.

Por tercera vez, gritó:

—¡Al suelo!

Y sus amigos, instintivamente, siguieron sus instrucciones; pero los guardias no reaccionaron a tiempo. La onda de aire hirviendo recorrió el almacén y los alcanzó de lleno.

Dos de ellos, los que estaban delante, estallaron en llamas. Octavio los oyó gritar y salir corriendo, rodar por el suelo tratando de apagar el fuego, sin lograr otra cosa que extenderlo más. Y, sobre aquel espantoso sonido se oía algo todavía más estremecedor: Paul, el joven piroquinético, se reía.

Alguien llegó con un extintor y apagó las llamas de los cuerpos de los dos vigilantes. Sin mirar atrás, se los llevaron a rastras para atenderlos con urgencia. En su precipitación por llevarlos a un hospital y por alejarse todo lo posible de aquel joven monstruo, los guardias se habían olvidado de los chicos a los que debían capturar... y también del fuego que comenzaba a devorar las cajas acumuladas en el almacén.

—Vámonos de aquí —musitó Borja.

Pero cuando trataron de levantarse sintieron sobre sí mismos la mirada de fuego de Paul.

—No os mováis —advirtió él, con una siniestra sonrisa; su español era bueno, aunque hablaba con un fuerte acento.

Ellos no se atrevieron a desobedecer. Las llamas crepitaban a su alrededor, pero al chico piroquinético no parecía molestarle en absoluto.

En aquel momento entró César, acompañado de una mujer a quien Cris, Dani y Octavio reconocieron inmediatamente: era la directora del Centro Filosófico Argos, la que había presentado la conferencia del doctor Dos Santos.

—Ni un solo movimiento —advirtió César, con un brillo de triunfo en la mirada—, o Paul os freirá antes de que podáis dar un solo paso.

Pero la directora no parecía tan contenta.

—¿Os habéis vuelto locos? ¡Habéis incendiado el almacén! César, sabías perfectamente que Paul aún no controla su poder y que no debía salir del área especial.

Paul sonrió aviesamente, sin apartar la mirada de los cinco intrusos, cuando dijo:

—Te equivocas, jefa. Yo tengo el control. Siempre lo he tenido.

—¡Ya basta de juegos! —estalló la directora—. ¡Tenemos que salir de aquí, todo esto está en llamas!

—Nadie va a moverse del sitio —advirtió Paul—, porque me enfadaré... y no os gustaría verme enfadado. Si me enfado, estos cinco chicos arderán como antorchas... y vosotros seréis los siguientes.

La directora enmudeció, pálida y confusa. Octavio no sabía cómo era Paul normalmente, pero en aquel momento parecía completamente ido. Parecía que disfrutaba lo indecible con aquella situación, y el niño comprendió que era muy capaz de cumplir sus amenazas.

—Os dije que está loco —susurró Pat a sus compañeros.

—¡Silencio! —ordenó Paul—. La chica viene con nosotros. Niña, levántate —le dijo a Pat— y acércate poco a poco.

—Os equivocáis de persona —dijo Borja, levantándose—. El psíquico soy yo. Yo tengo poder para curar a las personas y puedo ver el futuro, y lo puedo demostrar. César —dijo, volviéndose hacia él—, siento mucho comunicarte que vas a morir esta noche.

—¿Crees que somos tontos, chaval? —gruñó César, de mal talante—. Sé perfectamente que lo único que intentas es proteger a la chica.

—No os he dado permiso para hablar —intervino Paul, y sus ojos adquirieron un brillo peligroso.

Fijó su mirada en Borja, y Octavio supo exactamente qué era lo que pretendía.

—No... —musitó, pero no se atrevió a decirlo en voz alta. Tampoco le quedaba aliento, de todas formas. Las llamas seguían consumiendo el almacén, y el humo hacía que cada vez fuera más difícil respirar.

Paul sonrió. Parecía encontrarse en su elemento.

Y entonces, la figura ágil y esbelta salió de nuevo entre las sombras y se lanzó contra Paul, cogiéndolo por sorpresa y golpeándolo en el vientre con total contundencia. El joven se dobló por la mitad con un gemido de dolor.

—Vámonos —dijo de pronto una voz junto a Octavio.

Los cinco se volvieron y vieron junto a ellos a un hombre de rostro moreno e impenetrable. Octavio lo reconoció al punto: lo había visto semanas atrás, en la puerta del Centro Filosófico Argos, antes de entrar a la conferencia del doctor Dos Santos. Era el hombre siniestro que tan mala espina le había dado.

Pero ahora no le parecía tan siniestro. Había ayudado a Cris a levantarse, y los apremiaba hacia la salida. Octavio se volvió, dudoso, hacia el lugar donde Paul trataba de deshacerse de aquel vendaval que le atacaba ágilmente, lanzándole patadas propias de un experto en artes marciales. Logró vislumbrarle el rostro: era una chica aproximadamente de su edad, de cara redondeada y rasgos orientales. Llevaba el cabello negro suelto sobre los hombros y vestía vaqueros y una chaqueta de chándal.

—Pero, ¿y ella?

—Estará bien —aseguró el hombre.

Aprovechando que Paul estaba ocupado, César y la directora habían echado a correr hacia la salida.

En aquel momento Paul, con un aullido de furia, lanzó una de sus ondas incendiarias, esperando poder acertarle a la muchacha oriental. Pero ella era más pequeña, más rápida y más ágil, y se apartó a tiempo.

La onda se estrelló contra el techo, justo sobre el lugar donde se hallaban Octavio y sus amigos, y lo hizo estallar violentamente en llamas.

Todo fue muy rápido. Parte del techo se desprendió y fue a caer sobre ellos. Cris gritó y trató de moverse, pero tropezó y cayó al suelo cuan larga era. Una de las planchas metálicas del techo le cayó justo encima.

Octavio se quedó paralizado de espanto. Le costaba mucho respirar y su mente no procesaba la información con claridad, de manera que sentía que todo aquello no era más que un mal sueño. Y, sin embargo, la imagen de Cris echada de bruces, en el suelo, con aquella plancha encima, le parecía real, demasiado real.

Borja gritó y trató de apartar la plancha para liberar el cuerpo de su novia. Todos colaboraron, y Octavio vio, sorprendido, a la chica oriental junto a él, ayudándolos. Se volvió un momento hacia Paul y lo vio un poco más lejos, tumbado en el suelo, inconsciente.

Por fin lograron retirar la plancha. Borja se abalanzó sobre Cris, pero ella estaba inconsciente y no respondía.

—No podemos moverla —dijo, angustiado—. Si tiene alguna lesión interna...

—Si no la movemos, muchacho, arderá junto a este almacén —dijo el hombre que los había ayudado.

Borja dudó, pero finalmente asintió. Entre él y el hombre levantaron a Cris y la llevaron a rastras hacia la salida.

Se detuvieron a un par de metros. El fuego había hecho caer un montón de cajas y ahora estaban todas allí, ardiendo y bloqueando la entrada. El hombre suspiró y llamó a Dani.

—Chico, sujétala —dijo, refiriéndose a Cris.

Y Dani, tosiendo y con los ojos llorosos por culpa del humo, se colocó en su lugar, a la izquierda de Cris, mientras Borja la sostenía por el lado derecho.

Entonces, el hombre y la chica oriental se colocaron ante el obstáculo que bloqueaba la salida y lo miraron fijamente.

Fue un momento nada más. Pero, lenta y pausadamente, los restos de las cajas se movieron sin que nadie los tocara hacia un lado. Fueron apenas un par de metros, pero eso bastó para dejar el camino despejado. “¡Sois psíquicos!”, quiso gritar Octavio, pero no pudo. El humo estaba entrando en sus pulmones y lo único que podía hacer era toser.

Todos lograron salir al aire libre y pudieron respirar al fin. Se alejaron todo lo que pudieron del almacén en llamas, pero tuvieron que detenerse para comprobar cómo estaba Cris.

No muy lejos de ellos, César y la directora discutían acaloradamente. Habían logrado salir del almacén antes de que el techo se derrumbara, pero, por lo que parecía, César no pensaba quedarse allí:

—¡Se ha quedado dentro! —aullaba—. ¡Paul se ha quedado dentro!

—¡No pensarás volver por él! —gritó ella, horrorizada.

—¡Pero es uno de los mejores! ¡No encontraremos a nadie más con su talento!

—¡Está completamente chiflado! ¡Es inestable y muy peligroso, y mira lo que ha provocado!

—Eso es lo de menos; Paul es insustituible y no pienso perderle así como así.

César parecía fuera de sí. Echó a correr hacia el almacén, sin atender a razones ni a los gritos de su compañera, y entró temerariamente en el recinto en llamas.

Aún lo oyeron gritar: “¡Paul!”, antes de que el resto del techo se derrumbase, envuelto en llamas, sepultándolos a ambos.

La directora se había quedado paralizada de miedo, blanca como la cera. Volvió un momento la mirada hacia Borja. El joven que había anunciado que César iba a morir esa noche.

Y se dejó caer sobre el suelo, como si de repente le hubieran faltado las fuerzas.

Sólo Octavio se dio cuenta de aquel detalle, porque todos los demás estaban demasiado pendientes de Cris, que no reaccionaba. En aquel momento llegaron los bomberos; tanto el personal de la nave como los chicos de los barracones estaban siendo evacuados, y los guardias de seguridad trataban de coordinar la operación.

Entre toda aquella confusión, nadie prestó atención a lo que sucedía en la calle, sobre la acera, donde Borja y Dani habían tumbado a Cris sobre el abrigo del primero y trataban de reanimarla. Octavio no vio al psíquico que los había ayudado, y se volvió hacia todos lados. Junto a él descubrió a la misteriosa chica oriental, y se sobresaltó. No la había oído llegar.

Ella lo miró y le sonrió, y Octavio sintió que se le aceleraba el corazón sin saber por qué. Sintió que la conocía, que había algo en ella que le resultaba familiar, a pesar de que no la había visto nunca.

—No me has visto nunca antes —dijo ella, leyéndole el pensamiento—, pero no será esta la última vez que nos encontremos.

—¿Eres de Argos? —acertó a preguntar Octavio; enseguida se sintió estúpido: debía haberle preguntado su nombre.

—No. Somos los Hijos del Sol Negro. Y estaremos cerca, Octavio. Muy cerca. Porque sabemos quién eres y lo que eres, aunque tú no lo sepas.

Octavio fue a responder, sorprendido, cuando un grito de Pat lo distrajo. Se volvió hacia sus amigos y vio a la niña sacudiendo a Borja, completamente histérica.

—¡No me digas que se va a morir, Borja! —chillaba—. ¡No puede morirse!, ¿me oyes? ¡Es mi hermana, no puede morirse!

Borja no contestó. Estaba pálido, con el rostro completamente demudado y los ojos abiertos

como platos, fijos en algo que parecía haber junto al hombro derecho de Cris y que, por lo visto, sólo él podía ver.

A Octavio se le heló la sangre en las venas. Corrió junto a sus amigos y se arrodilló junto a Cris.

—¿Qué pasa? —preguntó, temblando.

Pat sollozaba, histérica. Dani lo miró, con los ojos llenos de lágrimas. Octavio se estremeció. Jamás lo había visto llorar, y así, con las cejas chamuscadas y el rostro ennegrecido, parecía todavía más desconsolado.

—Tiene la Sombra —susurró.

Pat se dejó caer sobre el suelo, llorando y abrazándose al cuerpo inerte de su hermana. Por fin, Borja alzó la cabeza y las miró a las dos.

—Apartaos —dijo con suavidad.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Octavio, con un hilo de voz.

—Haré lo que pueda. Dejadme sitio, por favor.

Los tres niños se retiraron y dejaron espacio a Borja. El joven miró a Cris, su rostro ennegrecido por el hollín, su cabello castaño sucio y revuelto cayéndole sobre los hombros, y también a él se le llenaron los ojos de lágrimas.

Apartó la mirada del rostro de su novia y alzó las manos sobre ella.

—¿Vas a intentar curarla? —preguntó Dani en voz baja—. ¿Y si la Muerte se enfada?

—Que lo haga —replicó Borja, sombrío, y Octavio sintió como si una mano de hielo le retorciera las tripas. Borja iba a desafiar a la Muerte... igual que en el cuento.

Las manos de Borja recorrieron el cuerpo de Cris sin llegar a tocarlo, deteniéndose sobre sus heridas y sus huesos rotos y haciendo fluir hacia ella su poder curativo.

De pronto, Borja lanzó un grito de dolor y retiró las manos, como si algo le hubiera quemado, o como si hubiera recibido algún tipo de descarga eléctrica. Octavio se encogió sobre sí mismo, asustado. Ni Dani ni Pat se atrevían a respirar.

Pero Borja no se arredró, al contrario. Fue como si aquello lo hubiera hecho enfadar todavía más.

—¡Aléjate de ella! —gritó, furioso, a una presencia que sólo él podía intuir—. ¡Vete! ¿Me oyes? No voy a permitir que te la lleves, ¡así que vete! ¡Vete de aquí!

Volvió a colocar sus manos sobre Cris y continuó el proceso. Y los tres amigos vieron cómo, poco a poco, las heridas de la joven sanaban, sus tejidos se regeneraban y sus mejillas recuperaban algo de color. Cuando, por fin, Cris comenzó a respirar normalmente, Borja se dejó caer junto a ella, pálido y muy débil.

—Lo he... conseguido —musitó, con una sonrisa de triunfo en los labios.

Pat se abrazó a su hermana.

—¡Cris! ¡Cris! ¿Estás bien?

Ella abrió los ojos lentamente, desorientada. Mientras Pat chillaba de alegría, Octavio se acordó de pronto de la misteriosa chica oriental, y miró a su alrededor, buscándola, pero sufrió una pequeña decepción.

Ella ya se había ido.

Se volvió hacia Cris, contento de que hubieran podido salvarla por fin. Pero sus ojos se detuvieron en Borja, que se había dejado caer sobre el suelo, respirando entrecortadamente y con una sonrisa de satisfacción en los labios.

Quizá porque estaba justo junto a él, o quizá porque tenía el oído muy fino, el caso es que Octavio fue el único en escuchar sus últimas palabras:

—Una vida por otra vida... bien, que así sea. Acepto el trato. Llévame contigo...

Y, cuando la vida huyó para siempre de los ojos de Borja, Octavio comprendió que la leyenda había vuelto a cumplirse, una vez más, y que, como en el cuento, otro médico milagroso se había sacrificado por su princesa.

## EPÍLOGO

—No puedo creer todo lo que ha pasado —susurró Pat.

—Sí —coincidió Octavio—. ¿No os pasa que pensáis que no ha sido más que una maldita pesadilla, y que algún día despertaremos y nos daremos cuenta de que nuestras vidas siguen siendo igual de tranquilas que siempre?

—En cualquier caso, me alegro de que todo haya acabado ya.

—No —dijo Dani, sombrío—. Me temo que no ha hecho más que empezar.

Pat y Octavio miraron a su amigo, interrogantes, pero él seguía con la vista fija en los restos del almacén donde habían perdido la vida Paul, César... y también Borja.

Había pasado ya una semana desde aquello, pero ahora habían regresado al almacén, solitario, abandonado y siniestro, quizá porque necesitaban hablar de lo ocurrido y, por alguna razón, aquel parecía el lugar más apropiado.

Cris seguía en el hospital, en observación, aunque decían que se iba a poner bien. En cuanto a Borja... había sido demasiado tarde para él. Los forenses habían dicho que los gases tóxicos del incendio lo habían matado, pero sólo ellos tres sabían la verdad: que Borja había raptado a Cris de las garras de la Muerte, y ésta no se lo había perdonado. Por eso, Borja había tenido que dar su vida para salvar la de la chica a la que quería.

No le habían contado esto a Cris, ni pensaban hacerlo. Le costaba mucho recordar lo sucedido aquella terrible noche, y Pat había decidido que era mejor así. Cris tendría que sobrevivir a una persona de la que había estado profundamente enamorada, y que había dado su vida para que ella siguiera viviendo. Era demasiado duro y no valía la pena atormentarla con los detalles. De manera que sólo ellos sabían lo que había pasado, y probablemente no se lo contarían nunca a nadie.

Argos había desaparecido completamente del mapa. César había sido acusado de secuestro, pero como había fallecido en el incendio, los padres de Pat no tenían a nadie a quién denunciar. Nadie sabía qué había sido de los jóvenes talentos a los que entrenaban en los módulos prefabricados del complejo. Habían desaparecido, al igual que todo el personal que tenía Argos en el Centro Filosófico de la ciudad. De la noche a la mañana, habían hecho mudanza, habían abandonado tanto el edificio como la nave industrial y no se había vuelto a saber de ellos.

—¿Por qué dices que todo acaba de empezar? —preguntó Octavio—. Los de Argos se han ido.

—Sí, pero volverán para buscarte. Lo sabes, ¿no?

—Claro que no —replicó Octavio, temblando—. No saben quién soy yo. La directora de Argos vio todo lo que pasó, vio a Borja predecir la muerte de César y lo vio curar a Cris. Piensa que César se equivocó y que Borja era el psíquico. Pero Borja ya no está, así que no tienen a nadie a quién perseguir. Por eso se han ido.

—Por eso, y porque la policía anda tras ellos después de todo lo que pasó —gruñó Pat,

malhumorada.

—Sí, pero volverán, Octavio. Si huelen que tú eres un psíquico intentarán atraparte. No sé para qué están entrenando a toda esa gente ni cómo los han encontrado, pero no creo que sea para nada bueno. Además..., deben de tener buen olfato para localizar a los psíquicos. Tenían a ocho, incluyendo al piro, en aquel complejo, y no me parece que haya muchas personas en el mundo capaces de hacer lo que hacían esos tíos.

Octavio se estremeció.

—No —murmuró—, pero no todos están en Argos.

Sobrevino un silencio. Octavio les había contado a sus amigos días atrás lo que le había dicho la misteriosa chica oriental. “Somos los Hijos del Sol Negro. Y estaremos cerca, Octavio. Muy cerca. Porque sabemos quién eres y lo que eres, aunque tú no lo sepas”.

Ninguno sabía qué significaba eso, y tampoco habían encontrado información al respecto en internet. Pero sí habían llegado a una conclusión: tenían que haber sido ellos quienes le habían enviado a Octavio el anónimo que los puso sobre la pista del paradero de Pat. Y parecía claro que llevaban tiempo vigilando a Octavio, y sabían qué clase de persona era.

Pero los habían ayudado a entrar y salir en el complejo de Argos, y, por alguna razón, parecía que estaban de su lado y que no aprobaban los métodos de César y sus compañeros. Octavio sospechaba que también ellos eran los responsables del estado hipnótico del vigilante del complejo, circunstancia que les había permitido a ellos entrar para rescatar a Pat.

Los tres amigos ignoraban si los Hijos del Sol Negro eran sólo aquellas dos personas, el hombre y la chica, y tampoco sabían si volverían a verlos. Secretamente, Octavio esperaba poder volver algún día a aquella fascinante chica que luchaba con cuerpo y mente y a la que le parecía estar unido por medio de alguna misteriosa e inexplicable conexión. Pero, si para volver a toparse con los Hijos del Sol Negro debían volver a pasar por una aventura como la que acababan de vivir, Octavio casi prefería no volver a verla nunca más.

—Si es verdad que esos... Hijos del Sol Negro están vigilándote, tío —dijo Dani—, espero que sea para bien. Para protegerte, o algo así.

—Sí —murmuró Octavio, abatido—. Pues ojalá hipnotizaran a mi padre, o algo parecido. No veáis cómo se ha puesto con todo esto.

Lo más difícil había sido explicar en casa todo lo que había pasado. Habían dicho que Argos era una secta, que César pertenecía a ella y que habían secuestrado a Pat por alguna razón que todos desconocían. Que Dani había escuchado una conversación comprometedor y que Borja, Cris, Dani y Octavio habían decidido seguirlo para ver si era cierto que él tenía prisionera a Pat. Que, una vez en el complejo, habían logrado entrar y rescatar a su amiga, pero que en la huida se había incendiado el almacén de alguna manera...

Nadie habló de fenómenos paranormales, de jóvenes piroquinéticos, de psíquicos ni de cuentos de hadas que se hacían realidad de la peor de las maneras. No eran cosas que pudieran

contarse a la policía, y casi que tampoco a unos padres preocupadísimos que exigían saber qué había sucedido y que aceptarían cualquier explicación menos la verdad, porque era demasiado increíble, porque esas cosas no pasaban en realidad.

—Pues tu padre no parece muy absorbente, ¿verdad? —comentó Pat—. Porque anda que mi madre...

—Sí, ¿verdad? —sonrió Octavio—. Él ha arriesgado su vida muchas veces debido a su trabajo, pero parece que esta aventura le ha tocado la fibra sensible. No quiere que yo cometa locuras. De hecho, está pensando en que nos cambiemos de ciudad otra vez.

—No lo dirás en serio, ¿verdad? —se asustó Pat—. Después de lo que hemos pasado juntos no podemos separarnos... somos casi como hermanos.

Dani y Octavio se volvieron para mirarla, pero ya no vieron en ella a la insufrible niña que se metía con ellos a principio de curso, sino a una valiente compañera de aventuras que, junto a ellos, había sido engañada por César, había contemplado los milagros obrados por Borja, había estado a punto de ser abrasada por un piroquinético y había asistido a un terrible acto de amor y sacrificio.

—Sí, es verdad —sonrió Octavio—. Ya somos casi como hermanos.

Sintió una cálida emoción por dentro, y le gustó. Nunca había tenido hermanos. Tampoco había tenido amigos.

—Si tú lo dices... —dijo Dani, ladeando la cabeza; pero sonrió también.

Después, se volvió hacia el lugar donde antes había estado el complejo de Argos y que ahora no eran más que un montón de oscuras ruinas.

—Te recordaremos, Borja —dijo a media voz, con solemnidad—. Sentimos mucho haber dudado de ti. Que sepas que fuiste muy valiente y que te admiramos por todo lo que hiciste. Gracias por todo lo que nos has enseñado. Nunca te olvidaremos.

La voz de Dani murió en sus labios, y sobrevino un silencio cargado de significado. Aquella extraña oración pronunciada por Dani había sido algo totalmente improvisado, pero expresaba tan bien el sentir de sus corazones que ni Pat ni Octavio fueron capaces de añadir nada más.

Unos momentos después, Dani dio media vuelta y se alejó hacia el taxi que los estaba esperando y que habían pagado entre todos para poder visitar aquel lugar por última vez y rendir homenaje al amigo ausente.

—Nunca te olvidaremos —dijo Octavio a las ruinas.

—...Nunca —corroboró Pat.

Y los dos siguieron a Dani hacia el coche, sintiendo que la brisa que jugaba con sus cabellos les traía un mensaje consolador, un mensaje más allá de la vida y de la muerte.